

Carmelia: Jardín Feminista

Investigación y creación sobre plantas medicinales y mujeres urbanas

Camila Ramírez Paredes
Universidad del Valle
Facultad de Artes Integradas
Escuela de Comunicación Social – Periodismo

Trabajo de grado para optar al título de Comunicadora Social – Periodista

Directora: Eva González Tanco

2026

Dedicada a mis raíces.

*A quienes me han sostenido en este proceso con gestos invisibilizados, con paciencia, con
abrazos calurosos; en quienes viví el cuidado.*

*Este trabajo floreció con todo lo que me compartieron: sus experiencias, sus manos, sus
esencias, su amor.*

*A mi red de apoyo, que me recordó —una y otra vez— que investigar también es confiar, y
que volar lejos es más bonito si hay donde volver.
Y a mí misma, por escuchar, ver y sentir.*

Resumen

Ante la percepción de una fractura en la transmisión de los saberes medicinales de nuestras abuelas en contextos urbanos como Santiago de Cali, esta investigación explora las tensiones, acercamientos y distancias presentes en la transmisión intergeneracional de conocimientos de autocuidado femenino con plantas medicinales. El trabajo se desarrolló creando la colectiva *Carmelia* y mediante la recopilación de testimonios, observación, análisis teórico y trabajo de campo participativo. Los hallazgos muestran que, aunque gran parte de las mujeres jóvenes urbanas no hemos recibido directamente el legado de los saberes que nuestras abuelas y mayores practicaban y transmitían, existe un interés creciente por recuperarlos. Además, se evidencia que este proceso resulta más llevadero y enriquecedor cuando se realiza en juntanza, donde el intercambio colectivo potencia la memoria y la práctica. Esta tesis combina las herramientas del periodismo de investigación con la creación artística y comunicativa, integrando un proceso de investigación-acción en el que la construcción del relato surge del diálogo con la comunidad y se orienta a fortalecer vínculos, recuperar identidades y preservar saberes.

Palabras Clave: Ecofeminismo, jardín, autocuidado, comunidad, mujeres.

Tabla de Contenido

Resumen	1
Agradecimientos	4
Preludio	5
I. Introducción	6
Contexto y justificación	7
<i>Cali como ciudad de diáspora interna y encuentro</i>	<i>10</i>
Objetivos	12
<i>Objetivo general</i>	<i>12</i>
<i>Objetivos específicos</i>	<i>12</i>
II. Planteamiento conceptual: Ecofeminismo, colonialidad y la disputa por la tierra, los cuerpos y los saberes	12
<i>Ecofeminismo como fundamento de resistencia</i>	<i>13</i>
<i>Recuperación de saberes femeninos frente al despojo histórico</i>	<i>14</i>
<i>Soberanía sanitaria y Modelo médico hegemónico</i>	<i>16</i>
<i>Colonialidad del género y feminismo decolonial</i>	<i>17</i>
<i>Interseccionalidad, migraciones y saberes ancestrales en Cali</i>	<i>20</i>
<i>Síntesis</i>	<i>20</i>
III. Enfoque y exploración metodológica	21
<i>La juntanza como método</i>	<i>24</i>
<i>Metodología de la colectiva Carmelia</i>	<i>26</i>
IV. Construcción de Carmelia	28
Sistematización del camino hacia la creación y el encuentro	28
<i>Jornada de siembra de jardines polinizadores en la Universidad Del Valle.</i>	<i>28</i>
<i>Entrevistas a académicas: diálogos que ampliaron el horizonte de Carmelia</i>	<i>30</i>
<i>Conformación de la colectiva y definición del horizonte común</i>	<i>32</i>
<i>Club de lectura: Eco Feminismos decoloniales</i>	<i>41</i>
<i>Ponencia en CLACSO 2025</i>	<i>44</i>

<i>Jornadas de siembra de especies nativas: gestión institucional y aprendizajes para Carmelia</i>	49
<i>Mesa de radio en el Festival OÍR MÁS Mujeres: botellas curadas y saber afro para la construcción de paz</i>	52
<i>Seminario Posgrado en Salud Feminista – CLACSO (2025)</i>	54
Hallazgos y brotes: materializaciones de una apuesta ecofeminista	57
<i>Cartilla Carmelia.</i>	57
<i>Primer taller de cerámica: la arcilla como detonante metodológico y afectivo</i>	58
<i>Taller de Aromáticas: diseñar un kit de autocuidado portátil</i>	61
<i>La violeta blanca: herencia, cuidado y reproducción del saber</i>	64
<i>Taller Mural: sellar nuestra presencia en el territorio universitario</i>	73
<i>Cerámica con mi ancestra</i>	77
<i>Recetario ilustrado: proceso de creación y dimensión comunitaria</i>	82
V. Reflexiones finales	85
Referencias	88
Anexos	91
<i>Anexo A. El llamado del Yagé. Una travesía más allá de lo tangible</i>	91
<i>Anexo B. Presentación empleada en la mesa 448 del Congreso CLACSO 2025</i>	102
<i>Anexo C. Recetario ilustrado</i>	107

Agradecimientos

Agradezco, ante todo, a mi abuela María, la mujer más conversadora y sabia que conozco. Gracias a ella y a todas las noches en que dormíamos juntas; cuando ninguna podía conciliar el sueño y nos quedábamos hablando durante horas, riendo hasta despertar a los demás, comentando la vida entera y la de quienes nos rodeaban, pero sobre todo la nuestra. Noches en las que reflexionábamos sobre quiénes éramos, hacíamos planes y nos quedábamos dormidas en medio de una frase.

Agradezco a mi familia entera por brindarme siempre los cuidados y la seguridad necesaria para explorar el mundo a través de mi carrera. Gracias por no heredarme miedos, por sostenerme con su presencia, por hacerme sentir que podía ir lejos y volver.

A la maestra que transformó mi vida académica y personal, Eva Tanco, quien atravesó mi experiencia universitaria como un huracán que derrumba estructuras para sembrar directamente en la tierra.

A mis amigas Lina, Sofía, Lilá, Sara, María Angélica, Nicol, Nathalia y Valentina, por darme todo para que el trabajo que realizamos fuera tan especial como fue. *Carmelia* no existiría sin su entrega, sus discusiones, su paciencia y su risa.

A la persona que llegó a mi vida justo cuando todo estaba cambiando tanto gracias a este enfoque comunitario, mi cómplice, gracias por borrar mi miedo a compartir.

Y a mí, por atreverme a hacer de mi rabia algo fértil. Por confiar en que la incomodidad podía convertirse en raíz, en pregunta y en jardín.

Preludio

Una noche, hace muchas, atormentada por una presión en el pecho y una falta de aire, decidí dormir con mi abuela. María, Mary Paz, Doña Mary. Mi hogar desde pequeña. Entre sus sábanas con aroma a sol y sus brazos tibios, ella, sin saberlo y sin pretenderlo, me curó con el remedio casero más antiguo: la palabra. Hablamos durante horas, recordando anécdotas de su vida en el campo; me describió rostros, frascos, remedios, personas con nombres completos y, en especial, narrando en detalle la vida de mi bisabuela Carmen Pérez. Me contó su historia incluso antes de ser madre, porque mi abuela, interesada en la mujer que fue, le preguntó y sabía quién era ella realmente. Más allá de una figura materna, más allá de una campesina en el Cauca. Conocía la sabiduría de su corazón y la agilidad de sus manos generosas.

Me contó cómo, en los tiempos de la finca, las mujeres de la vereda llegaban con sus niños hinchados de parásitos, caminando largas distancias sobre caminos de piedra para llevarlos hasta el último filo del Rosario y decirle a mi bisabuela: “Mire cómo tengo el hijo, Doña Carmen”, mostrando criaturas a las que los gusanos les salían por la boca y las orejas. Mi bisabuela los sanaba con verbena apenas cocinada, planta que, en cierta dosis, era prácticamente un veneno para los parásitos.



Ilustración por Camila Ramírez

Esa noche entendí que mi bisabuela vivía en mi abuela, como mi abuela viviría siempre en mí, y que todas mis ancestras habitan en quien soy ahora. Porque su legado, que incluye los conocimientos tradicionales que curan los cuerpos, también es la *conversa* que devuelve el alma a su refugio original: la liana que nos enlaza con las mujeres que nos precedieron. Esa conversación disipó toda opresión en mi pecho y toda falta de aire, y me dio el impulso para seguir este proyecto, que, a su vez, ha sido mi propia cura. Si las enfermedades brotan de nuestro entorno, las curas habitan en ese entramado de memorias, escarbando en las manos y las voces de nuestras ancestras, allí donde la identidad se enreda y florece como medicina viva.

I. Introducción

Carmelia es un proyecto de investigación-creación que explora la fractura en la transmisión intergeneracional de saberes de autocuidado femenino con plantas medicinales en mujeres jóvenes urbanas de Santiago de Cali, Colombia. A partir de una pregunta íntima que se volvió colectiva —¿qué ha pasado con los saberes que nuestras abuelas practicaban y que hoy parecen fragmentarse en la vida urbana?— el proyecto se propuso analizar las tensiones, distancias y acercamientos en esta herencia femenina, en un contexto atravesado por la migración interna, el desplazamiento forzado y la consolidación del Modelo Médico Hegemónico.

La investigación se desarrolló desde un enfoque de Investigación Acción Participativa con perspectiva feminista y decolonial, priorizando la experiencia colectiva como eje metodológico y político. Aunque inicialmente fue concebido como una huerta feminista universitaria, el proceso se transformó en un jardín itinerante que se adaptó a las dinámicas del grupo participante. La dimensión creativa fue central: el proyecto integró ilustración —lenguaje que atraviesa mi práctica personal—, creación comunitaria y producción periodística, con la intención de sembrar no solo plantas, sino vínculos, memoria y autonomía.

Como resultado, *Carmelia* produjo un recetario ilustrado de plantas medicinales construido con nuestras abuelas, la siembra de una especie medicinal, un mural colectivo y una serie de talleres que activaron espacios de conversación, memoria y aprendizaje compartido. Los primeros hallazgos del proceso fueron socializados en una ponencia presentada en el Congreso de CLACSO 2025 en Bogotá, espacio en el que se discutió el

proyecto como práctica de cuidado ante las violencias de género en el contexto universitario y comunicación comunitaria.

Este informe expone el marco teórico que sustenta la investigación —inscrito en el ecofeminismo, el feminismo decolonial, la interseccionalidad y la crítica al Modelo Médico Hegemónico—, describe la metodología implementada, sistematiza el proceso creativo y presenta los hallazgos y reflexiones finales derivadas del trabajo colectivo. Más que documentar un proyecto, como *Carmelia* buscamos compartir lo aprendido y transmitir el conocimiento construido en colectivo.

Contexto y justificación

La transmisión de saberes medicinales tradicionales en Colombia constituye un patrimonio cultural invaluable, estrechamente vinculado a las prácticas de cuidado sostenidas por mujeres afro, campesinas e indígenas. Como muestran Marchant, Fuentes y Castet (2019), este conocimiento se transmite de manera vivencial y cotidiana, destacando que un porcentaje superior al 90% de los campesinos entrevistados por los autores reconoce a sus madres y abuelas como las fuentes principales de los saberes utilizados en la huerta. No obstante, este patrimonio se ve amenazado por factores como la urbanización y la migración interna (Barreau & Ibarra, 2019) y la hegemonía de la medicina biomédica (Menéndez, 1988), que homogenizan el saber ancestral y debilitan la diversidad ambiental y cultural del ámbito local (Ibarra et al., 2019).

En el caso del suroccidente colombiano, la larga dinámica de migración y desplazamiento interno confirma la magnitud de estos procesos. De acuerdo con el documento *Perfil Migratorio de Colombia 2021*, específicamente el Cuadro 32 “Migración interna reciente: interdepartamental”, elaborado con base en el Censo Nacional de Población y Vivienda de 2018, los departamentos de la región presentan los siguientes porcentajes de migración en el último año: Valle del Cauca registraba un 5,60 % de emigrantes y un 6,40 % de inmigrantes; Cauca, 2,10 % de emigrantes y 2,90 % de inmigrantes, teniendo como principales destinos de salida Antioquia, Bogotá, Riscaralda y Quindío; Nariño, 1,90 % de emigrantes y 1,80 % de inmigrantes; y Chocó, 1,00 % de emigrantes y 0,70 % de inmigrantes. Estos datos evidencian que el Valle del Cauca presenta un flujo migratorio mayor que el del resto de departamentos aledaños, lo que implica transformaciones demográficas y culturales que inciden directamente en la circulación, resignificación o

debilitamiento de los saberes tradicionales en contextos urbanos y periurbanos. Sin embargo, el espacio urbano no solo ha sido escenario de pérdida: también puede convertirse en un lugar fértil para, según Kaplún en *El Comunicador Popular* (2002), la reconstrucción de la memoria colectiva y la circulación de saberes a través de procesos de comunicación popular y educación comunitaria, que permiten a las comunidades narrarse a sí mismas y reapropiarse de su historia.

En esta misma línea, las cifras más recientes del Registro Único de Víctimas evidencian que el desplazamiento forzado continúa profundizando estas dinámicas en 2025. Durante el primer semestre del año, departamentos del suroccidente como Cauca (7.846 víctimas), Valle del Cauca (7.731) y Nariño (6.665) registraron miles de personas¹ afectadas por desplazamiento, siendo particularmente crítico el caso del Cauca, donde el 100 % de sus municipios reportaron hechos de expulsión. Ciudades como Cali —que recibió 5.449 víctimas individuales—, Buenaventura y Popayán se consolidan como nodos urbanos de acogida, evidenciando que la migración forzada rural-urbana continúa activa en el presente (Unidad para las Víctimas, 2025). Este panorama refuerza la idea de que los espacios urbanos del suroccidente son territorios atravesados por el desplazamiento forzado y la reconfiguración constante de memorias, prácticas y saberes comunitarios.

Carmelia nace en un contexto de ruptura: quiebres en la transmisión intergeneracional, en el tejido comunitario y en el vínculo entre territorio y cuerpo. En Colombia —considerada una de las principales potencias de biodiversidad del planeta por su ubicación estratégica entre Centroamérica y Sudamérica— esta tensión resulta particularmente elocuente. El país alberga 1.917 especies de aves, 832 de anfibios y 24.025 especies de plantas, distribuidas en ecosistemas que van desde las montañas andinas hasta las selvas amazónicas (Worldstats, 2025). Esta exuberancia biológica, que sostiene servicios vitales como el aire y el agua limpios, convive paradójicamente con la fragilidad de los saberes ancestrales que históricamente han permitido comprender, cuidar y resignificar esa misma riqueza. Así, mientras el territorio se consolida como santuario de especies endémicas, los conocimientos que han tejido la relación entre cuerpo, comunidad y naturaleza enfrentan procesos de fragmentación, olvido o desplazamiento. Esta fragilidad es una preocupación

¹ Registraron en conjunto 22.242 víctimas únicas de desplazamiento forzado, entendidas como personas obligadas a abandonar su lugar de residencia o sus actividades económicas habituales dentro o fuera del territorio nacional, debido a amenazas o vulneraciones contra su vida, integridad o libertad en el marco del conflicto armado, la violencia generalizada o graves violaciones de derechos humanos; reconocimiento que, en Colombia, exige su inscripción en el Registro Único de Víctimas —RUV— conforme a la Ley 1448 de 2011 y su modificación en 2024) (Unidad para las Víctimas, 2025).

institucional y social: el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes reconoce que el país enfrenta un riesgo de pérdida cultural asociado a factores estructurales, ambientales y sociales que amenazan la continuidad de lenguas, saberes y territorios (Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, 2025).

Las plantas medicinales son archivos vivos de memoria comunitaria y femenina, prácticas de cuidado y epistemologías situadas que han sido recientemente despreciadas. Bajo un enfoque biocultural, el Ministerio advierte que la pérdida de biodiversidad implica también una erosión cultural, pues la desaparición de especies afecta los referentes simbólicos y espirituales de comunidades rurales, campesinas, afrodescendientes e indígenas (Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, 2025). En este sentido, la pérdida de plantas medicinales no es únicamente ecológica, sino también epistémica. A ello se suma que al menos 34 pueblos indígenas presentan diferentes grados de riesgo en la preservación de sus lenguas nativas, lo que evidencia la vulnerabilidad de los sistemas de conocimiento que dependen de la transmisión oral (Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, 2025). Cuando una joven no sabe para qué sirve la ruda o cómo preparar una infusión de caléndula para el dolor menstrual, se pierde un vínculo -con la comunidad, con el territorio, con la cultura-.

Carmelia propone una respuesta política a esa pérdida. La creación de un jardín feminista pretende ser una práctica de reconstrucción del tejido social. En un país atravesado por desplazamientos internos, desigualdades territoriales y violencias estructurales, el sector cultural reconoce la necesidad de acciones de reparación simbólica frente a las huellas del conflicto armado y la exclusión histórica (Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, 2025). Sembrar colectivamente puede leerse, entonces, como un gesto de cuidado y memoria que contribuye a esa reparación.

Desde una perspectiva feminista, el proyecto politiza el cuidado. Las prácticas de salud comunitaria han sido históricamente feminizadas, desvalorizadas y relegadas al ámbito de lo privado. Recuperarlas en el espacio universitario implica ampliar la noción de conocimiento, reconociendo su producción en laboratorios, bibliotecas, cocinas, patios y huertas por igual. En este sentido, *Carmelia* articula territorio, género y memoria. Propone que el cuerpo es territorio político, que la salud es una construcción social y que el conocimiento ancestral es una forma legítima de producir verdad. En tiempos de

homogeneización cultural y crisis ecológica, recuperar saberes botánicos tradicionales es una apuesta por la soberanía, el cuidado colectivo y la justicia epistémica.

En este mismo horizonte se inscriben experiencias como Yerbatiando, propuesta de la Universidad del Valle y liderada principalmente por la profesora Diana Cuellar, que explora la intersección entre la intervención social y la expresión artística, utilizando el arte como herramienta mediadora y catalizadora del diálogo: entre mujeres, entre pantallas, entre espacios y tiempos. A través de un enfoque colaborativo diferencial, el proyecto construye un dispositivo audiovisual a partir de conversaciones con mayores, afrodescendientes y desplazadas de la Costa Pacífica colombiana, quienes recuperan saberes ancestrales y rituales relacionados con las plantas para compartirlos con mujeres de la ciudad. Esta experiencia evidencia que la transmisión se despliega en el ámbito doméstico, rural y también en escenarios urbanos atravesados por lenguajes contemporáneos como el audiovisual, lo que amplía las formas de circulación de la memoria femenina.

De igual manera, la huerta Semillas de Libertad, con más de quince años de trayectoria en la Universidad del Valle, funciona como laboratorio agroecológico dedicado a la preservación e investigación de semillas nativas orgánicas. Mediante intercambios con la Universidad del Cauca, la Universidad Nacional y distintos resguardos indígenas, esta iniciativa fortalece la conciencia sobre la soberanía alimentaria, la defensa de las semillas y la autonomía territorial. Su existencia demuestra que en el espacio universitario urbano es posible sostener prácticas vivas de resistencia que disputan la homogenización agrícola y reivindican el valor político y cultural de las semillas como patrimonio colectivo.

Cali como ciudad de diáspora interna y encuentro

Cali se ha consolidado como un nodo metropolitano clave en el suroccidente colombiano, actuando como ciudad receptora de poblaciones rurales y costeras provenientes de departamentos como el Cauca, Nariño y el Chocó. Esta dinámica ha configurado un entramado sociocultural complejo, donde convergen identidades afrocolombianas, indígenas y rurales en un espacio urbano-rural ampliado (Barbary, 2001). En este contexto de diversidad y movilidad constante, los saberes ancestrales se han visto debilitados por la migración y el desplazamiento, junto con un despojo estructural promovido por la cultura occidental y patriarcal, que ha invisibilizado los conocimientos de las mujeres y fracturado su vínculo con la tierra.

Esta afirmación se sustenta en la propia composición demográfica de la ciudad. Para 2022, Cali contaba con una población proyectada de 2.280.907 personas, lo que la consolida como uno de los principales centros urbanos del país y un polo receptor de población diversa (Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE], 2022). En términos étnicos, el ajuste estadístico posterior al Censo 2018 estima que 454.471 personas afrodescendientes habitan en el municipio, cifra que evidencia el peso histórico y cultural del Pacífico en la configuración urbana caleña (DANE, 2022). También se estiman 9.783 personas de comunidades indígenas residentes en la ciudad, quienes forman parte de procesos migratorios y de reasentamiento que reconfiguran prácticas culturales en el espacio urbano (DANE, 2022).

La diversidad demográfica, por tanto, no es abstracta: se traduce en la convivencia de memorias afrodescendientes, indígenas y campesinas en un entorno marcado por desigualdades estructurales. En comunas como la 1, 13, 14, 15, 18, 20 y 21 se concentran mayores índices de pobreza y déficit habitacional, territorios históricamente asociados con asentamientos de población étnica y migrante (DANE, 2022). Allí se cruzan las herencias culturales con las desigualdades, configurando escenarios donde el despojo además de ser territorial, es también, como ya se ha mencionado, simbólico y epistémico.

En este sentido, la diversidad demográfica de Cali da cuenta de su riqueza intercultural y, al mismo tiempo, de las tensiones que surgen cuando los saberes ancestrales se insertan en un modelo urbano occidental que tiende a subordinarlos, invisibilizarlos o fragmentarlos. Aquí opera una lógica colonial y patriarcal que coloniza tanto el cuerpo femenino como la naturaleza. Como señalan Vandana Shiva y María Mies:

“En particular, este planteamiento transforma a las mujeres, productoras y conservadoras del valor de la biodiversidad, en meras consumidoras. En vez de establecer programas de conservación basados en su cultura, valores, habilidades, conocimientos y sabiduría, las estrategias de conservación dominantes destruyen estas capacidades y crean así condiciones que favorecen la erosión de la biodiversidad, que constituye la base de unos modos de subsistencia y unos sistemas de producción sostenibles.”(Mies & Shiva, 1998:45)

Frente a ello, *Carmelia* se plantea como una práctica decolonial y feminista orientada a recuperar los vínculos entre mujeres, plantas y territorio como una experiencia viva, en movimiento, que siembra comunidad. Desde esta perspectiva, el proyecto parte de la

recuperación de saberes medicinales transmitidos por nuestras ancestras — todas provenientes de distintos territorios del suroccidente del país— como una vía para reconocernos e hilvanar nuestra identidad colectiva. Este ejercicio se realiza desde una mirada feminista que entiende la herencia mujer a mujer como un acto de emancipación y resistencia frente a las distancias provocadas por migraciones, que son a su vez consecuencia del conflicto armado y otras violencias estructurales, y, por ende, del patriarcado mismo.

Objetivos

Objetivo general

Fortalecer la relación de las mujeres jóvenes ciudadinas con sus ancestras a través del rescate de tradiciones de autocuidado relacionadas con el uso de plantas medicinales.

Objetivos específicos

1. Documentar, preservar y difundir relatos, prácticas y memorias sobre el uso de plantas medicinales en el autocuidado femenino.
2. Explorar de forma colectiva las tensiones, acercamientos y distancias en la transmisión intergeneracional de estos saberes, analizando a la luz de la teoría feminista los factores que los favorecen o dificultan en contextos urbanos.
3. Crear un espacio comunitario que, a través de la revitalización y práctica viva de estos conocimientos, fortalezca la construcción del tejido de redes femeninas y la sororidad en la ciudad.

II. Planteamiento conceptual: Ecofeminismo, colonialidad y la disputa por la tierra, los cuerpos y los saberes

El presente marco teórico se inscribe en la corriente del ecofeminismo, retomando la perspectiva decolonial sobre las estructuras de poder que han configurado el desarrollo global contemporáneo. Desde esta mirada, la crisis ambiental y la opresión persistente hacia mujeres y pueblos racializados, así como la instrumentalización de la naturaleza, forman parte de un mismo modelo civilizatorio occidental, patriarcal y colonial basado en la explotación, la jerarquía y el despojo.

En este sentido, la investigación retoma categorías como el ecofeminismo, la colonialidad de género, la interseccionalidad, el feminismo decolonial, el autocuidado como resistencia y el legado femenino y comunitario, para proponer que la indagación en las raíces de cada mujer es en sí misma una práctica de autocuidado feminista, decolonial y antipatriarcal. En el caso de *Carmelia*, esta búsqueda trasciende lo individual y se constituye como una práctica colectiva y de comunicación comunitaria, donde el autocuidado se transforma en emancipación, memoria y recuperación de identidad compartida. Para fortalecer esta perspectiva teórica, participé entre septiembre y diciembre de 2025 en el Seminario de Posgrado en Salud Feminista de la CLACSO, espacio formativo que profundizó mi comprensión sobre soberanía sanitaria, el Modelo Médico Hegemónico y la politización del cuidado, categorías que nutren y robustecen el enfoque conceptual de la presente investigación.

Ecofeminismo como fundamento de resistencia

El ecofeminismo ha sido clave para develar la relación estructural entre la explotación de la naturaleza y la subordinación de las mujeres en el marco del capitalismo global. *Carmelia* se inspira en este pensamiento, que ofrece una mirada necesaria para repensar las contradicciones actuales y revertir los imaginarios dominantes para proponer nuevas formas de relación con la naturaleza y entre las personas, buscando una cultura de paz que "pise ligeramente sobre la tierra" (Herrero, 2013, p. 280). Esta expresión que Yayo Herrero retoma citando originalmente a Vandana Shiva, es una apuesta por transformar el modelo civilizatorio que separó al ser humano de la naturaleza y legitimó su dominación. Desde el ecofeminismo, esta idea denuncia la lógica patriarcal y capitalista que ha convertido tanto a la tierra como a los cuerpos de las mujeres en territorios de explotación, y propone en su lugar reconocer nuestra ecodependencia, aceptar los límites materiales del planeta y reorganizar la vida social en torno al cuidado. "Pisar ligeramente" implica desacelerar, respetar los ritmos de la vida, reducir la huella ecológica y cuestionar el imaginario del crecimiento ilimitado. En este marco, *Carmelia* encarna esta perspectiva como práctica situada: a través de la siembra, la recuperación de saberes de las abuelas y la juntanza entre mujeres, el proyecto convierte estos principios en gestos cotidianos que restituyen el vínculo entre memoria, cuerpos y territorio.

Como señala Herrero, el ecofeminismo, especialmente desde una mirada constructivista, critica el sistema económico capitalista y su armazón cultural que se

desarrolla en contradicción con las dependencias materiales de la vida, ignorando los límites físicos del planeta y subvalorando los tiempos de reproducción social cotidiana (2013). Esta crítica se enlaza con las aportaciones de Mies y Shiva (1998), quienes explican cómo la construcción de las mujeres como "segundo sexo" se asocia a la incapacidad de aceptar la diferencia, promoviendo la jerarquía en lugar de la diversidad, y reduciendo el valor de la naturaleza a su explotación comercial.

El ecofeminismo revisa la unión del capitalismo y el patriarcado para obligar a las mujeres a realizar el trabajo invisible y no remunerado del cuidado en el espacio privado, y señala cómo los cuerpos de las mujeres y las semillas como las "últimas colonias" (Herrero, 2013, p. 289). Es precisamente esta noción de colonización de la vida lo que permite a *Carmelia* alinearse con la defensa de que la diversidad es el principio que da forma al trabajo y a los conocimientos de las mujeres, desafiando el cálculo patriarcal que no nos toma en consideración (Mies & Shiva, 1998). Así, el proyecto se sitúa en la intersección entre la práctica de las huertas urbanas y la crítica ecofeminista global.

Recuperación de saberes femeninos frente al despojo histórico

La crítica ecofeminista se profundiza cuando se observa el despojo histórico que significó la persecución de las mujeres durante la caza de brujas. Silvia Federici sostiene que en los siglos XVI y XVII este fue un ataque genocida contra las mujeres, crucial para la acumulación y formación del proletariado moderno en Europa y el "Nuevo Mundo" (2004: 109). Este proceso destruyó el control que las mujeres ejercían sobre su función reproductiva y sirvió para establecer un régimen patriarcal más opresivo, expropiando a las mujeres de un patrimonio de saber empírico relacionado con plantas y remedios curativos, transmitido de generación en generación (Federici, 2004).

El vínculo entre naturaleza y feminidad, demonizado bajo la figura de la bruja, fue clave para el nacimiento de la ciencia moderna. En palabras de Federici, la visión mecanicista de la naturaleza "desencantó el mundo" y no defendió a las mujeres acusadas de brujería (2004:269). La bruja se convirtió en la encarnación del "lado salvaje" de la naturaleza, incontrolable y antagónica al proyecto científico, y su persecución sentó las bases para el ascenso de la medicina profesional, que erigió una "muralla de conocimiento científico indisputable, inasequible y extraño para las 'clases bajas'" (Federici, 2004:310).

Este miedo visceral a la mujer/bruja, como ha planteado Susana Castellanos de Zubiría (2009), reforzó la pérdida de saberes femeninos, en línea con lo que Segato (2007) identifica como un patrón de violencia estructural contra las mujeres. Del mismo modo, Paz Carrasco (2016) recuerda que la tradición oral de las mujeres sanadoras ha sido subvalorada al naturalizar sus conocimientos y no representarlos en una historia oficial. Ante este escenario de despojo histórico, *Carmelia* busca fortalecer la relación de las mujeres con estos saberes tradicionales a través de un ejercicio colectivo de autocuidado y comunicación comunitaria. En esta tarea se inspira en experiencias latinoamericanas como las sanadoras del MST (Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra de Brasil), quienes actúan como "socio-transmisoras de un saber-hacer" sobre hierbas medicinales (Paz Carrasco, 2016). Así, el rescate de plantas medicinales se convierte en *Carmelia* en una práctica feminista, urbana y colectiva que disputa la mercantilización de la salud y reafirma la memoria viva de las mujeres.

La democratización del saber resuena con la crítica de Bell Hooks a la institucionalización del feminismo en la academia, que lo convirtió en un "discurso privilegiado" y lo "despolitizó y desradicalizó", alejándolo del potencial de masas que tenía (Hooks, 2017). Para que el feminismo sea "para todo el mundo", Hooks aboga por difundir su mensaje más allá de los círculos académicos. Esto se alinea con la comunicación popular, que enfatiza partir de las experiencias, necesidades y aspiraciones de las comunidades, devolviéndoles esa información de manera "problematizadora" y utilizando un lenguaje accesible para establecer un diálogo abierto (Kaplún, 1987). Un ejemplo tangible de la valoración de la experiencia vivida se observa en la "farmacinha viva del MST", que visibiliza el "saber-hacer" de las mujeres con hierbas medicinales, a menudo poseído por aquellas con "poco estudio", desafiando así las estructuras de conocimiento dominantes (Paz Carrasco, 2016). En respuesta a ello, el ejercicio de *Carmelia* busca precisamente que las mujeres se reapropien de su autonomía y libertad a través de la democratización de la información, llevando la teoría feminista a las prácticas cotidianas. Así, el proyecto se posiciona como un espacio donde el movimiento deja de ser un discurso restringido a lo académico y se convierte en una práctica concreta, colectiva y accesible, haciendo que el feminismo sea verdaderamente para todo el mundo. La iniciativa se nutre profundamente de la idea de la sororidad que defiende Bell Hooks, quien sostiene que el movimiento feminista solo puede ser poderoso si las mujeres se enfrentan a las formas en que dominan y explotan a otras por clase, raza u orientación sexual, y construyen una plataforma política que aborde

estas diferencias (Hooks, 2017). *Carmelia*, al construir redes entre mujeres, reconoce la importancia de la experiencia vivida como autoridad analítica y fuente de conocimiento (Hooks, 2017).

Soberanía sanitaria y Modelo médico hegemónico

El sistema de salud dominante en Colombia responde a lo que Eduardo Menéndez llamó el Modelo Médico Hegemónico (MMH): un entramado de saberes y prácticas que, desde el siglo XVIII, logró imponer la medicina científica como la única legítima, subordinando otras formas de atención y cuidado. Sus rasgos estructurales son claros: el biologismo que reduce la salud al cuerpo físico, el individualismo que aísla la experiencia de la enfermedad, la ahistoricidad que niega las memorias colectivas de cura, la mercantilización de la vida y una relación asimétrica y de subordinación entre médico y paciente, donde la voz del paciente se relega a la pasividad (Menéndez, 1988). El MMH, además, opera también como un mecanismo de control social y legitimación de jerarquías. Desde la perspectiva feminista y decolonial, este modelo no puede desligarse del sistema patriarcal y capitalista que lo engendró. La medicina científica emergió sobre la base de una violencia epistémica y material que subordinó tanto los cuerpos femeninos como las formas de conocimiento que no se ajustaban a la racionalidad occidental.

Frente a esta hegemonía, la soberanía sanitaria surge como una propuesta desafiante que resitúa la salud en una clave sociocultural, distanciándose de la visión reduccionista de los determinantes biológicos y de las formas canónicas de la medicina (Barrancos, 2019). Constituye una propuesta contra lo prescriptivo del modelo médico hegemónico y se enraíza en la idea de que la soberanía sanitaria no puede pensarse sin la soberanía de las personas sobre sus propios cuerpos. Así, para Balaña el concepto se problematiza desde una perspectiva feminista que busca romper con los modelos de atención dominantes, sostenidos sobre un binarismo cisheteronormativo, y propone en su lugar una salud colectiva, comunitaria y digna (Balaña et al., 2019).

Esta noción también se articula con la organización territorial y con la construcción de poder desde abajo, entendiendo que la salud es un fenómeno inseparable de la comunidad y de un Estado que garantice la equidad (Balaña et al., 2019). Al mismo tiempo, revaloriza los saberes populares y ancestrales que han persistido en manos de mujeres campesinas, indígenas y afrodescendientes, quienes a través de hierbas y rituales han sostenido la salud

comunitaria a pesar del silenciamiento y la deslegitimación (Carrasco Rodríguez, 2017; Parra-Valencia, 2023).

En este sentido, la soberanía sanitaria se entiende como un principio que impulsa la autonomía y la dignidad de todas las personas (Barrancos, 2019). En *Carmelia*, esto se traduce en cultivar un jardín feminista donde crecen tanto plantas como posibilidades de emancipación. Cada conversación con una abuela, cada semilla sembrada en la tierra o en una maceta urbana, y cada infusión compartida se convierten en gestos de cuidado propio que cuestionan la lógica mercantil del MMH. Mientras el modelo médico tiende a reducir y estandarizar, *Carmelia* abre un espacio de decisión colectiva, donde las mujeres construyen sus propias formas de sanar y proteger su salud.

Colonialidad del género y feminismo decolonial

El concepto de colonialidad del género, propuesto por María Lugones, es fundamental para comprender la indiferencia estructural del sistema patriarcal hacia las violencias sistemáticas que viven las mujeres de color (Lugones, 2008). En su planteamiento, la modernidad/colonialidad² no solo impuso jerarquías raciales y económicas, sino también una forma específica de entender el género, subordinando a las mujeres no-blancas dentro de una lógica de dominación. En esa lógica, la separación categorial de raza, género, clase y sexualidad termina por ocultar la situación violenta de estas mujeres (Lugones, 2008).

La propuesta de Lugones de un Sistema Moderno/Colonial de Género permite analizar cómo el poder global se organiza sobre esta cartografía de jerarquías (Lugones, 2008). Ejemplos como el de la sociedad Yoruba³, donde el género no era un principio organizador antes de la colonización y de la esclavitud, muestran que el patriarcado no es universal sino, al menos en nuestras sociedades, un resultado colonial (Oyewùmi, 1997, citado en Lugones, 2008). Del mismo modo, las tribus ginecráticas nativo-americanas concebían la fuerza primaria del universo como femenina, lo que autorizaba y sostenía todas las actividades tribales (Allen, 1986/1992, citado en Lugones, 2008). Estos ejemplos

² El concepto de colonialidad del género, propuesto por María Lugones —en diálogo con la corriente del grupo latinoamericano Modernidad/Colonialidad, una red de pensamiento crítico surgida a finales del siglo XX y desarrollada por autores como Aníbal Quijano, Walter Dignolo, Enrique Dussel, Ramón Grosfoguel y Arturo Escobar, quienes desarrollaron categorías como colonialidad del poder, del saber y del ser para explicar la persistencia de las jerarquías coloniales en la modernidad—, es fundamental para comprender la indiferencia estructural del sistema patriarcal hacia las violencias sistemáticas que viven las mujeres negras. Mientras estos autores analizaron principalmente la persistencia de jerarquías raciales, epistémicas y económicas tras el colonialismo formal, Lugones amplió la categoría al mostrar que la colonización también impuso un sistema moderno/colonial de género, racializado y jerárquico.

³ Específicamente la antigua sociedad de Oyo, ubicada en lo que hoy es Nigeria, en África Occidental.

evidencian que existieron otras formas de organización social previas a la imposición colonial, donde lo femenino no era subalternizado.

Desde este diagnóstico, el feminismo decolonial se erige como una apuesta política y epistémica que busca dismantelar la dependencia intelectual del eurocentrismo. Ochy Curiel (2009) plantea que es necesario un "cimarronaje intelectual", entendido como la creación de pensamiento propio sin mediaciones coloniales ni eurocéntricas, como forma de rebelión epistémica frente a las jerarquías del saber. En esta misma línea, Curiel (2009) señala que superar el binarismo entre teoría y práctica permite potenciar teorizaciones distintas y particulares que emergen de la región, lo que aporta a descentrar el sujeto euro-norcéntrico y la subalternidad que el feminismo latinoamericano reproduce internamente (Curiel 2009).

Carmelia se ubica dentro de la tradición del feminismo decolonial. Al rescatar saberes ancestrales vinculados a las plantas medicinales y al cuidado propio de las mujeres, el proyecto busca unir el conocimiento académico con la experiencia vivida. Así, *Carmelia* se convierte en un acto de resistencia que sigue las ideas de Lugones y Curiel: descolonizar el género implica cuestionar las jerarquías coloniales y generar formas de conocimiento situadas, comunitarias y feministas, que permitan a las jóvenes de Cali reconectar con sus raíces y fortalecer su autonomía.

Desde esta perspectiva, y en clave de los aprendizajes que emergen de las prácticas vinculadas al buen vivir y a los saberes precoloniales, es posible identificar tres ejes que dialogan con el feminismo decolonial y que orientan la experiencia de *Carmelia*:

1. Autocuidado y Prácticas Sanadoras como Resistencia: El autocuidado desde el feminismo es una puerta a la resistencia activa (García Salamanca, 2018). La experiencia de las mujeres campesinas en Montes de María con plantas medicinales es un ejemplo de grupalidad curadora, definida como la capacidad comunitaria para manejar el dolor en contextos de guerra, con dimensiones terapéuticas, emancipatorias y cosmológico-espirituales (Parra Valencia, 2019). Los jardines, patios y huertas caseras son espacios donde las mujeres se erigen como cuidadoras y curadoras de sus comunidades, resistiendo al patriarcado, capitalismo, colonialismo y la guerra (Parra Valencia, 2019).

En este horizonte, *Carmelia* se inserta como una práctica urbana que recupera el autocuidado y la resistencia en los hogares de mujeres jóvenes en Cali. Cultivar, recolectar y conversar con las abuelas alrededor de las plantas medicinales se convierte en una forma de tejer comunidad y reivindicar la herencia femenina. El cuidado de estas plantas en los espacios domésticos actúa como un acto político y feminista de sanación, donde lo íntimo se enlaza con lo colectivo y lo cotidiano.

2.Comunidad, oralidad, autonomía e identidad: Las huertas familiares y comunitarias en Chile son refugios bioculturales fundamentales para la soberanía alimentaria, la transmisión de saberes tradicionales y la conservación de la biodiversidad (Ibarra et al., 2019). Estos espacios son intrínsecamente femeninos y reproducen conocimiento ancestral transmitido de generación en generación (Barreau & Ibarra, 2019). El conocimiento en la huerta se transmite directamente en el hacer, en el trabajo mismo de “huertear” (Celis, 2003, citado en Barreau & Ibarra, 2019,). Este proceso de conversación y transmisión oral es clave para la soberanía alimentaria familiar (Ibarra et al., 2019). *Carmelia* se inspira en estas prácticas comunitarias donde las mujeres deciden qué producir, cómo hacerlo y para quiénes, reforzando su autonomía (Barreau & Ibarra, 2019). Además, se alinea con la comunicación comunitaria propuesta por Mario Kaplún y la noción de identidad colectiva de Julieta Paredes, quienes coinciden en que la participación, el diálogo y la problematización de la realidad son ejes para construir una identidad compartida que impulse la transformación social (Kaplún, 1985, Paredes, 2010).

3.Sentipensar, Espiritualidad y Memoria Afectiva: La ecología política mapuche propone un “sentipensar” que enlaza cultura y naturaleza en la construcción del mundo (Ibarra & Riquelme, 2019). Por ejemplo, la pérdida de biodiversidad y el deterioro de los ríos generan desequilibrios en la espiritualidad mapuche, afectando el acceso a plantas medicinales y la autonomía en la gestión de la salud local (Ibarra & Riquelme, 2019). *Carmelia* integra esta dimensión sensible de conexión con la tierra, concibiendo la práctica espiritual como refugio y consuelo frente al despojo, y desafiando el dualismo metafísico occidental (Hooks, 2017). De este modo, la experiencia se convierte en un espacio afectivo y político que rescata la memoria de una larga historia de resistencia (Federici, 2004).

Interseccionalidad, migraciones y saberes ancestrales en Cali

La interseccionalidad es una contribución fundamental de los estudios de las mujeres, que muestra cómo el género, la raza, la clase y la sexualidad se entrelazan en la dominación (Viveros Vigoya, 2016). Este enfoque permite reconocer que las desigualdades se combinan y se profundizan dentro de contextos específicos. El “Manifiesto de la Colectiva del Río Combahee” ejemplifica cómo el principio feminista “lo personal es político” considera de manera simultánea las dimensiones de sexo, raza y clase (Viveros Vigoya, 2016).

En una ciudad como Cali, marcada históricamente por procesos de migración afrodescendiente desde el Pacífico, esta perspectiva interseccional resulta imprescindible (Barbary y Urrea, 2004). No solo porque permite comprender cómo se cruzan las opresiones de género, clase y raza en la vida de las mujeres afro, sino porque también visibiliza sus prácticas de resistencia. En el mapa de la preservación de conocimientos tradicionales en Cali, son precisamente las comunidades afrocolombianas las que lideran procesos de rescate y transmisión de saberes ancestrales. Frente a las desigualdades, los saberes de cura y prácticas de cuidado, anclados en conocimientos ancestrales, constituyen lo que Parra-Valencia (2021) denomina “cartografías de resistencia”: modos de vida que desafían al patriarcado, al capitalismo y al colonialismo. Ejemplos como *La azotea de la abuela*, proyecto de Helena Hinstroza, muestran cómo la memoria afro y las prácticas medicinales urbanas resurgen como espacios de dignificación y autocuidado colectivo. Estas iniciativas demuestran que el autocuidado trasciende lo personal para convertirse en acción política y decolonial.

En este entramado, *Carmelia* se presenta como un proyecto que dialoga con las memorias y prácticas vivas del suroccidente colombiano, reafirmando que la interseccionalidad es una práctica concreta de resistencia y re-existencia en la ciudad. El proyecto conecta con estas experiencias al reconocer que el rescate de saberes ancestrales en el entorno urbano constituye tanto una práctica feminista y decolonial como una acción interseccional, capaz de enfrentar las múltiples desigualdades que afectan principalmente a las mujeres afrodescendientes en Cali.

Síntesis

Carmelia es un ejercicio de investigación-creación que entrelaza el ecofeminismo, la colonialidad del género y la interseccionalidad para rescatar y revitalizar los saberes

ancestrales de autocuidado femenino con plantas medicinales en Cali. La propuesta parte de reconocer que los conocimientos transmitidos por abuelas y mayores han sido históricamente despojados, primero a través de la persecución colonial y patriarcal de las curanderas y parteras, y hoy mediante la hegemonía de la medicina biomédica y la elitización del discurso académico feminista. Frente a este doble despojo, *Carmelia* propone una reapropiación colectiva y comunitaria de la memoria, el cuidado y la resistencia.

III. Enfoque y exploración metodológica

Esta investigación se desarrolla bajo el enfoque de la Investigación Acción Participativa de Orlando Fals Borda, adaptado a un marco feminista que reconoce la transmisión de saberes entre mujeres como un acto de resistencia y construcción de identidad. La metodología privilegia el trabajo colectivo, la recuperación oral de conocimientos y la creación de un espacio comunitario que fortalezca la sororidad y el vínculo con las ancestras.

El trabajo se plantea como un proceso que combina la documentación rigurosa con la práctica en el jardín itinerante y colectiva *Carmelia* y la elaboración de dos productos: este informe y un recetario ilustrado. Esta metodología responde a la necesidad de articular la investigación académica con la creación colectiva, posibilitando que el proceso mismo se constituya como una práctica transformadora de los vínculos entre mujeres, plantas y territorio.

El proyecto -y también su perspectiva metodológica- nace en el Macizo Colombiano, específicamente en La Vega, Cauca, durante una experiencia vivencial concreta en el XI Encuentro de Pueblos y Semillas 2023 y una ceremonia de toma de yagé. Ahí comprendí cómo las plantas medicinales son mucho más que curativas: son un lenguaje, un vehículo de memoria y resistencia transmitido de generación en generación, pero, además, son especialmente movilizadoras de vínculos en los linajes femeninos en las zonas rurales. En las infusiones de limoncillo que me hace mi abuela heredadas de mi bisabuela Carmen, existe un hilo inquebrantable que conecta a mis ancestras con mi presente. Por eso, al encontrar durante el viaje a La Vega que en la zona rural el género está, sobre todo, presente en la conexión con la tierra y en el cuidado colectivo de la misma, se abrió una nueva forma de practicar el feminismo para mí. Al respecto diría en el artículo de El llamado del Yagé: Una travesía más allá de lo tangible, publicado en Nexus Plataforma (el texto completo se incluye en el Anexo A):

“El encuentro de Pueblos y Semillas tenía una línea de trabajo llamada “Juventud, género y diversidad”, a la cual, junto con mi amiga y compañera de clase Lilá, planeábamos acercarnos. Desde muy joven me apasiona el enfoque de género y el feminismo, aunque muy pocas veces había podido trabajarlo en la universidad. Aquí imaginaba encontrar mujeres dedicadas a tratar el género en la ruralidad, y pensé que me sentiría feroz como cuando un lobo solitario por fin encuentra una manada. Nos llevamos una sorpresa cuando el género no se abordó como esperábamos. Para mí no tenía sentido imponer nuestra visión ciudadina del género en una comunidad interesada en rescatar la voz de la juventud, no porque el género no tenga lugar dentro del tema, sino porque necesita un espacio independiente. Uno donde sea protagonista, no donde tenga que luchar constantemente por no ser olvidado. Decidimos acercarnos a la línea de trabajo de Medicinas Ancestrales, y puedo decir que entonces comenzó verdaderamente el viaje.” Ramírez, C. (2024, 18 de octubre).



Fotos tomadas por Eva Tanco en el 11° Encuentro de Pueblos y Semillas de La Vega, Cauca, durante el segundo día de mesas de trabajo.

Fue en la mesa de trabajo de plantas medicinales donde dilucidé la fuerza del género en la medicina tradicional de las zonas rurales, y fue en la toma de yagé donde la semilla de comunidad y de trabajo colectivo se sembró en mí. Al respecto diría, también, en El Llamado del Yagé:

“Entonces la profesora Eva me reveló algo muy importante que nunca había considerado o escuchado antes. Sabía por fuentes diversas que tomar yagé era algo muy serio, que debía hacerse con un propósito espiritual. Sin embargo, mi profesora me advirtió que se trataba también de una *experiencia colectiva*, cosa que jamás imaginé porque pensaba que era una travesía puramente personal e individual. Esto marcaría mi trance en muchos sentidos.”

“Momentos después, Andrea, una de mis compañeras, me cuidó cuando por fin estuve a solas con mis pensamientos. Jamás me sentí tan vulnerable como en esos momentos, y en ella encontré refugio. Me ayudó a limpiarme con pañitos húmedos porque tenía cierta psicosis de estar sucia por el vómito. Me acurruqué en su regazo y ella habló conmigo aun cuando no podía formar frases coherentes. A partir de ese momento estuvimos juntos cuatro de los cinco compañeros que tomamos la medicina, acostándonos muy cerca por el frío, tapándonos con las mismas cobijas. Hablábamos y nos entendíamos aunque no terminábamos las frases. Todos nos sentíamos mejor cuando exteriorizábamos nuestros pensamientos sin pretender darles una forma comprensible.” (Ramírez, 2024)

La coinvestigación y metodología basada en la participación activa en la colectiva *Carmelia* nace de ese aprendizaje profundo derivado de la experiencia grupal durante la toma de yagé. Surge como resultado de un proceso interno, pero al mismo tiempo grupal, que se articuló con un malestar concreto frente a las violencias basadas en género sucedidas en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle, un malestar compartido por mis compañeras de carrera. Es en este contexto donde emerge la idea de conformar una colectiva dedicada al autocuidado con plantas sagradas y al fortalecimiento de los lazos entre mujeres. La rabia y la indignación fueron el motor para conformar una comunidad que promovería una alternativa de autocuidado. El 12 de noviembre de 2023, nuestro último día en La Vega, Cauca, decidimos que íbamos a convertir todo nuestro aprendizaje en el territorio en una huerta comunitaria y feminista en la Escuela de Comunicación Social. Lilá, mi compañera, trajo desde allá dos especies que nos regalaron: diente de león y violeta blanca. Ella, quien más experiencia tenía sembrando plantas y cuidándolas, conocimientos heredados de su madre, se encargó de intentar revivir aquellos dos hijitos que, debido al largo tramo de viaje, llegaron afectados. El Diente de León parecía ser el más fuerte, el que sobreviviría a las desfavorables condiciones de traslado. Por otro lado, la violeta blanca se veía más débil. Inesperadamente, la única que sobrevivió fue la Violeta Blanca. Meses después se vería así, florecida y creciendo.



Foto tomada por Lilá López durante el proceso de crecimiento de la violeta blanca, enviada al grupo de WhatsApp de la colectiva *Carmelia* el 29 de diciembre de 2023.



Segunda foto de evidencia de crecimiento tomada y enviada por Lilá López el 03 de marzo de 2024.

La juntanza como método

El diseño metodológico se organizó en tres ejes interrelacionados:

- Recuperación de saberes orales y experiencias situadas.
Realizamos entrevistas con abuelas y sanadoras, con el fin de documentar relatos,

memorias y prácticas de autocuidado con plantas medicinales. En este eje se inscriben:

- Las entrevistas con la profesora Alejandra Bonilla Leyva y la profesora Beatriz Elena López Arboleda;
- La entrevista con la sabedora Paola Padilla realizada en el Festival Oír Más;
- La entrevista con una joven estudiante indígena de Ecuador en el marco del CLACSO.

También forman parte de esta dimensión el viaje a La Vega, entendido como acercamiento situado a saberes territoriales y espirituales que nutrieron la comprensión del vínculo entre cuerpo, tierra y memoria. Paralelamente, implementamos círculos de palabra como espacios de confianza para el intercambio de conocimientos, donde la oralidad, la narración de experiencias y la memoria afectiva se constituyeron en insumos centrales.

- Trabajo de campo y observación participante.

El trabajo de campo se desarrolló a través de la asistencia y participación activa en jornadas de siembra, la organización talleres formativos y espacios comunitarios, donde se registraron las formas de cultivo, cuidado y transmisión de saberes en contextos urbanos. Este eje incluyó la siembra de jardines polinizadores, la jornada de árboles nativos en la Universidad del Valle y la construcción del Jardín en Espiral junto a Sara Burbano, experiencias que permitieron observar en la práctica los procesos ecológicos, organizativos y comunitarios vinculados al trabajo con la tierra, comprendiendo cómo este se convierte en un ejercicio de memoria y construcción colectiva. En este mismo marco se inscribe la primera reunión de *Carmelia*, orientada a la planeación y construcción compartida del cronograma, así como el club de lectura sobre ecofeminismo y la actividad de co-investigación sobre las plantas que deseábamos sembrar, en la que cada integrante indagó en sus genealogías familiares y saberes cercanos; de este modo, la práctica de siembra se articuló con un proceso reflexivo que enlazó territorio, identidad y memoria. Asimismo, los talleres como el de aromáticas, el de cerámica, el mural realizado con la Secretaría de Cultura y el taller Cerámica con mi Ancestra amplió el horizonte metodológico al integrar el aprendizaje corporal y creativo con la reflexión sobre cuidado, territorio y memoria afectiva. La observación participante permitió reconocer cómo estos conocimientos se

entretejen con la vida cotidiana y se complementó con registros fotográficos y diarios de campo que documentaron tanto las prácticas como las emociones que emergieron en el proceso.

- Creación y devolución comunitaria.

La metodología incorporó espacios de investigación-creación comunitaria orientados a la construcción del jardín feminista *Carmelia*, concebido como laboratorio vivo de experimentación, memoria y resistencia. En este eje se inscribe la elaboración de la Cartilla #1 *Carmelia* como primer material de sistematización y devolución de aprendizajes. Se produjo material de divulgación (recetario ilustrado) que buscaba democratizar los hallazgos y devolverlos a las comunidades participantes, priorizando la tradición oral y un lenguaje cercano a esa oralitura.

Metodología de la colectiva Carmelia

Dentro del marco de la investigación, la colectiva *Carmelia* desarrolló su propia metodología, enraizada en la conexión entre mujeres, plantas y ciclos lunares. Esta dimensión metodológica se estructura a partir de tres enfoques y cuatro fases:

Enfoques:

- Género: Reconocer que el cultivo y uso de plantas medicinales son saberes históricamente sostenidos por mujeres y que su transmisión constituye un acto político de preservación y defensa de la autonomía. En este sentido, las entrevistas con lideresas y las experiencias de diálogo con sabedoras fortalecieron esta perspectiva.
- Territorial: Entender el jardín como una extensión de la tierra de origen de cada integrante, un espacio urbano que conecta memorias rurales, ancestras y ecosistemas. El viaje a La Vega y las jornadas de siembra en distintos territorios urbanos ampliaron esta dimensión.
- Participativo: Involucrar a las integrantes como co-investigadoras en la toma de decisiones y en la recopilación de información, privilegiando la oralidad, la creación artística, el registro fotográfico, y evitando cargas académicas excesivas. La co-investigación sobre plantas, los talleres artísticos y la construcción colectiva del recetario responden a este enfoque.

Fases lunares de la colectiva

El trabajo de la colectiva *Carmelia* se organizó de manera semestral, imitando dos grandes ciclos lunares al año que se ajustaron al calendario académico de la universidad. Cada semestre comenzó con la fase de luna nueva, que coincide con la energía de iniciar un nuevo periodo académico y se orienta a la planeación colectiva de las actividades. Hacia la mitad del semestre, durante la luna creciente y la luna llena, se concentran los talleres, las siembras y los proyectos comunitarios, aprovechando el momento de mayor vitalidad y expansión. Finalmente, la luna menguante corresponde al cierre del semestre, cuando las participantes entran en su periodo de exámenes y trabajos finales, y la colectiva destina este tiempo a la reflexión y el asentamiento del conocimiento, a sentir y prepararse para un nuevo ciclo.

- Luna nueva – durante el primer ciclo, surge el nacimiento de la colectiva y la conformación del grupo. Aquí se realizó la primera reunión *Carmelia* (planeación, cronogramas y acuerdos). En los siguientes ciclos, durante esta fase abriremos convocatoria y el diseño colectivo de las actividades de la colectiva durante el semestre.
- Luna creciente – co-investigación y acción. Búsqueda de información y formación para las actividades que se desean realizar en este ciclo a través de enlaces con otras organizaciones, entrevistas y diálogo con mayores. En esta fase se desarrollaron el club de lectura sobre ecofeminismo, la actividad de co-investigación sobre las plantas, las entrevistas con profesoras y lideresas, la participación en CLACSO, el Congreso de Partería y el Festival Oír Más.
- Luna llena – cultivo. Implementación de lo aprendido, se realizan los talleres de siembra, de usos de las plantas, de cerámica o de arte. En esta fase se realizaron las jornadas de siembra (Jardines Polinizadores, árboles nativos en la Universidad del Valle y Jardín en Espiral), el taller de aromáticas, el taller de cerámica, el taller mural con la Secretaría de Cultura y el taller Cerámica con mi Ancestra.
- Luna menguante – análisis y reflexión. Evaluación colectiva de los aprendizajes, sistematización de las experiencias y preparación de un nuevo ciclo. En esta fase se compartieron hallazgos, dificultades y ajustes metodológicos, consolidando el recetario y organizando los registros producidos (notas, fotografías y audios).

IV. Construcción de *Carmelia*

Sistematización del camino hacia la creación y el encuentro

Jornada de siembra de jardines polinizadores en la Universidad Del Valle.

Participar en la jornada de siembra de varios jardines para polinizadores fue una experiencia de observación participante que permitió identificar, por primera vez en la práctica concreta dentro de la Universidad del Valle, cómo se entrelazan la identidad colectiva, el cuidado de la biodiversidad y la acción comunitaria. Asistí como parte del voluntariado convocado por la Brigada Ambiental y trabajamos junto a jardineros de la universidad y personal de la Sección de Servicios Varios, aprendiendo a preparar el suelo, cavar, apretar las plantas en la tierra, y cubrirlas del calor con sustrato, mientras compañeros y compañeras de biología explicaban la relación entre especies como verbenas, lantanas, caléndulas para proteger de las plagas, y abejas, colibríes y mariposas. En ese intercambio se hizo evidente que el jardín no es ornamental, es una forma de cuidado y sostenibilidad indispensable, porque como señalan Paredes-García et al. (2025), la polinización biótica es fundamental para la reproducción de las angiospermas y sostiene cerca del 80 % de las plantas silvestres y el 75 % de los cultivos destinados al consumo humano. Comprender esto mientras se sembraba permitió dimensionar que, en un campus, como el de la Universidad del Valle, atravesado con superficies duras y edificaciones en medio de un bosque tropical, cada parche floral funciona, en palabras de Paredes-García (2025), como un nodo de conectividad ecológica que favorece el tránsito de especies y reduce su aislamiento. Así, la acción de plantar se reveló como una forma concreta de cuidado hacia un campus que, con sus 140 hectáreas, más de 7.000 árboles, 384 especies de mamíferos y la presencia de jóvenes estudiantes provenientes de todo el suroccidente del país, constituye un territorio donde la población joven estrecha la relación de cuidado con un entorno de alta biodiversidad. Este es un espacio político no solo por las luchas populares: su riqueza ecológica exige atenciones específicas que un edificio exclusivamente de concreto jamás demandaría. Habitarlo implica, entonces, aprender a cuidar la tierra, construir una relación más íntima con los ciclos naturales y fortalecer una identidad colectiva que reconozca y asuma esa responsabilidad compartida.

Para *Carmelia*, este acercamiento resultó fundamental. La jornada de siembra permitió confirmar por experiencia directa —más allá de la lectura teórica— que los jardines

y huertos urbanos no solo poseen una dimensión ecológica, también un alcance pedagógico y comunitario concreto. Desde la vivencia encarnada de sembrar, preparar la tierra y coordinar tareas con otras personas, se hizo evidente aquello que Rodríguez Arancibia (2019) describe como “incubadoras sociales”: espacios que fortalecen la cohesión comunitaria, generan bienestar y potencian la resiliencia colectiva frente a crisis. No se trataba únicamente de plantar especies, se trata de participar en una práctica que exige diálogo, corresponsabilidad y organización compartida.

Asimismo, la experiencia permitió comprender en la práctica el concepto de infraestructura verde señalado por Paredes-García et al. (2025). Estos autores explican que los jardines urbanos mitigan los efectos de la urbanización y funcionan como redes de hábitat esenciales que aportan a la resiliencia ecológica. Durante la jornada, esta dimensión dejó de ser abstracta: observar la diversidad de especies, la preparación del suelo y la planificación del espacio evidenció cómo incluso intervenciones pequeñas pueden contribuir a sostener vida en entornos altamente urbanizados.

La jornada también tuvo un claro alcance pedagógico. El aprendizaje ocurrió mediante la participación activa: preguntar, probar, equivocarse y ajustar. Esta experiencia nos permitió entender que estos espacios funcionan como escenarios de formación situada, donde el conocimiento circula horizontalmente y se construye colectivamente en el hacer. Esto se concretó en compromisos asumidos colectivamente: organizar turnos para regar, podar las ramas secas y mantener un canal de comunicación activo —a través de un grupo de WhatsApp— para informar cualquier novedad sobre su estado. Asistir a esta jornada amplió nuestra comprensión sobre el potencial ecológico, social y pedagógico de los jardines urbanos, y nos permitió experimentar de primera mano cómo la práctica comunitaria del cultivo encarna categorías que, hasta ese momento, conocíamos principalmente desde la teoría.





Foto tomada por Camila Ramírez, durante la jornada de siembra de jardines polinizadores, realizada en octubre de 2024 en la Universidad del Valle.

Entrevistas a académicas: diálogos que ampliaron el horizonte de Carmelia

En octubre de 2024, durante la COP16 en Cali, entrevisté a Alejandra Bonilla Leyva después de su ponencia *“El cuidado del vínculo tierra–mujeres indígenas: semillas como eje articulador de lucha por lo común y la vida”*. Lo que comenzó como una conversación académica terminó convirtiéndose en un diálogo profundamente político para *Carmelia*.

Alejandra planteó que las semillas no son insumos agrícolas sino núcleos de memoria colectiva. Conservar una semilla nativa o criolla implica proteger el conocimiento que la acompaña: el territorio donde germinó, las manos que la seleccionaron, los rituales que la rodean, las historias que la nombran. Desde su perspectiva, la defensa de las semillas es una defensa de la autonomía de los pueblos y de las mujeres que históricamente han sostenido su cuidado.

Uno de los aportes más importantes para la investigación fue su insistencia en la dimensión política de la confusión contemporánea: la ambigüedad entre semillas criollas, híbridas y transgénicas. No se trata solo de una cuestión técnica, es una disputa por el control del alimento y del conocimiento. Esa reflexión me llevó a revisar cómo, incluso en la ciudad,

reproducimos lógicas de consumo acrítico cuando compramos plantas sin preguntarnos por su origen.

A partir de esta entrevista, *Carmelia* fortaleció una decisión metodológica concreta: privilegiar el intercambio, la herencia y la multiplicación comunitaria de plantas, en lugar de la compra impersonal. Nombrar la procedencia de cada especie sembrada comenzó a ser parte del proceso investigativo.

Alejandra también fue enfática en algo que tensionó mi mirada: las mujeres han estado más cerca del cuidado de la biodiversidad por la historia de roles impuestos. Reconocer esto me permitió reafirmar que *Carmelia* no romantiza el cuidado femenino; lo politiza. El jardín feminista busca problematizar que “las mujeres cuidan”, transformar ese legado en una práctica consciente, compartida, y crítica.

Posteriormente entrevisté a Beatriz Helena López Arboleda, doctora en Ciencias Ambientales y profesora de la Universidad del Valle, quien llevó a cabo su investigación doctoral con comunidades indígenas en México y Colombia guardianas de semillas nativas. Su trabajo y postura política se han centrado en la defensa de las semillas criollas y en la crítica a la expansión de semillas transgénicas, en diálogo con procesos organizativos de mujeres rurales. Esta entrevista se realizó en el contexto académico, en el marco de una asignatura del programa, como parte de una profundización en la investigación de *Carmelia*. Su relato se situó menos en el escenario internacional y más en la experiencia concreta de organización comunitaria.

Beatriz habló desde el acompañamiento a mujeres que luchan por el derecho a la tierra, por una vida sin violencia y por la defensa de semillas de polinización abierta. Me explicó que cuando se pregunta a una mujer campesina o indígena qué significa una semilla, la respuesta casi siempre la asocia con la vida de sus hijos. Esa equivalencia no es metafórica: es una ética cotidiana donde la alimentación, la salud y la continuidad de la comunidad dependen de ese pequeño grano.

Una frase suya quedó resonando en la investigación: “Tenemos la farmacia en el patio”. Con ello aludía a la tradición de plantas medicinales cultivadas en los espacios domésticos, saber que ha sido debilitado por la medicalización hegemónica y por el confinamiento histórico de las mujeres.

Esta conversación orientó a *Carmelia* hacia la idea de soberanía sanitaria urbana. No se trataba solo de recuperar recetas de abuela, queríamos cuestionar la dependencia absoluta del modelo médico dominante y de reconocer que cultivar plantas medicinales en balcones o terrazas también es un acto de autonomía.

Beatriz también abordó la dimensión espiritual del vínculo tierra-cuerpo: las ceremonias de siembra del ombligo y la placenta, la entrega simbólica del primer cabello a lagunas o montañas. Estas prácticas evidencian una concepción no fragmentada de la vida, donde cuerpo y territorio no son entidades separadas.

Para *Carmelia*, esto significó integrar el componente sensible y ritual dentro de la metodología: círculos de palabra, momentos de memoria afectiva y ejercicios de reconocimiento ancestral.

Finalmente, su reflexión sobre la vulnerabilidad de las guardianas —muchas atravesadas por violencia, desplazamiento o conflicto armado— me obligó a complejizar la mirada. Defender semillas puede implicar riesgos reales. Desde la ciudad, nuestro proyecto no vive esas mismas amenazas, pero sí puede visibilizar esas luchas y actuar desde la solidaridad y la conciencia crítica.

Conformación de la colectiva y definición del horizonte común

El primer encuentro de *Carmelia* se realizó de manera presencial y constituyó un momento fundacional dentro del proceso de investigación-creación. Fue una reunión para organizarnos, y una escena metodológica en la que comenzó a materializarse el proyecto como experiencia colectiva y como práctica política situada.

Nos reunimos en la Escuela de Comunicación con el propósito de conocernos, compartir una taza de té y conversar sobre los deseos, expectativas y motivaciones que nos convocaban. Tomar té mientras hablábamos de nuestro interés por las plantas medicinales y el autocuidado configuró desde el inicio una metodología basada en el cuidado, la escucha y la palabra compartida. La escena condensaba el horizonte del proyecto: un encuentro íntimo y político donde la conversación era ya una forma de producción de conocimiento.

Antes de definir productos o actividades, optamos por reconocernos como sujetas atravesadas por historias familiares, memorias territoriales y experiencias corporales. Esta

decisión dialoga directamente con la crítica de Orlando Fals Borda al positivismo y a la idea de la “ciencia fetiche”. Cuando Fals Borda plantea que el conocimiento no puede separarse de la vida social ni erigirse como una abstracción neutral, cuestiona la tradición académica que privilegia la distancia y la objetividad descontextualizada. En nuestro caso, partir de la experiencia implicó asumir que la validez del proceso no surgiría de aplicar un esquema teórico previo sobre un grupo, sino de permitir que el grupo mismo definiera el sentido de la investigación. La reunión inaugural materializó esa apuesta: la teoría feminista y ecofeminista que sustenta *Carmelia* comenzó a adquirir espesor en el acto concreto de encontrarnos, escucharnos y reconocernos como productoras de saber.

La convocatoria fue sencilla: carteles en la universidad, difusión de flyers en redes sociales y el voz a voz en los pasillos. Ese “palabreo” informal formó parte del proceso metodológico porque permitió que la invitación circulara como conversación y se revelara contra lo institucional. Sin inscripciones, sin formatos. De este modo, el grupo se fue conformando a partir de afinidades, inquietudes compartidas, invitaciones íntimas y búsquedas personales.



Flyer de creación y convocatoria por el colectivo al primer encuentro de *Carmelia*, con código QR para vinculación al grupo de WhatsApp en el año 2024.

La mayoría proveníamos de los programas de Comunicación Social y Educación Popular. Coincidíamos en el deseo de aprender a cuidarnos a partir de nuestros saberes ancestrales y en la rabia frente a las violencias de género en la universidad. Ese malestar compartido se abordó como experiencia colectiva que exige acción. En este punto, la praxis en el sentido planteado por Fals Borda —la articulación entre reflexión y acción transformadora— comenzó a tomar forma: reconocer la rabia, nombrarla juntas y proyectar actividades en respuesta a ella. Así, el encuentro inicial delineó objetivos organizativos y permitió que el grupo se constituyera como sujeto colectivo capaz de pensar y actuar sobre su propia realidad.



Foto tomada por Camila Ramírez del primer encuentro presencial de *Carmelia* en la Escuela de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad del Valle, momento fundacional del proceso de investigación–creación del colectivo feminista.

Durante este encuentro discutimos el nombre para la colectiva, pues ya había una propuesta. *Carmelia* significa jardín o huerto. Es una versión en italiano y español del nombre hebreo Carmel, de origen en la palabra karmel, que significa "jardín" o "huerto". Además, es un nombre femenino y también está inspirado en el nombre de mi bisabuela Carmen. Este nombre fue puesto sobre la mesa, y aceptado por todas las integrantes del grupo que compartieron la emocionalidad del nombre. También deliberamos sobre nuestras iniciativas, de las cuales surgieron dos propuestas: un taller de cerámica y un mural en la escuela. Compartimos las razones personales que nos llevaban a estar allí y definimos los objetivos comunes. Asimismo, aprobamos colectivamente el cronograma piloto del semestre

y las actividades a desarrollar. Este ejercicio fue un acto de co-decisión que buscó romper la asimetría tradicional entre quien investiga y quien es investigada. En coherencia con la IAP, la constitución del grupo implicó que el sujeto colectivo emergiera como protagonista del proceso, encarnando la propuesta de “inserción” del investigador planteada por Fals Borda: no observar desde fuera, en cambio identificarse con el proceso social y construir conocimiento desde adentro.

FASE 1: LUNA NUEVA. NACE EL COLECTIVO							
# Reunión	Fecha	Hora	Lugar	Preparación	Recursos	Actividad	Resultado
	24-02-2025.		Univalle	Diseños, Qrs, correos para difusión	Impresión	Lanzamiento de convocatoria en la escuela y la facultad	
1	Primera semana de marzo (viernes 14 de marzo)	6P.M	Univalle, ECS	Presentación de la tesis, diseño de actividad para presentarse y conocerse.	Impresiones, vasos, agua caliente y té	Primera reunión para conocerse, hablar con ancestras, conocer el proyecto y definir la fecha de la próxima reunión	Mapeo de ancestras (a modo de cartografía digital para la bitácora, realiza Camila)
2	Mitad de mes de marzo (máximo el 21 de marzo)	por definir	Univalle, ECS	Explicación de la metodología y propuesta de actividades	Computador, proyección	Definir y diseñar las actividades de la huerta. Definir la fecha y la modalidad de la próxima reunión. Además, se dejará asignada la primera actividad.	Cronograma de actividades de este semestre
FASE 2: LUNA CRECIENTE, CO-INVESTIGACIÓN Y ACCIÓN							
# Reunión	Fecha	Hora	Lugar	Preparación	Recursos	Actividad	Resultado
3	Primera semana de abril	por definir	Virtual o Univalle, ECS	Las investigadoras deben buscar con sus familiares, amigas o mayores cercanas un uso tradicional de alguna planta medicinal que quieran preservar y rescatar en la huerta		Presentar y compartir los hallazgos. Definir la siguiente reunión	Crónica para la bitácora (Camila realiza)
4	Mayo	16 de mayo	Virtual o Univalle, ECS	Las investigadoras deben haber leído el libro de Ecologistas en Acción. Además, deben haber investigado todo lo que puedan sobre la planta que quieren plantar en la huerta		Picnic literario Club de lectura y presentación de hallazgos. Definir la siguiente reunión	Pieza sonora sobre el debate (Camila Realiza o Sofia para festival)
5	Última semana de abril	por definir	Univalle, ECS		Materiales: Arcilla y refrigerios	Primer Taller: Cerámica. Moldearemos nuestras propias macetas.	Registro fotográfico
FASE 3: LUNA LLENA, CULTIVO.							
# Reunión	Fecha	Hora	Lugar	Preparación	Recursos	Actividad	Resultado
5	Tercera semana de junio	por definir	Univalle, ECS	Conseguir a una persona (Mamá de Helen, Angela. que nos de un taller de germinación de semillas y plantación	Refrigerios, materiales	Primer taller de plantación (mínimo 3 días). Incluye Taller de ungüentos e hidrolatos. Taller de germinación de semillas, taller de cuidados para la planta, taller de usos de la planta y taller de botellas curadas. De tarea: Compromiso de usos de plantas y elaboración de pequeñas bitácoras o diarios sobre ello.	Fotos y videos
FASE 4: LUNA MENGUANTE, ANÁLISIS Y REFLEXIÓN.							
# Reunión	Fecha	Hora	Lugar	Preparación	Recursos	Actividad	Resultado
6 (Final)	segunda semana de julio	por definir	Virtual o		Té	Construcción de reflexiones, conclusiones, cierres y oportunidades de mejorar	Pieza sonora (Realiza Camila)
	Julio					Las investigadoras enviarán una carta, dibujo, audio, video, expresando sus emociones sobre su participación en la huerta y sobre su relación con la planta. Y contando el progreso de su planta.	Fotos y videos.

Imagen tomada del Excel del cronograma piloto del colectivo *Carmelia* expuesto y aprobado en la primera reunión, 27 de marzo de 2025.

Visto en retrospectiva, uno de los errores de esa primera reunión fue la forma física en que nos organizamos en el espacio. Nos sentamos como si estuviéramos en una clase, mirando hacia el frente, reproduciendo sin cuestionarlo el esquema tradicional del aula universitaria. Quizá por el momento, atravesadas aún por la inercia académica, no llegamos a pensar en la posibilidad de sentarnos en círculo, de mirarnos directamente, de borrar esa línea invisible entre quien propone y quienes escuchan. Esa disposición espacial, aunque no anuló el diálogo, sí evidenció cuánto cuesta desarmar las lógicas aprendidas. Sin embargo, ningún encuentro volvió a organizarse de esa manera. A partir de ese punto, siempre nos sentamos alrededor de una mesa: para crear con las manos, para tomar té o compartir comida.

Este momento fundacional también dialoga con la perspectiva de Mario Kaplún en *El comunicador popular*. Antes de producir mensajes o diseñar productos, el proceso inició con una “prealimentación”: escuchar las experiencias, necesidades y saberes de las participantes. Conocer de dónde vienen nuestras abuelas, qué infusiones nos daban nuestras mamás. Cada participante actuó como “EMIREC” —emisor y receptor simultáneamente— (Kaplún, 1985), con derecho a intervenir, proponer y redefinir el rumbo del proyecto. Así, el encuentro se inscribió en el modelo de comunicación con énfasis en el proceso, donde el objetivo es propiciar la reflexión y transformación colectiva. En *Carmelia*, las experiencias de las abuelas, las memorias familiares, las intuiciones corporales y los aprendizajes académicos convivieron en un mismo plano de legitimidad. De manera similar a las redes de cuidado descritas por Zurbriggen en *Socorristas en Red*, el grupo comenzó a configurarse como una red sororal donde el acompañamiento y la conversación producen autonomía frente al saber médico hegemónico.

Así, el primer encuentro además de organizar un cronograma, inauguró una forma de hacer. Fue un acto de comunicación popular, una escena de praxis feminista y un ejercicio de democratización del saber. En coherencia con la propuesta de devolución sistemática de Fals Borda, este espacio sentó las bases para que los productos posteriores fueran elaboraciones colectivas, con nuestras ancestras como principales fuentes, y que devolvieran el conocimiento a las propias participantes en distintos niveles de complejidad.

Desde esta perspectiva, la reunión inaugural de *Carmelia* puede entenderse como el momento en que el proyecto dejó de ser una idea individual y se convirtió en sujeto colectivo. Allí comenzó a sembrarse el jardín feminista como práctica viva: una red de mujeres que, al conversar y decidir juntas, empezaron a transformar la investigación en territorio compartido.

A raíz de esa primera reunión nos comprometimos a iniciar la co-investigación con un ejercicio concreto. Cada una debía identificar un dolor, malestar o afección presente en su vida cotidiana y conversar con sus abuelas, mamás o tías para preguntar por una planta que pudiera ayudar en ese la gestión de ese malestar. La iniciativa incluía indagar por sus usos, formas de preparación, dosis aproximadas, contraindicaciones y, además, averiguar qué necesitaríamos para sembrarla: tipo de tierra, frecuencia de riego, exposición al sol, cuidados especiales y tiempos de crecimiento. El ejercicio buscaba activar la memoria familiar y, al mismo tiempo, traducirla en práctica material.

Notas de Nati: El uso del romero como planta medicinal para aliviar dolores y fortalecer el sistema nervioso a través de infusiones

Mi abuela me dice que el romero es para calmar el alma. Cuando yo tenía cólicos me hacía una agüita con romero, manzanilla y canela. Ella lo cultiva en la casa, y lo usa también para los dolores en general, en específico para el dolor de cabeza y hasta para limpiar malas energías. Yo quiero rescatar ese saber y sembrar romero en la huerta, no solo para el cuerpo, sino también para el espíritu.



Tomillo (Lilá):

El tomillo como una planta que va mucho más allá de la cocina, es una planta medicinal antiséptica tiene diversos usos, entre ellos afecciones respiratorias, estomacales e incluso de la piel. También regula la menstruación, el sistema nervioso y tiene facultades para la circulación. El tomillo estimula el sistema inmunitario actuando en enfermedades infecciosas. Puede sustituir el café sin los efectos colaterales del café.

Condiciones:

Clima: Prefiere climas templados y secos. Resiste heladas suaves.

Luz: Necesita pleno sol (al menos 6 horas diarias).

Suelo: Ligeramente, bien drenado y pobre en nutrientes. No tolera el exceso de humedad.

Cortar una ramita de unos 10 cm, quitar las hojas de la base y plantar en tierra húmeda. Enraiza en 2-3 semanas.

Prontoalivio (Nathalia)

La elección de esta planta surge de una conversación con mi mamita (mi abuela materna) en la que recordé que en la casa de mi bisabuela había una planta de Prontoalivio en el antejardín. En mi familia se tiene la costumbre de usar el Prontoalivio cuando tenemos gripa y congestión; lo que hacemos es poner a calentar agua con las hojas dentro y dejamos que hierva y suelte vapor. La olla en que está el agua se deja dentro de la habitación en la que está la persona enferma y se cierra la puerta para que el olor y el vapor impregnen la habitación y la persona se mejore.

Yo no lo sabía, pero mi mamita me contó que antes, cuando mi bisabuela estaba viva, si alguno de nosotros se enfermaba, ella iba hasta la casa de mi bisabuela por una hoja de Prontoalivio para hacer ese remedio y que pudiéramos mejorarnos.

Prontoalivio: Es una planta nativa de América; tiene mucha presencia en el Valle del Cauca y se adapta a muchos climas aunque cambia un poco el olor de su aceite esencial. El calor y las temperaturas altas ayudan a su desarrollo.

- Para su cultivo: se desarrolla mejor en suelos franco arenosos y son beneficiosos suelos con buena retención de agua. Aunque se puede plantar a través de semillas, es más efectiva la siembra por esquejes que son ramas o estacas de la planta que luego echan raíz.
- Si se va a hacer trasplante, hay que mantener las estacas en la sombra y con buena agua.
- El buen drenaje es crucial para evitar el encharcamiento, que puede provocar la pudrición de la raíz.
- Cuando el suelo esté seco al tacto, aproximadamente una vez por semana, hay que regarlo.
- Usos: En Colombia se lo usa para problemas digestivos y se cree que es antiespasmódico; en otros lugares lo usan como expectorante y para el posparto, la artritis y dolores musculares.

Imágenes tomadas del documento compartido en el primer ejercicio de co-investigación de *Carmelia*: identificación de malestares cotidianos y recuperación de saberes familiares sobre plantas medicinales, sus usos y condiciones de siembra en el año 2025.

Esta decisión se inscribe en la noción de soberanía sanitaria desarrollada por la Fundación Soberanía Sanitaria en *Salud Feminista*, donde se plantea que la salud debe comprenderse como una toma de posición política que desafía los modelos médicos prescriptivos y resitúa el cuidado en clave sociocultural. La soberanía sanitaria implica transitar desde una salud, concebida como mercancía o como expropiación del trabajo de cuidado, hacia una salud popular y feminista construida colectivamente. Nuestro primer ejercicio dialoga con esta propuesta porque desplaza el centro de autoridad del consultorio al ámbito doméstico y comunitario, reconociendo a las mujeres mayores como portadoras de saber legítimo y a nuestros propios cuerpos como territorios de aprendizaje.

Al elegir partir de un malestar concreto —dolores menstruales, ansiedad, insomnio, inflamaciones—, el grupo cuestionó en la práctica los rasgos del Modelo Médico Hegemónico descrito por Menéndez (1988): su biologismo, que reduce la enfermedad a un fenómeno individual desconectado de las condiciones sociales; su asimetría, que jerarquiza el saber experto; y su mercantilización, que integra la salud a una industria farmacéutica orientada por la rentabilidad. Además, como explica Menéndez, estos padecimientos no pueden comprenderse únicamente en clave individual, pues existen también malestares grupales y sociales, dolores compartidos que emergen de condiciones estructurales, afectivas y materiales comunes; en nuestro proceso, fue evidente que muchas de nosotras atravesábamos síntomas similares que no eran casuales ni aislados, pues había tensiones colectivas. En contraste, la búsqueda de plantas medicinales en nuestras genealogías familiares fortaleció una lógica de autoatención y autogestión que reconoce la interdependencia entre mujeres y la transmisión oral como fuentes válidas de conocimiento. Así, el ejercicio inicial operó como una práctica de descolonización del poder-saber médico y como un gesto de reapropiación del cuerpo.

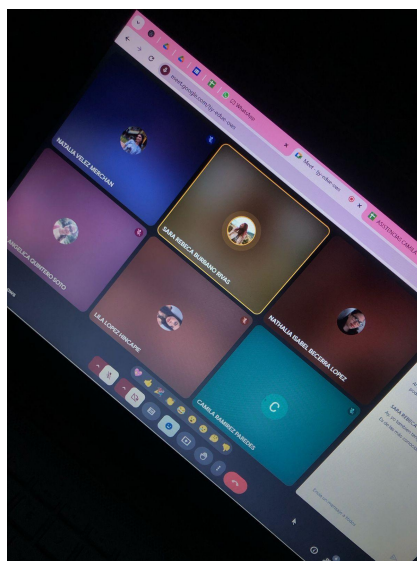
El compromiso incluyó documentar el proceso: registrar todo el proceso en un documento digital compartido, las conversaciones con nuestras mayores, anotar recomendaciones y prepararnos para la búsqueda de la realización material de nuestro jardín. De esta manera, la co-investigación se ancló en la dimensión afectiva del diálogo intergeneracional.

Nos propusimos encontrarnos nuevamente al mes siguiente, de manera virtual, para compartir avances, dificultades y hallazgos. La mayoría de las dificultades estuvieron relacionadas, principalmente, con la intención de conseguir las plantas de una manera orgánica, coherente con el espíritu del proyecto, para hacerlas parte de la huerta, que en ese momento imaginábamos como una siembra directa en tierra. No queríamos comprarlas en viveros comerciales ni adquirirlas como mercancía, sino heredarlas, intercambiarlas o recibirlas como parte de una cadena viva de transmisión, del mismo modo en que buscábamos heredar los saberes. Sin embargo, pronto emergieron obstáculos más complejos de lo previsto. La información específica sobre qué tipo de tierra necesitaba cada especie, sus requerimientos de drenaje, profundidad, asoleación o composición del suelo, no aparecía en nuestras fuentes primarias: nuestras abuelas. Allí se produjo un hallazgo significativo. Las siembras que nuestras abuelas recordaban habían ocurrido en fincas, patios amplios o veredas donde el conocimiento sobre qué plantas “se daban” en cada zona era un saber colectivo, situado y acumulado históricamente en la comunidad. Era un conocimiento territorial encarnado, aprendido en el hacer cotidiano y compartido entre vecinas, madres y abuelas.

Trasladar esas plantas al espacio universitario implicaba enfrentarse a otra escala de conocimiento: comprender la composición del suelo urbano, sus limitaciones, la contaminación posible, el tipo de tierra adecuada para cada especie. Nos dimos cuenta de que sembrar en la universidad no era simplemente replicar lo que ellas hacían, era traducirlo a un contexto radicalmente distinto, lo que exigía saberes agronómicos que no estaban necesariamente presentes en nuestras memorias familiares. Aunque hubiera sido posible resolver estas dificultades estableciendo alianzas con estudiantes de otras carreras o con organizaciones agroecológicas, el propósito central de *Carmelia* en ese momento era priorizar la recuperación de los saberes heredados de nuestras abuelas. Esa tensión nos llevó a replantear la escala del proyecto.

Fue entonces cuando consideramos que la opción de las materas —tal como hoy muchas de nuestras abuelas cultivan especies como la sábila en sus casas urbanas— podía ser una alternativa más coherente con nuestra realidad. Las materas representaban una forma intermedia: permitían el cuidado cercano, doméstico y cotidiano, sin exigir una infraestructura técnica que desbordara nuestras capacidades iniciales. Así, el tránsito de la idea de “huerta” a la práctica de cultivo en materas fue una adaptación metodológica situada. Ese segundo encuentro funcionó como espacio de devolución y retroalimentación colectiva,

donde cada experiencia individual alimentó el proceso común y permitió evaluar cómo la soberanía sanitaria empezaba a tomar forma en la práctica cotidiana de *Carmelia*.



Fotografía del segundo encuentro de *Carmelia*: espacio virtual de devolución y retroalimentación colectiva, en el primer semestre del 2025.

Club de lectura: Eco Feminismos decoloniales

El Club de Lectura Feminista nació de una propuesta que llevé a la primera reunión de *Carmelia*: hacer un picnic literario para leer sobre ecofeminismo. En ese momento me parecía una idea coherente con la línea de pensamiento que estaba atravesando mi investigación, especialmente influenciada por la idea de Bell Hooks de que el feminismo es para todo el mundo. Yo tenía un interés muy particular en comprender por qué a tantas mujeres jóvenes —incluyéndome— nos intimida la teoría feminista, por qué nos asusta llamarnos feministas si sentimos que no “sabemos lo suficiente”, si no hemos leído lo necesario, si no dominamos los conceptos. Esa inquietud no era abstracta: estaba basada en conversaciones y testimonios de mis amigas, que decían sentir distancia frente al feminismo por miedo a no estar a la altura teórica. Sentía que el despojo no es un fenómeno del pasado. Hoy también se nos arrebató el derecho a enarbolar la bandera feminista incluso por no usar el lenguaje académico legitimado. Se nos despoja simbólicamente de la pertenencia al movimiento, del mismo modo en que en el siglo XVI se nos despojó material y espiritualmente de los saberes ancestrales de las parteras, curanderas y sanadoras. Sentir esa

“desapropiación” del conocimiento feminista, a pesar de ejercer los feminismos en nuestra vida diaria con acciones cotidianas, que también se naturalizan, resalta una brecha entre la teoría formal y la práctica vivida, mostrando que el acceso desigual al discurso académico puede invisibilizar las prácticas de resistencia que ya existen en los territorios y en el día a día. Desde ahí, pensé que quizá la forma de enfrentar ese miedo era ir directamente al “problema”: sentarnos a leer juntas teoría feminista y comprobar que no había nada que temer. Además, más allá de mis dudas posteriores sobre el orden en que debíamos aproximarnos a la teoría, comprendí cuando propuse el club, que era fundamental que, desde los primeros momentos de conformación del colectivo, compartiéramos un horizonte político común. Si *Carmelia* se planteaba como una apuesta decolonial y ecofeminista, era importante que todas tuviéramos un punto de encuentro conceptual desde el cual pensar juntas la relación entre cuerpo, territorio, colonialidad y cuidado. Este ejercicio permitió precisamente eso: no uniformar el pensamiento, sino abrir un marco compartido que orientara nuestras conversaciones y decisiones posteriores. Leer y dialogar sobre ecofeminismos decoloniales nos ayudó a situar el proyecto en una crítica explícita al capitalismo, al patriarcado y al eurocentrismo, evitando que el jardín y las prácticas de autocuidado quedaran reducidas a gestos despolitizados o meramente estéticos. En ese sentido, el espacio fue clave para consolidar la identidad política de *Carmelia* y para asegurarnos de que la creación colectiva estuviera enraizada en una perspectiva crítica coherente con los objetivos del trabajo.

Sin embargo, hoy cuestiono profundamente esa decisión. Si quería resistir la lógica jerárquica que convierte el feminismo en un espacio de erudición inaccesible, ¿por qué propuse precisamente un espacio de lectura teórica? En parte fue una reacción bienintencionada: confrontar el miedo de frente. Pensé que si escogíamos un texto llevadero, accesible, pero con la densidad conceptual suficiente para comprender el ecofeminismo, podríamos desactivar esa intimidación. Elegí el documento *Eco-feminismos decoloniales: Abrir miradas*, publicado por el Área de Ecofeminismo de Ecologistas en Acción, porque me parecía que lograba un equilibrio entre claridad y profundidad. El texto propone vincular la destrucción del planeta con las prácticas patriarcales y coloniales, cuestionando los sesgos eurocéntricos del ecofeminismo hegemónico y tendiendo puentes con los feminismos de los sures. Aborda el conflicto capital-vida, señalando cómo el modelo occidental se constituyó a través de la colonización de las mujeres, la naturaleza y los pueblos racializados, y plantea la necesidad de poner la vida en el centro en lugar de los mercados. También desarrolla la idea de que la colonialidad no es un efecto secundario de la modernidad sino un elemento

co-constitutivo, expresado en la colonialidad del poder, del saber y del ser. Recupera aportes como el sistema moderno/colonial de género de María Lugones y el concepto de cuerpo-territorio del feminismo comunitario, insistiendo en que no se puede desvincular la defensa de la tierra de la defensa de los cuerpos de las mujeres.

El ejercicio consistió en leer el documento previamente y encontrarnos para conversar en un picnic literario. Inicialmente la idea era hacerlo al aire libre, pero por razones climáticas terminó realizándose dentro del edificio D6 de la Universidad del Valle. En términos logísticos era una actividad sencilla: no requería presupuesto, ni materiales complejos, ni mayor gestión institucional. Podíamos reunirnos, leer y conversar. Quizá por eso también fue una de las primeras propuestas que sentí viable en el contexto universitario.

Sin embargo, con el paso del tiempo he pensado que hoy no empezaría por ahí. Hoy preferiría comenzar reconociendo actos ecofeministas en nuestro quehacer cotidiano antes que introducirnos directamente en la teoría. Nombrar cómo cuidamos, cómo sembramos, cómo resistimos en lo pequeño, antes de ponerle conceptos académicos a esas prácticas. En ese momento, no obstante, el club de lectura fue un experimento importante.

Desde otra perspectiva, fue un ejercicio profundamente revelador. Nicol Calvo expresó que el espacio le permitió reconocer que estaba rodeada de mujeres con cualidades académicas que nunca antes había visto, simplemente porque no habían compartido esos temas entre ellas, a pesar de relacionarse cotidianamente. Ese reconocimiento transformó la percepción que teníamos unas de otras. María Angélica, por su parte, comentó que acercarse en grupo a la teoría feminista —que sí le interesaba y que incluso aprovechó para pedir más recomendaciones— hacía que diera menos “miedo”. La teoría dejaba de ser un territorio solitario y se convertía en una conversación compartida.

Uno de los desafíos más grandes fue evitar que la actividad se sintiera como una tarea de clase. No queríamos reproducir la lógica académica de la exposición y la evaluación. Queríamos conversar. Y, en buena medida, lo logramos. Hubo participación activa, preguntas honestas, momentos en los que alguna decía que no estaba entendiendo nada, y eso no generaba vergüenza, solo risa y explicación colectiva. No hablamos desde la erudición; hablamos desde nuestra zona segura. No se trataba de demostrar cuánto sabíamos; se trataba de pensar juntas.

En ese reconocernos intelectualmente también nos fuimos acercando afectivamente. El club de lectura, aunque nacido desde una intención que hoy reviso críticamente, terminó siendo un espacio de encuentro donde la teoría no nos separó: nos reunió. Nos permitió nombrar el conflicto capital-vida desde nuestras propias experiencias universitarias, entender el concepto de cuerpo-territorio a la luz de nuestras vivencias cotidianas y comenzar a conectar la crítica a la colonialidad con la realidad de nuestro contexto.

Así, el Club de Lectura Feminista fue una tensión productiva dentro de *Carmelia*: por un lado, reveló mis propias contradicciones como investigadora que quería desjerarquizar el feminismo pero acudió inicialmente a la teoría; por otro, demostró que cuando la teoría se comparte horizontalmente, sin evaluación ni competencia, puede convertirse en una herramienta de acercamiento y no de exclusión. Más que resolver el miedo a la teoría feminista, lo transformó en conversación. Y en ese proceso, la colectiva siguió tejiéndose. De esa manera, *Carmelia* fortalece el movimiento al integrar diversas formas de conocimiento y fomentar redes inclusivas, pretendiendo hacer del feminismo una lucha relevante y arraigada en la vida cotidiana de las mujeres jóvenes en Cali.

Ponencia en CLACSO 2025

Carmelia fue presentada en el Congreso CLACSO 2025, en la mesa 448 del eje “Derechos, violencias e igualdad de género”, un espacio de diálogo académico que reunió investigaciones provenientes de Chile, México, Colombia y Argentina. La presentación utilizada durante la ponencia puede consultarse en el r B.

En esta mesa compartimos los hallazgos, avances y el planteamiento general del proyecto, situándolo dentro de las discusiones latinoamericanas sobre las violencias de género en las universidades. Las investigaciones que acompañaron la mesa se caracterizaban por metodologías robustas en términos cuantitativos: estudios sobre la cantidad de mujeres académicas en Chile, análisis del techo de cristal, investigaciones sobre la persistencia de estructuras universitarias patriarcales y amplios ejercicios de análisis documental e institucional.

En contraste, *Carmelia* se presentó como una experiencia principalmente cualitativa, colaborativa y situada, centrada en la reconstrucción de saberes ancestrales y prácticas de autocuidado como forma de resistencia frente a las violencias estructurales que atraviesan la vida universitaria. Esta diferencia metodológica no generó distancia, sin embargo. Mientras

otros proyectos evidenciaban la magnitud estructural del problema a través de datos duros, *Carmelia* aportaba una mirada complementaria y comunitaria sobre cómo las jóvenes mujeres enfrentan, resignifican y disputan esas violencias en su cotidianidad.

A pesar de las distintas aproximaciones metodológicas, todas las investigaciones confluyeron en una perspectiva feminista común: la necesidad de nombrar, analizar y transformar las violencias de género en las universidades latinoamericanas, cuestionando las lógicas patriarcales que las sostienen y proponiendo alternativas desde distintos frentes—institucionales, jurídicos, estadísticos, comunitarios y simbólicos.

La participación en esta mesa permitió situar a *Carmelia* dentro de un mapa más amplio de investigaciones feministas, evidenciando que la transformación universitaria requiere tanto diagnósticos estructurales como procesos colectivos que reconstruyan vínculos, memorias y prácticas de cuidado. Más allá del espacio específico de la ponencia, la experiencia del congreso implicó una inmersión en múltiples escenarios de discusión académica y política. Durante esos días asistí a charlas magistrales y a otras mesas de trabajo que ampliaron el horizonte conceptual del proyecto. Escuchar a pensadoras como Karina Batthyány y Silvia Federici fue especialmente significativo, pues sus reflexiones sobre trabajo reproductivo, desigualdad estructural, economía del cuidado y violencia sistémica aportaron claves para densificar la lectura teórica de *Carmelia*.



Fotografía tomada en la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, durante el Congreso CLACSO 2025, en la mesa 448 del eje “Derechos, violencias e igualdad de género”, el 11 de junio de 2025.

Este contexto me situó en un “modo pensamiento teórico” que permitió interrogar el proyecto desde nuevas preguntas: ¿Dónde se sitúa el autocuidado dentro de los debates feministas contemporáneos que han reivindicado el cuidado como trabajo que sostiene la vida y que históricamente ha sido no remunerado e invisibilizado? Si el movimiento feminista ha logrado nombrar el cuidado como trabajo indispensable para la reproducción social, ¿el autocuidado forma parte de ese mismo campo político? ¿Cómo pensar el autocuidado sin que sea absorbido por lógicas neoliberales de responsabilidad individual? ¿Puede el autocuidado entenderse también como trabajo de sostenimiento de la vida? ¿Qué implicaciones políticas tiene reconocerlo como tal?

La participación activa en estos espacios no transformó la esencia del proyecto, pero sí fortaleció su andamiaje conceptual. El CLACSO operó así como un laboratorio de pensamiento que permitió profundizar en las categorías analíticas que acompañan el proceso y afinar las preguntas que continúan guiando su desarrollo.

Más allá del espacio específico de la mesa, la experiencia implicó una inmersión en múltiples escenarios de discusión académica y política que fortalecieron el proceso de *Carmelia* desde un lugar más reflexivo y crítico. Asistir a charlas magistrales y a otras mesas de trabajo, y escuchar a pensadoras como Karina Batthyány y Silvia Federici, activó una serie de preguntas sobre trabajo reproductivo, economía del cuidado y violencia estructural que densificaron el marco conceptual del proyecto.

En paralelo a estas discusiones, junto con la profesora Eva Tanco entrevisté a Lourdes Huanca Tence, lideresa aymara y presidenta de la Federación Nacional de Mujeres Campesinas, Artesanas, Indígenas, Nativas y Asalariadas del Perú (FEMUCARINAP). La entrevista tuvo lugar en el marco de una mística creada por su delegación durante el Congreso. Esta mística fue una puesta en escena político-espiritual donde se representaban, a través de elementos como el agua, semillas, productos agrícolas y un útero construido con los mismos elementos —colocado en el centro—, dos columnas que sostienen su lucha: la defensa del territorio-cuerpo de las mujeres y la defensa de la Madre Tierra.



Vista general y detalle de la “mística”.



En su explicación, Lourdes señaló que el útero allí presente simboliza la violencia sistemática que atraviesa los cuerpos femeninos —esterilizaciones forzadas en Perú, feminicidios, violencias sexuales— y su vínculo estructural con el despojo territorial. Asimismo, describió la mística como una práctica ancestral mediante la cual se agradece y se

pide permiso a la tierra antes de sembrar, reconociendo que la Madre Tierra, al igual que el cuerpo de una mujer, necesita descanso, cuidado y respeto. Este momento permitió comprender, desde la referencia concreta de su organización, que el cuidado es una práctica política que enlaza soberanía alimentaria, autonomía corporal y resistencia al patriarcado y al extractivismo.

Posteriormente, en una conversación que tuve con su nieta —joven estudiante indígena que ha debido desplazarse de su territorio para formarse en la ciudad—, se abrió una dimensión complementaria y fundamental para *Carmelia*. A partir de una pregunta específica sobre cómo hacen las mujeres jóvenes que migran para estudiar y se convierten en foráneas para no desarraigarse, emergió un hallazgo investigativo clave. Ella explicó que muchas regresan periódicamente a sus territorios y, en esos retornos, traen consigo recetas, alimentos y medicinas transformadas en formatos portables: hierbas secadas, preparados artesanales, cremas elaboradas con plantas propias. De este modo, lo que podría parecer un gesto doméstico o cotidiano se revela como una estrategia consciente de continuidad cultural. La medicina ancestral, materializada en objetos transportables, se convierte así en una forma concreta de resistencia y permanencia identitaria en contextos urbanos que tienden a fragmentar los vínculos territoriales.

Esta práctica preserva la identidad cultural y constituye una forma tangible de soberanía cotidiana. El territorio no queda atrás: se vuelve portátil. Se lleva en el cuerpo, en la alimentación y en los pequeños rituales de cuidado.

Estas conversaciones detonaron una anotación en mi diario de campo que luego se volvió clave para el proyecto:

“¿Por qué no llevamos nuestra medicina en nuestros bolsos? Acostumbramos a tomar café que nos activa, nos hace ser más productivas. Acostumbramos tener un kit de emergencia con toallas sanitarias y pastillas contra los cólicos. Pero no llevamos aromáticas, hierbas, ungüentos.” (Ramírez, Diario de campo, 10 de junio de 2025, Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales – CLACSO, Bogotá).

Esa pregunta abrió una línea de acción concreta: si otras mujeres logran transformar sus saberes en cremas, preparados o formatos que atraviesan fronteras y aduanas, ¿por qué no pensar en un botiquín ancestral urbano para mujeres jóvenes?

De esta reflexión derivaría más adelante la propuesta del taller de aromáticas, concebido como espacio pedagógico y práctica política de reapropiación del cuerpo y del cuidado en la ciudad y en la vida urbana.

La experiencia en CLACSO, entonces, fortaleció el andamiaje teórico de *Carmelia* y permitió articular con mayor claridad la relación entre territorio, movilidad, identidad y autocuidado, incorporando la noción de medicina portátil como estrategia feminista de resistencia en contextos universitarios y urbanos.

Jornadas de siembra de especies nativas: gestión institucional y aprendizajes para Carmelia

En el segundo semestre de 2025, la Brigada Ambiental que convocó la primera jornada de siembra de jardines polinizadores volvió a convocar una jornada, esta vez enfocada en la siembra de árboles nativos dentro del campus universitario. Asistí inicialmente de manera individual, buscando herramientas, aprendizajes y referentes que pudieran servirnos en *Carmelia* para la consolidación de nuestro propio jardín.

Durante la jornada sembré un árbol de mamoncillo frente al edificio de la Escuela de Ingeniería en Sistemas. Además, se sembraron guayacanes y otras especies nativas, en una actividad colectiva que combinó trabajo manual, coordinación logística y acompañamiento técnico. La experiencia permitió comprender de manera práctica las condiciones materiales, institucionales y técnicas que implica la siembra responsable de especies arbóreas.

En esta ocasión me aventuré a preguntar por el proceso para conseguir los árboles nativos. A través de la conversación con la líder del evento, supe que el procedimiento consiste en realizar una solicitud virtual al DAGMA, entidad que dispone de las especies. Esta información fue clave para nuestro proceso, pues permitió identificar rutas institucionales concretas para la gestión de material vegetal, aunque nuestro objetivo era heredar las plantas que sembráramos. Asimismo, durante la jornada confirmamos lo que habíamos descubierto en nuestra investigación previa: las tierras en las que se siembran deben ser analizadas con anterioridad; es necesario realizar huecos en la tierra con herramientas específicas; existen distancias entre las plantas que deben respetarse; y hay múltiples personas involucradas en la gestión, traslado y acompañamiento técnico de estas especies.

La siembra, lejos de ser un acto espontáneo o meramente simbólico, implica una infraestructura técnica, administrativa y colectiva que sostiene el proceso. En este sentido, la experiencia evidenció que los proyectos ambientales dentro de la universidad descansan sobre un entramado de trabajo previo realizado por la Brigada Ambiental, los jardineros y la sección de servicios varios, quienes preparan el terreno, el espiral, la tierra, las plantas y los huecos antes de que las y los participantes lleguen a sembrar. Al finalizar esa jornada fuimos invitadas a una nueva actividad: la construcción y siembra de un jardín en espiral junto al cabildo indígena de la universidad. En esta segunda ocasión asistí acompañada por Sara Burbano, integrante de la colectiva *Carmelia*. El día fue especialmente lluvioso, lo que retrasó la jornada y obligó a esperar hasta que las condiciones permitieran sembrar. Este retraso, lejos de ser un obstáculo menor, mostró que los procesos de siembra responden a los ritmos del clima, de la comunidad y del territorio, en lugar de a la lógica inmediata de la productividad. La experiencia nos confrontó con tiempos no lineales ni acelerados, recordándonos que trabajar con la tierra implica adaptarse, esperar y reconocer límites.

Al igual que en la jornada anterior, cuando finalmente sembramos, todo el proceso técnico ya había sido preparado por la Brigada, los jardineros y la sección de servicios varios. Sin embargo, el ejercicio de sembrar junto a Sara transformó la experiencia. Ya no se trataba únicamente de observar y aprender para trasladar esos conocimientos a *Carmelia*. Queríamos imaginar juntas cómo estos aprendizajes podían traducirse en decisiones concretas para nuestro jardín. La práctica dejó de ser individual y exploratoria para convertirse en un momento de construcción colectiva.

Para *Carmelia*, asistir a estas jornadas —aunque fuera con una o dos integrantes— fue profundamente importante. Ante las dificultades institucionales y logísticas para llevar a cabo nuestras propias jornadas de siembra, estos espacios se convirtieron en escenarios donde pudimos relacionarnos más directamente con la tierra, ensuciarnos las manos, comprender sus tiempos y reconocer las condiciones materiales reales que implica sembrar. Fue precisamente en ese contacto donde empezamos a replantear nuestra idea inicial de huerta. **Descubrimos que, más que una huerta fija en un terreno institucional, lo que más se adecuaba a nuestras posibilidades y a nuestra forma de organización era un jardín itinerante sembrado en macetas.**

Durante el proceso también sostuvimos varias conversaciones en torno al nombre del espacio que estábamos construyendo y al término con el que nos sentíamos más identificadas.

La palabra “jardín” nos generaba inicialmente resistencia por su asociación con lo ornamental, con lo estético desligado de la función. Por su parte, “huerta” evocaba inmediatamente la producción de alimento, la siembra para el consumo, y aunque en *Carmelia* contemplábamos la ingesta de plantas medicinales, el énfasis no estaba puesto en la alimentación sino en el cuidado, la memoria y el encuentro. Ninguna de las dos palabras terminaba de convencernos del todo. Fue entonces cuando comenzamos a pensar en los jardines polinizadores, que lejos de ser meramente decorativos cumplen una función vital en los ciclos naturales, sosteniendo la biodiversidad y posibilitando la vida. Esa referencia nos permitió reconciliarnos con el término “jardín” y resignificarlo desde una dimensión política y ecológica. Optamos por nombrarnos jardín como ecosistema de relaciones, saberes y cuidados. Esta decisión fue más que conceptual. Tener macetas con nuestras plantas en nuestras casas y conformar así un gran jardín esparcido por toda Cali implicaba descentralizar el territorio, romper con la idea de un único espacio productivo y distribuir el cuidado en múltiples hogares. En diálogo con Herrero (2019), esta forma de organización reconoce la interdependencia y la red como estructura de sostenimiento de la vida. Asimismo, puede leerse como una respuesta creativa frente a las limitaciones de recursos: una adaptación que no renuncia al proyecto, y que lo transforma y expande.

En esta jornada también me atreví a preguntar si sería posible incluir plantas medicinales en el jardín en espiral. La respuesta fue afirmativa. Sembramos acetaminofén y **Costus igneus**, conocida popularmente como “planta insulina”, utilizada tradicionalmente para apoyar la regulación del azúcar en sangre en casos de diabetes. Aprendimos que estas plantas van en el exterior de los espirales a modo de protección. En conjunto, ambas jornadas ampliaron nuestra comprensión sobre la dimensión institucional, técnica y política de la siembra en espacios universitarios.

Estas experiencias fueron fundamentales para *Carmelia* porque desplazaron nuestra mirada de una huerta fija en el edificio de Comunicación Social hacia un jardín en red como proyecto negociado y más realizable. El jardín dejó de ser un punto fijo en el mapa para convertirse en una red viva de macetas, casas y mujeres que cuidan plantas en distintos lugares de la ciudad, configurando un territorio expandido de cuidado y memoria.

Mesa de radio en el Festival OÍR MÁS Mujeres: botellas curadas y saber afro para la construcción de paz

En el marco del Festival OIRMAS Mujeres, organizado por el colectivo de radio OIR MÁS, realizamos en alianza con *Carmelia* una mesa de radio dedicada a las botellas curadas y a los saberes medicinales afro, guiada por la sabedora Paola Padilla. Esta experiencia fue importante porque, aunque el universo de las plantas medicinales y las culturas que las sostienen es inmenso, diverso y profundamente complejo, como colectiva decidimos no intentar abarcarlo todo. En lugar de eso, nos propusimos escuchar a Paola desde su experiencia puntual, nutrirnos de lo que ella quisiera compartir y comprender este espacio como un primer acercamiento a esta medicina afro, entendiendo que estos procesos requieren tiempo, vínculo y respeto. Anteriormente, Valentina Reina nos había propuesto realizar un taller de botellas curadas, pero fieles a la manera en que hemos construido *Carmelia* —desde acercamientos progresivos y cuidadosos— quisimos que esta mesa fuera un primer contacto que nos permitiera tener una base, un contexto y una relación previa antes de pensar en profundizaciones mayores. En la mesa estuvimos Sofía y yo conversando con Paola sobre recetas, sobre usos cotidianos de las plantas, sobre las formas de preparación de las botellas curadas y sobre el autocuidado entendido de manera integral. No hablamos únicamente de plantas medicinales; también abordamos la relación entre el cuidado y la alimentación. Por eso dispusimos frutas en la mesa como una forma simbólica y práctica de representar el bienestar desde la nutrición, entendiendo que la medicina está presente en lo que comemos, en cómo nos relacionamos con nuestro cuerpo y en los hábitos cotidianos que cultivamos.



Fotografía tomada por Karol Caicedo durante la mesa de radio *Saberes de raíz*, realizada el 6 de noviembre de 2026 en el marco del Festival Oír Más Mujeres 2026.

La mesa se llevó a cabo en La Casa Grande, sede de la organización Cartografía Sur, ubicada en el barrio Tequendama. Este lugar es una casa recuperada de bienes administrados por la Sociedad de Activos Especiales (SAE), entidad estatal encargada de gestionar bienes incautados al narcotráfico y a economías ilegales. Un espacio que antes estuvo marcado por dinámicas de violencia y despojo es hoy resignificado por Cartografía Sur, que se propone ser un lugar para procesos de memoria, formación y creación artística que fortalezcan el movimiento social y la construcción de paz. Esta experiencia nos permitió comprender que recuperar conocimientos ancestrales no es un gesto romántico ni meramente cultural; es una práctica concreta de construcción de paz. Al decidir escuchar y reconocer la autoridad de la sabedora, estábamos, en términos de Silvia Federici (2010), resistiendo los nuevos “cercamientos” del capitalismo, que expropián tierras y saberes, fragmentan la memoria colectiva y debilitan el sentido histórico compartido, especialmente en contextos de diáspora y migración. Esa pérdida de continuidad se refleja también en lo que señalan Antonia Barreau y María Ignacia Ibarra (2018) sobre el éxodo campo-ciudad: al desplazarse los cuerpos, cambian las dinámicas de socialización y se erosiona la transmisión intergeneracional de conocimientos sobre biodiversidad y soberanía alimentaria. En ese sentido, estábamos cultivando paz al abrir este espacio urbano para hablar de plantas y prácticas de cuidado, fue una forma de interrumpir esa erosión y reactivar memorias que el modelo de desarrollo ha intentado dejar atrás.

Lo que Liliana Parra-Valencia (2023) denomina “paisajes del despojo cotidiano” profundiza esta lectura, al mostrar cómo el extractivismo, el racismo y el orden patriarcal privatizan la tierra y el agua, al mismo tiempo que subordinan e invisibilizan los saberes campesinos y afroindígenas de cura, sostenidos en gran medida por mujeres. Recuperar esos saberes es entonces disputar el sentido mismo de lo que cuenta como conocimiento legítimo. Sin embargo, como advierte Eduardo Restrepo (2004), incluso el ámbito académico puede reproducir una “violencia epistémica” cuando convierte el conocimiento de las comunidades en objeto de estudio sin devolver agencia ni autoría. En alineación con los objetivos del colectivo Oír Más Radio, que se plantea hacer radio de experimentación, orientada a la comunidad y a lo popular, priorizar la escucha y evitar la apropiación se vuelve una decisión ética y política con la cual nos alineamos en *Carmelia*. Finalmente, las reflexiones de Julieta Paredes (2010) sobre cómo el sistema patriarcal y colonial arrebató a las mujeres tierra, casa y tiempo propio ayudan a entender que el despojo afecta tanto lo material como lo relacional. Al carecer de tiempo y espacio para sostener vínculos comunitarios, los saberes se debilitan.

En este entramado, recuperar conocimientos, reconocer su autoría y crear condiciones para su transmisión mediante esta mesa nos acercaba a uno de nuestros intereses: reconstruir tejido social, restituir memoria y afirmar otras formas de vida. Fue, en definitiva, una manera concreta de construir paz desde el cuidado y desde la dignidad de los saberes comunitarios.

Además, esta mesa de radio no se quedó únicamente en el momento del festival. Siguiendo la metodología que manejamos en *Carmelia*, el espacio fue posteriormente compartido con la colectiva. Uno de los desafíos más evidentes fue que no todas podíamos participar en todo lo que queríamos hacer; aunque el interés artístico suele ser el punto que más nos convoca y nos hace coincidir, existen múltiples intereses, ritmos y responsabilidades que atraviesan a la colectiva. Los tiempos laborales, las agendas personales y la lógica capitalista y urbana en la que cada una está inmersa dificultan una participación completa y simultánea. En un intento por responder a esto, compartimos la mesa de radio con las demás chicas y realizamos un en vivo para que pudieran conectarse, buscando abrir el espacio más allá de la presencialidad. Aun así, el desafío de una participación verdaderamente colectiva sigue siendo uno de los más latentes, y no estamos centradas en disputar de manera frontal la tensión entre la agenda personal y la agenda política. Por eso, una alternativa que usamos con frecuencia es la virtualidad y las herramientas digitales, que permite que cada una, a su propio ritmo y según sus posibilidades, se acerque a las iniciativas. De esta manera, intentamos que la mesa funcionara como una siembra: un primer contacto respetuoso con la medicina afro, un espacio de escucha y diálogo que deja una base para futuras profundizaciones, siempre desde el cuidado, la gradualidad y el reconocimiento de los saberes comunitarios como fundamentales en cualquier apuesta por la transformación social.

Seminario Posgrado en Salud Feminista – CLACSO (2025)

Entre septiembre y diciembre de 2025 participé de manera virtual en el Seminario de Posgrado en Salud Feminista de la organización CLACSO, un espacio que amplió de manera decisiva el marco conceptual de *Carmelia*. Allí, categorías que en la investigación aparecían de forma intuitiva adquirieron profundidad teórica y densidad política, especialmente los conceptos de Soberanía Sanitaria y Modelo Médico Hegemónico.

El concepto de soberanía sanitaria fue clave para comprender que el trabajo desarrollado en *Carmelia* encaja plenamente en lo que las autoras definen como tal. Según Balaña et al. (2019), la soberanía sanitaria constituye una toma de posición política que busca

resituar la salud en una llave sociocultural, alejándose de los determinantes puramente biológicos para entenderla como un estatuto libertario, vinculado a la autonomía y la dignidad humana. Esta definición permitió reconocer que *Carmelia* es, en sí misma, una práctica de soberanía sanitaria. En primer lugar, porque reivindica la autonomía sobre el cuerpo-territorio, entendiendo que los saberes sobre plantas medicinales transmitidos entre mujeres constituyen decisiones autónomas frente a sistemas que históricamente han subordinado nuestros cuerpos. En segundo lugar, porque encarna la producción colectiva del conocimiento: integra saberes territoriales y empíricos heredados de abuelas y mayores con reflexión académica feminista, desafiando la jerarquía tradicional del saber médico. Desde esta mirada, *Carmelia* disputa el monopolio de la medicina institucional como única forma legítima de entender la salud, abriendo espacio a prácticas comunitarias, preventivas y relacionales.

Otro aporte fundamental fue complementar conscientemente nuestro ejercicio con el cuidado como un acto político, en profunda relación con la experiencia en CLACSO 2025. La soberanía sanitaria propone politizar el cuidado, alejándolo de su reducción a tarea doméstica invisibilizada o mercancía expropiada, y situándolo en la solidaridad y la reciprocidad (Balaña et al., 2019). *Carmelia*, al cultivar plantas medicinales en patios, balcones y jardines, y al crear espacios de conversación intergeneracional, materializa esa politización: transforma el autocuidado en acción colectiva y feminista.



Red de Posgrados
Espacio de formación

Certificado de Aprobación

Se certifica que

Camila Ramirez

aprobó el seminario de formación a distancia “**Salud Feminista Otros modos de hacer, sentir y pensar la salud**”, coordinado por la profesora **Andrea Paz** y el profesor **César Bissutti**, obteniendo una calificación final de **10 (DIEZ) puntos** (en una escala de 1 a 10).

El seminario fue dictado en la plataforma virtual de CLACSO durante los meses de septiembre a diciembre de 2025 con un régimen de 90 horas de dedicación total.

Buenos Aires, 05 de febrero de 2026.

Pablo Vommaro
Director Ejecutivo
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
CLACSO

Imagen del certificado de aprobación del seminario de formación a distancia “Salud Feminista: Otros modos de hacer, sentir y pensar la salud”, dictado por la Red de Posgrados de CLACSO 2025-2026.

Finalmente, el seminario permitió pensar estratégicamente el lugar de *Carmelia* en relación con las políticas públicas de salud con perspectiva de género. El análisis de experiencias como el proceso de legalización de la Interrupción Voluntaria del Embarazo en Argentina evidenció cómo el movimiento feminista puede incidir en marcos normativos y transformar el Estado desde la organización social. A la luz de estos casos, *Carmelia* puede concebirse como antecedente metodológico y político para el diseño de intervenciones sociales con enfoques diferenciales —de género, territorio y etnicidad— e incluso como base para proyectos que dialoguen con políticas públicas locales en salud comunitaria. Por todo lo anterior, el Seminario de Salud Feminista fortaleció el sustento teórico-político de la investigación al permitir comprender que recuperar saberes ancestrales de autocuidado es una

práctica concreta de soberanía sanitaria. *Carmelia*, en este sentido, expande sus objetivos: cultiva autonomía como proceso social y tiene gran potencial institucional.

Hallazgos y brotes: materializaciones de una apuesta ecofeminista

Cartilla Carmelia.

Aunque González Ramírez (2019) señala que una identidad gráfica fortalece el posicionamiento institucional y proyecta solidez ante patrocinadores, en procesos con perspectiva feminista y decolonial como la colectiva *Carmelia*, la inserción en lógicas de mercado no es el objetivo. La construcción estética no se pensó para competir simbólicamente ni para consolidarse como “marca”. Se pensó como una herramienta de apropiación interna. Desde el inicio, se buscó que las ilustraciones y símbolos vinculados a las plantas medicinales facilitaran el reconocimiento de las integrantes en la colectiva, fortaleciendo su aceptación y sentido de pertenencia. Más que proyectar hacia afuera, la intención fue consolidar hacia adentro: que la identidad visual acompañara el proceso organizativo y ayudara a que cada participante se sintiera parte de una experiencia común y situada.

En coherencia con esta apuesta metodológica de co-investigación y co-creación, se realizó un pilotaje de propuesta estética a través de la elaboración de una cartilla ilustrada. Construí junto con Laura Bastos —integrante de la colectiva—, una cartilla con especies medicinales conocidas por el grupo y con la violeta blanca traída desde La Vega, Cauca. Para su desarrollo se acudió a Milena, quien nos obsequió la planta, integrando su saber como fuente directa, y se priorizó información sencilla acompañada de ilustraciones en blanco y negro, con un estilo artesanal y un matiz gótico⁴. Este ejercicio fue metodológico: la cartilla funcionó como dispositivo piloto de creación colectiva y como primer intento de materializar, en un soporte tangible, el conocimiento compartido. Su recepción dentro de la colectiva evidenció tensiones importantes. Algunas integrantes la acogieron con entusiasmo —incluso nombrándola “Fancy Gothic” e incorporándola posteriormente en el taller mural—, mientras que otras la aceptaron de forma más pasiva. Con el tiempo, se expresó que algunas de ellas

⁴ La elección de una estética gótica para *Carmelia* se inspira, en parte, en la obra de Carolina Andújar, especialmente en su novela *Pie de Bruja*. En esta obra, la autora articula una atmósfera juvenil y oscura con una recreación histórica que reivindica la figura de la mujer asociada a la brujería, no desde el estigma sino desde su potencia simbólica y su vínculo con el conocimiento oculto y la intuición. Esta estética dialoga con *Carmelia* en tanto resignifica lo gótico como espacio de memoria, misticismo y rebeldía femenina, buscando conectar lo ancestral con sensibilidades contemporáneas juveniles, y recuperar la figura de la “bruja” como emblema de saber, autonomía y resistencia frente al orden patriarcal.

no lograron desarrollar un sentido pleno de pertenencia ni de corresponsabilidad frente a las actividades de la colectiva. Esta experiencia permitió reconocer uno de los mayores retos del proceso metodológico: que la creación no sea apropiada en lo simbólico. Tejer identidad compartida implica más que producir materiales; requiere que todas puedan verse reflejadas en ellos y reconocerse, sin ambigüedades, como parte viva de *Carmelia*.



Imagen digital del diseño y elaboración de la cartilla *Carmelia*, creada por Camila Ramírez y Laura Bastos en el año 2024.

Primer taller de cerámica: la arcilla como detonante metodológico y afectivo

El primer taller de cerámica de *Carmelia* fue concebido formalmente el 27 de marzo de 2025, cuando enviamos la solicitud oficial al Comité de Apoyos Estudiantiles de la Vicerrectoría de Bienestar Universitario de la Universidad del Valle, y se realizó finalmente el viernes 23 de mayo de 2025, entre las 2:00 p.m. y las 6:00 p.m., en el salón Pecera del edificio D6, sede Meléndez. Esta actividad se enmarcó dentro del Proyecto *Carmelia: Huerta Feminista*⁵, grupo estudiantil de la Escuela de Comunicación Social-Periodismo, y contó con el aval institucional del director del programa, Miguel Tejada Sánchez, quien respaldó institucionalmente la iniciativa y su coherencia con los procesos de investigación y proyección social que vinculan plantas medicinales, ancestralidad, autocuidado y perspectiva feminista.

⁵ En algunos apartados del proceso aún se utiliza el término “huerta” para referirse al proyecto. Esto se debe a que, en ese momento, la colectiva no había realizado plenamente el giro conceptual hacia la idea de “jardín”, que posteriormente adoptamos. El cambio de denominación fue gradual y respondió a una transformación en nuestra forma de comprender el espacio que estábamos construyendo.

La idea del taller surgió desde la primera reunión de la colectiva, cuando Valentina Cortés, al integrarse al grupo, propuso realizar un espacio de creación de macetas en cerámica como primer acercamiento práctico al proyecto de siembra de plantas medicinales. Valentina hacía parte de Raizarte, una organización de mujeres ceramistas en Cali, alineada con principios de trabajo comunitario y creación colectiva, y nos compartió la potencia de la arcilla como herramienta de catarsis, expresión emocional y reconexión corporal. La propuesta no fue solo técnica —aprender a moldear una materia—, fue simbólica y política: crear con las manos el recipiente donde posteriormente sembraríamos nuestras plantas medicinales, integrando arte, comunicación y saberes ancestrales. Además, Raizarte acompañó el proceso con gran paciencia frente a los tiempos y limitaciones propias del trabajo comunitario y de la gestión institucional universitaria, comprendiendo los ritmos de la burocracia y sosteniendo la propuesta desde una ética de colaboración y cuidado.

El taller fue proyectado para el 18 de abril de 2025, con una duración de cuatro horas y dirigido a 20 estudiantes mujeres. Para su realización se elaboró un presupuesto que contemplaba materiales, honorarios de la tallerista, procesos técnicos como el horneado de las piezas, transporte y refrigerios. Se gestionó apoyo económico ante la universidad para cubrir estos rubros, formalizando la solicitud a través del Comité de Asuntos Socioeconómicos Estudiantiles. Las responsables oficiales del proceso fueron Camila Ramírez y Lilá López Hincapié, estudiantes del programa de Comunicación Social-Periodismo.

Debido a ajustes logísticos, la actividad finalmente se realizó el 23 de mayo de 2025, con una asistencia efectiva de 16 mujeres. Los recursos institucionales fueron fundamentales para garantizar la gratuidad del espacio, pero también implicaron asumir una estructura administrativa específica: diligenciamiento de formatos oficiales, entrega de listados, responsables firmantes, rendición de informe posterior y control del número exacto de asistentes. Esta dimensión institucional generó tensiones con nuestra lógica organizativa interna.

Para organizar la participación, abrimos un formulario de inscripción. Primero fue compartido en el grupo interno de WhatsApp de *Carmelia*, con la indicación explícita de que debían inscribirse únicamente quienes realmente pudieran asistir en la fecha y horario acordados. Aunque el día había sido conversado colectivamente, no era posible que las agendas coincidieran por completo. Sin embargo, el mecanismo del formulario funcionó de manera problemática para nosotras: nuestra compañera Laura Bastos no leyó el mensaje a

tiempo, no diligenció el formulario antes de que lo hiciéramos público y, cuando se dio cuenta, los cupos ya estaban completos. Debido a la limitación estricta de 16 participantes —condicionada por los materiales disponibles y el presupuesto aprobado— Laura decidió no asistir. Este episodio evidenció la fricción entre la burocracia institucional y nuestras dinámicas de cuidado colectivo: una compañera quedó por fuera del primer taller por un requisito técnico.

Este fue nuestro primer taller⁶, donde principalmente las integrantes de *Carmelia* asistirían y fueron las primeras en inscribirse en el formulario (cosa institucional que no nos gusta pero que necesitábamos ya que recibimos apoyo económico de la universidad y era limitado, entonces era indispensable contar a las mujeres que irían para los refrigerios, materiales, transporte de piezas, horneado, etc.). Luego de que las integrantes de *Carmelia* se inscribieran, abrimos el taller gratuito para cualquier estudiante en la universidad. El taller fue muy bien recibido y recibimos más inscripciones de las que pensábamos, por lo cual tuvimos que cerrar el formulario porque teníamos 16 cupos limitados. Todos los cupos fueron usados.

El taller hizo parte de nuestra agenda de actividades terapéuticas y reivindicatorias, cuyo objetivo era hacer del cuerpo un territorio político desde una mirada interseccional y feminista. Al trabajar con el barro, las participantes no solo moldearon piezas de cerámica, sino memorias, emociones y vínculos colectivos. Aunque fue nuestro primer taller, caótico y desordenado, los testimonios de las integrantes coincidieron en haberse sentido demasiado bien en el grupo, entre amigas, entre mujeres, haciendo arte sin presiones y muy libres, incluso aquellas que consideraban que no eran buenas en lo artístico. La cerámica funcionó como una terapia colectiva con enfoque de género: varias mujeres expresaron haber superado resistencias profundas relacionadas con el temor a ensuciarse las manos, a equivocarse o a “no hacerlo perfecto”. Estos miedos, vinculados a mandatos de feminidad tradicional que castigan el error y la espontaneidad, fueron resignificados colectivamente en el barro.

Una participante comentó que había asistido antes a otros talleres de cerámica, pero que este había sido especialmente significativo por el carácter seguro, amoroso y horizontal que ofrecía estar rodeada exclusivamente de mujeres. La ausencia de juicio, la contención

⁶ Ese día, debido a la multiplicidad de labores asumidas y a la inexperiencia en la organización de talleres, no se realizó registro fotográfico del proceso. No obstante, Valentina documentó varios momentos mediante registros audiovisuales, los cuales pueden consultarse en el siguiente enlace:
<https://drive.google.com/drive/folders/1thnbbkmLf2fCxAPk8NDRnb3boTTI7q8u?usp=sharing>

entre pares y la libertad para experimentar sin presión permitieron una experiencia de goce transformadora. El taller también fortaleció redes entre mujeres de distintos orígenes y trayectorias. Se compartieron historias personales, recetas tradicionales, anécdotas familiares y silencios cargados de significado. Este entretejido de afectos y saberes se convirtió en una base concreta para el tejido comunitario que *Carmelia* promueve.

Aquí comienza con claridad la idea de acercamientos progresivos, pues nos dimos cuenta de que no podíamos ir a sembrar de una. La misma colectiva tenía iniciativas que nos acercaban a las plantas desde un lugar más cercano para nosotras como comunicadoras en su mayoría, como jóvenes estudiantes: el arte. El arte nos permitió aproximarnos desde un territorio ya habitado, pues todas habíamos hecho arte como hobby: pintar, dibujar, cantar, bailar, hacer radio, colorear cualquier cosa. Hacer una maceta era un primer gesto simbólico hacia la siembra, pero también era una forma coherente con nuestras trayectorias y saberes. Ese proceso no fue impuesto desde un diseño metodológico previo; fue exigido por la colectiva. Y en esa exigencia se evidenció que realmente había una metodología participativa: no partíamos de una agenda rígida; nos guiábamos por lo que emergía del grupo, sus deseos, sus lenguajes y sus formas de habitar el proyecto.

En términos políticos e institucionales, el taller reafirmó el compromiso de *Carmelia* con la equidad de género, la creación de entornos seguros y la resignificación de espacios universitarios marcados por violencias simbólicas. A través del arte y la naturaleza, se promovió el autocuidado, la autonomía y la transformación del campus en un lugar donde las mujeres puedan florecer con libertad y dignidad. La integración entre cerámica y siembra no fue accidental: las macetas creadas con nuestras manos serían utilizadas posteriormente para sembrar plantas medicinales, articulando arte, conocimiento ancestral y comunicación. Así, el taller no solo inauguró nuestras acciones públicas, sembró las bases metodológicas, afectivas y políticas de *Carmelia*: antes de sembrar la tierra, sembramos vínculo; antes de cultivar plantas, cultivamos comunidad.

Taller de Aromáticas: diseñar un kit de autocuidado portátil

A lo largo del proceso dentro de la colectiva identificamos una tensión importante en esta nueva apuesta por el autocuidado a través de la medicina tradicional: el tránsito entre el deseo de retomar saberes ancestrales y las prácticas coloniales ya arraigadas en nuestras vidas cotidianas.

En los espacios de conversación emergieron distintas dificultades. Nicol Calvo manifestó que el sabor de muchas plantas era un obstáculo determinante; aunque contaba con recetas familiares y reconocía su efectividad, el gusto intenso de algunas infusiones le impedía consumirlas con constancia. Sofía Burbano y Natalia Becerra expresaron que no estaban habituadas a tomar plantas, pues su experiencia de cuidado estaba más vinculada al uso de fármacos convencionales. En mi caso, identifiqué una dificultad adicional: habitar espacios lejanos al hogar —la universidad, el trabajo, trayectos largos en la ciudad— hacía complejo preparar y tomar una infusión en medio de la rutina diaria.

Estas experiencias compartidas evidenciaron que la incorporación de la medicina tradicional dependía de muchas condiciones materiales, sensoriales y culturales que atraviesan nuestra vida urbana. El cierre del primer semestre no pudo ser una jornada de siembra como planeamos. Para ese momento ya habíamos encontrado dificultades logísticas para sembrar de manera sostenida: materiales, estudio de suelo, diseño del jardín, permisos y coordinación de espacios. Por lo tanto, nuestros objetivos requerían un proceso transitorio y de acercamiento más consciente y progresiva. Como respuesta creativa y metodológica propuse la construcción de un kit portátil de autocuidado con aromáticas. La idea consistía en acercarnos a las plantas de la manera más sencilla, con los sobres de aromáticas que encontramos en supermercados. Antes de sembrar nuestras propias plantas y transformar nuestros hábitos, requeríamos un acercamiento gradual desde nuestras rutinas reales.

El taller consistió en que cada integrante armara su propio kit de acuerdo con sus necesidades. Llevamos aromáticas que podían servirnos personalmente y también a nuestras compañeras. Con Nicol probamos una infusión de frutos rojos como puerta de entrada a sabores más amables, lo que podría facilitar el acercamiento posterior a plantas de sabor más intenso, o iniciar un camino de familiarización con el sabor de las plantas. Este gesto implicó reconocer que el gusto es un territorio corporal que también puede transformarse.



Fotografías del taller de kits portátiles de autocuidado, realizada en las instalaciones de la Escuela de Comunicación Social y Periodismo en el mes de agosto de 2025.

A partir de nuestras afecciones recurrentes —dolores menstruales, estrés, insomnio, malestares digestivos— seleccionamos distintas aromáticas y organizamos nuestros kits en pequeños estuches portátiles. Bastaba con conseguir un vaso de agua caliente para activar una práctica de cuidado en cualquier espacio.

Comprendimos que implementar hábitos como sembrar y consumir nuestras propias plantas requería primero un proceso de relación. Relación con nuestras ancestras, con la medicina, con el sabor y con los ciclos. Esa relación se tejió a través del arte, de la identidad y de la juntanza entre amigas. El autocuidado adquirió un carácter transversal, afectivo y compartido, integrado a nuestra vida urbana.

Como parte del cierre del semestre, además de armar los kits, escribimos cartas⁷ dirigidas al colectivo. En ellas expresamos aprendizajes, expectativas y deseos para la continuidad del proceso. El ejercicio epistolar fortaleció el vínculo entre nosotras y reafirmó a *Carmelia* como un espacio vivo de memoria, identidad y transformación colectiva.

⁷ Sara elaboró una postal digital que incluía un hipervínculo: al presionar sobre el nombre “*Carmelia*”, este dirigía a la canción *Sagrado femenino* de Loli Cósmica. a manera de dedicatoria para la colectiva.



Registro digital de carta escrita por Sara Burbano en el cierre del primer ciclo de trabajo de *Carmelia*.

La violeta blanca: herencia, cuidado y reproducción del saber

La violeta blanca traída de La Vega, Cauca, fue la primera y única especie con la que comenzó materialmente *Carmelia*. Era, además, la única planta que habíamos conseguido de la forma más orgánica y genuina posible, en coherencia con nuestro propósito inicial: no

queríamos comprar plantas, sino heredarlas, del mismo modo en que se heredan los conocimientos. Así como los saberes medicinales circulan entre generaciones a través de la palabra, la práctica y la memoria, queríamos que nuestras plantas también llegaran a nosotras mediante vínculos.

Lilá se encargó de investigar cómo podíamos compartir la especie sin poner en riesgo la planta original. A partir de esa indagación, logró reproducirla y entregó el primer hijo de la violeta blanca original. Esa nueva planta llegó a mis manos y decidí llevarla a mi casa, donde la sembré junto a mi abuela María.



Primera reproducción de la violeta blanca en el balcón de Maria y Camila, fotografía tomada por Camila Ramírez en marzo de 2025.

La experiencia fue algo íntimo y cotidiano. La violeta blanca creció fuertemente bajo los cuidados, principalmente, de mi abuela, mientras yo ocupaba un lugar más cercano al de aprendiz. Ella me enseñó a echarle el agua del arroz del almuerzo y las cáscaras de papa de la sopa, a poner la planta junto a otras para que no se sintiera sola y hablarle bonito. Estas prácticas, aparentemente simples, condensan una forma de conocimiento que se aprende en la convivencia diaria con la tierra y con las abuelas.



Secuencia de fotografías del seguimiento al crecimiento de la violeta blanca traída de La Vega, Cauca, primera especie del jardín itinerante de *Carmelia*, tomadas por Camila Ramírez en julio de 2025.

En este proceso se hizo evidente lo que hemos problematizado a lo largo del informe: los saberes de cuidado, históricamente feminizados, han sido desvalorizados por el discurso técnico-científico, pero siguen sosteniendo la vida. El uso del agua del arroz o de las cáscaras como abono, la idea de que las plantas se acompañan entre sí y la práctica de hablarles se sitúan fuera de la lógica del rendimiento productivo y se afirman como gestos comunicativos que desafían esa tendencia; expresan una ética relacional basada en el cuidado, la reciprocidad y el reconocimiento de la vida más allá de su utilidad. En términos de Herrero (2019), se trata de reconocer la interdependencia como principio organizador de la vida. La planta no es un objeto aislado que se optimiza; es un ser que se integra en una red de relaciones.

Gracias a estos cuidados, la violeta blanca creció tanto que pudimos repartir otros tres hijitos a Sofía, Sara y María Angélica. La reproducción de la planta se convirtió en la expansión del proyecto: *Carmelia* se materializó en organismos vivos distribuidos en distintos hogares, cuidados por madres, abuelas e hijas. Cada hijito representaba una extensión del jardín, una ramificación afectiva y territorial.



Secuencia fotográfica tomada por Camila Ramírez durante la separación de hijitos de la violeta blanca para el jardín itinerante *Carmelia*.

Posteriormente, sobrevivirían solo las plantas de Sara y María Angélica. Esta pérdida parcial también fue un aprendizaje. Nos confrontó con la fragilidad de los procesos vivos y con la imposibilidad de controlar completamente el crecimiento, la adaptación o la permanencia de las especies. Sembrar implica aceptar que no todo prospera, que los cuidados no garantizan resultados absolutos y que la vida sigue trayectorias propias.

La violeta blanca, fue, además, el primer dispositivo material de *Carmelia*. A través de su herencia, reproducción y cuidado intergeneracional, encarnó nuestra apuesta por un jardín no mercantilizado, sostenido en vínculos, saberes transmitidos y prácticas domésticas

de cuidado. En ella se condensó la articulación entre memoria, territorio y reproducción de la vida que estructura este proyecto de investigación–creación.

Como parte del ejercicio colectivo de siembra y herencia, fue mi abuela María quien separó los tres hijitos de la violeta blanca original, porque ella sabía exactamente cómo hacerlo. Yo fui su asistente en el proceso y, en ese acompañamiento, aprendí, sobre todo a cuidar las raíces. Observé cómo las desprendía con precisión, sin desgarrarlas, sosteniendo la base con firmeza y delicadeza al mismo tiempo. Luego las apretamos en la tierra en pequeñas bolsas, asegurándonos de que quedaran protegidas y con la humedad suficiente para adaptarse al traslado. Fue un gesto minucioso y amoroso que me permitió comprender que el verdadero secreto está en saber tocar la raíz sin hierirla. Luego los llevé hasta la Universidad del Valle para entregarlos a tres integrantes de *Carmelia*: Sara, Sofía y María Angélica. Cada hijito iba acompañado de un flyer hecho con las recomendaciones de mi abuela, enviado por WhatsApp y con la solicitud de documentar el proceso.



Flyer digital *Guía de cuidados para tu violeta blanca*, elaborada por Camila Ramírez con las recomendaciones de la abuela María y enviada vía WhatsApp en septiembre de 2025.

En el caso de Sara, estudiante de Educación Popular, la entrega de dos hijitos de la violeta blanca marcó un inicio profundamente significativo. Ella misma relató:

“La planta que yo tengo es una violeta blanca y el proceso que he tenido con ella ha sido bastante retador porque es la primera planta oficial que tengo después de las semillitas que sembraba en primaria. Ha sido mucho de cuidado, de ser muy responsable con sus necesidades y requerimientos para que pueda crecer, estar sana y mantenerse. Mi mamá me ha ayudado muchísimo. Algo que me gusta es que siento que ella responde, que tiene su propio proceso. Aunque no requiere tanto cuidado, pero sí mucha constancia con el agüita. A mí me gusta hablarle lindo y siento que eso funciona; son seres vivos y responden también al estado de ánimo de uno. He sentido una conexión con ella, le hablo, trato de hacerle sentir que tiene a alguien pendiente de su cuidado, que quiere verla crecer y florecer. No es solo ponerle agua cuando lo necesita, sino estar ahí, verla crecer, acompañar su proceso. La planta, puedo decir, que es mucho más, mucho más que cumplir una función decorativa. Ha sido un reto en cuanto a la relación que uno construye con ella, más allá de los cuidados básicos. Por ahora está chiquita, pero sigue creciendo.” (Sara Burbano, comunicación personal, 27 de febrero de 2026).

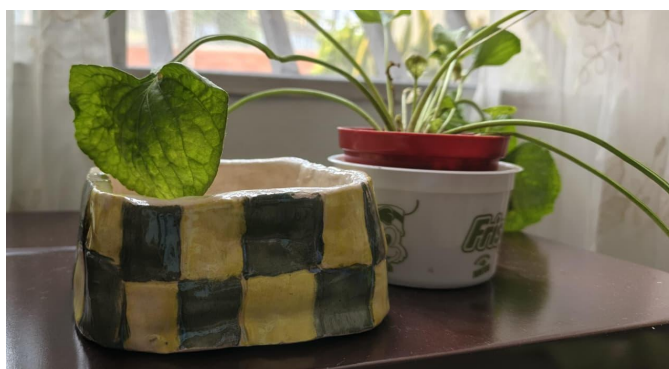


Foto de Sara Burbano a finales de octubre de 2025, semanas después de recibir la violeta en su hogar.

En el caso de Sara, el proceso permite evidenciar algo que atraviesa a muchas mujeres jóvenes urbanas: aun viviendo con nuestras madres y creciendo en hogares donde hay plantas, con frecuencia no nos acercamos realmente a esos saberes cotidianos. Las materas

están ahí, las manos que saben cuidarlas también, pero el vínculo no siempre se activa. El hecho de ser parte de la colectiva generó una disposición distinta; el interés ya existía —de lo contrario no se habría sumado a *Carmelia*—, pero la experiencia concreta de recibir una planta propia abrió una oportunidad real para implicarse. A través del cuidado de la violeta, se habilitó un espacio de conversación y aprendizaje con su mamá que probablemente habría permanecido latente. En ese gesto sencillo se cumple uno de los propósitos centrales del proyecto: crear condiciones para que el acercamiento a las ancestras ocurra desde la práctica, desde el hacer compartido.



Foto tomada por Sara Burbano en febrero de 2026, documentando el crecimiento.

Además, el proceso con la violeta produce un aprendizaje simbólico profundo sobre los ciclos. Observar cómo la planta requiere constancia, cómo atraviesa momentos de crecimiento, de pausa, de hojas marchitas y de nuevos brotes, permite una identificación con la propia experiencia femenina. Como mujeres cíclicas, también atravesamos etapas de florecimiento, de cansancio, de necesidad de cuidado y de recuperación. Cuidar la planta se convierte así en una forma de comprendernos mejor: reconocer que incluso con atención y amor hay tiempos distintos, que el crecimiento no es lineal y que los momentos de aparente fragilidad forman parte del proceso vital. En esa lectura simbólica, la violeta deja de ser solo un organismo vegetal y se transforma en espejo de nuestros propios ritmos.

Por su parte, María Angélica, estudiante de Comunicación, describió el proceso en tres momentos. El primero fue la llegada: recibió la planta el 5 de septiembre en horas de la noche, junto con un flyer enviado por WhatsApp con las recomendaciones de mi abuela

María. Aunque reconoce que no siguió todas las indicaciones al pie de la letra, destaca que la violeta continúa viva. El segundo momento fue la trasplantada: pasó de la bolsita inicial a una maceta mediana que le permitiera expandir sus raíces. En este proceso contó con la ayuda del suegro de su hermana mayor, quien tiene experiencia con plantas y le orientó sobre cortar las hojas café para que volviera a crecer. El tercer momento ha sido el cuidado continuo, acompañado por su mamá; juntas han abonado, regado y limpiado las hojas. La violeta habita el balcón de su casa, rodeada de otras matas y flores, recibiendo luz y sol. Algunas hojas se han marchitado y han sido podadas, lo que ha permitido el brote de nuevas y el florecimiento. En su hogar, la planta crece en medio de acompañamiento familiar y atención compartida.



Fotografía tomada por Maria Angelica cuando sembró la violeta en su hogar en septiembre del 2025.

En el caso de María Angélica se evidencia que ya existía una relación previa con las plantas, una familiaridad mayor con sus ritmos y cuidados, y esto se refleja en que su violeta efectivamente floreció. Sin embargo, el proceso también muestra que, aunque se compartan recomendaciones escritas —como las del flyer—, el cuidado de las plantas implica exploración, intuición y adaptación al contexto de cada hogar. Cada persona desarrolla técnicas propias, consulta a distintos saberes familiares y toma decisiones según la observación cotidiana. No existe una fórmula única para que una planta florezca; hay orientaciones, pero el aprendizaje se construye en la práctica, en el ensayo, en la conversación con quienes saben y en la lectura atenta de la planta misma.



Fotografía tomada en la última semana de febrero de 2026 por Maria Angélica Quintero.

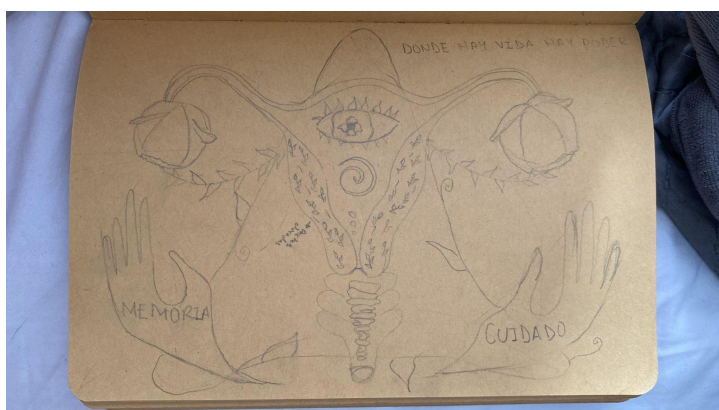
En el caso de Sofía, el proceso tomó un rumbo distinto: su planta murió. Al inicio, quien asumió principalmente el cuidado fue su abuela, mientras Sofía ocupaba un lugar más cercano al aprendizaje y la observación. Esta dinámica, que en mi experiencia personal había funcionado como una forma de transmisión efectiva, en su caso no produjo el mismo resultado. A pesar de los intentos de su abuela por revivir la violeta, la planta no logró sobrevivir. La muerte, lejos de cerrar el proceso, abrió nuevas preguntas. Con ellas acordamos entregar otro hijito y observar con mayor atención qué pudo haber sucedido, entendiendo que cada casa, cada vínculo y cada forma de cuidado configura condiciones distintas.

Este desenlace confirma, como habíamos ya acordado, que el proceso con las plantas no sería lineal ni homogéneo. Sin embargo, incluso cuando la planta no florece, el dispositivo cumple su propósito principal: **activar el vínculo intergeneracional**. En el caso de Sofía, la violeta generó conversaciones, intentos compartidos, aprendizajes y disposición para volver a intentar. Además, esta experiencia nos permitió reconocer que la estrategia de repartir hijitos y sostener macetas en nuestros propios hogares funciona mejor que la idea inicial de una huerta fija en la universidad. Aunque habitamos el campus con frecuencia, ese espacio, que adicionalmente representa muchos desafíos logísticos, puede dar la sensación de institucionalizar el cuidado y alejarlo de la vida íntima. El jardín itinerante, en cambio, se adapta a nuestras dinámicas como mujeres jóvenes urbanas: crece al lado de nuestras ancestras, en balcones, patios y salas, fortaleciendo el vínculo en lo cotidiano. Más adelante podremos juntarlas físicamente; por ahora, el arraigo en cada hogar ha demostrado ser la forma más potente de conectarnos desde la experiencia personal e íntima.

Taller Mural: sellar nuestra presencia en el territorio universitario

La iniciativa del taller mural surgió en la primera reunión de *Carmelia*, por propuesta de Valentina Reina. En ese encuentro acordamos buscar juntas la manera de materializarlo, pues se trataba de una idea que ella ya venía trabajando desde su área de profundización en Comunicación-Educación. Valentina había propuesto previamente un mural feminista para el salón de estudiantes del D6, el edificio de Comunicación. La propuesta había quedado consignada en papel, sin llegar a ejecutarse.

Al asumirla colectivamente, el proceso cambió de escala y de posibilidad. Trabajando todas juntas fue más fácil activar gestiones, conversar con quienes correspondía, organizar materiales y sostener la insistencia necesaria para que el proyecto avanzara. Lo que para una sola persona podía resultar desgastante o difícil de tramitar, en grupo se volvió viable. La juntanza no solo fortaleció la idea creativa, permitió que el mural pasara del deseo escrito a una acción concreta.



Fotografía del primer boceto elaborado y propuesto por Valentina Reina y asumido colectivamente por *Carmelia*.

Al integrarse a *Carmelia*, nos propuso realizar un mural que nos representara como colectiva. La idea resonó de inmediato. La Escuela de Comunicación es un territorio históricamente intervenido por estudiantes, especialmente mediante escraches y denuncias contra las violencias de género. Sin embargo, no existían murales que representaran iniciativas organizativas o apuestas pedagógicas construidas desde el estudiantado. Decidimos resignificar ese espacio, sellar nuestra presencia y enunciar públicamente lo que anhelábamos: resistimos a las violencias de género desde el autocuidado con plantas.

El reto principal fue conseguir los recursos y concretar los planes. El proceso tomó más tiempo del que imaginábamos. Durante el primer ciclo de trabajo no logramos ejecutar el mural. Sin embargo, desarrollamos las estrategias necesarias para financiarlo: realizamos una rifa, vendimos comestibles y preparamos una limonada de hierbabuena en el bazar de lanzamiento de la revista Ciudad Vaga. Estas actividades nos permitieron reunir los recursos económicos básicos para proyectar la pintura del mural.

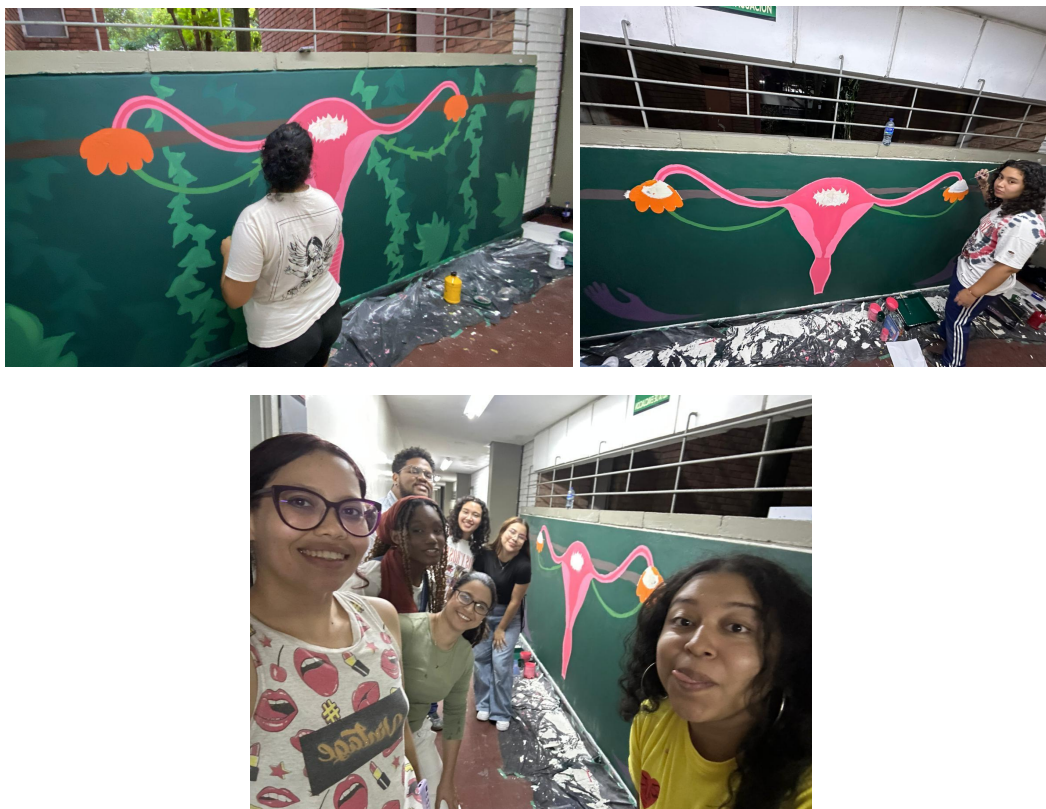
Uno de los grandes aprendizajes del primer ciclo fue comprender que los procesos colectivos requieren más tiempo del previsto. Desde el inicio defendimos que nuestro trabajo, al igual que las plantas que estudiamos y cultivamos, transitaría por ciclos, variaciones de energía, pausas y reconfiguraciones. *Carmelia* decidió sostener una temporalidad orgánica y coherente con su apuesta ecofeminista.

La gestión de recursos fue otro desafío importante. Aunque la universidad financió varias de nuestras iniciativas, la pintura de un mural no se ajustaba a las líneas formales de financiación institucional. En ese contexto, las alianzas fueron fundamentales.

Durante el proceso conocimos a Angélica, funcionaria de la Secretaría de Cultura de Cali, quien asistió a nuestro taller gratuito de cerámica. Al finalizar el proceso manifestó una inconformidad frente a la pérdida de algunas piezas adicionales a las macetas, extraviadas en el caos logístico de nuestro primer taller. Frente a esa situación actuamos con apertura y transparencia, compartiendo las dificultades económicas que atravesábamos y explicando que algunas piezas no habían podido ser quemadas en el horno debido a los costos del proceso.

Esa honestidad y horizontalidad permitió que nuestras limitaciones fueran comprendidas desde la empatía. Sin saberlo, nuestras dificultades habían llegado a oídos de alguien que podía apoyarnos. Angélica se sumó a la iniciativa del taller mural y también al taller de cerámica, apoyándonos con refrigerios y material pedagógico relacionado con el 21 de noviembre (21N), fecha que elegimos para realizar el mural como parte de la agenda conmemorativa contra las violencias hacia las mujeres.

El mural fue pintado junto a la artista María de los Ángeles, de la Facultad de Artes Integradas, quien trabajó de la mano con nosotras durante todo el proceso. Este taller es especialmente significativo porque encarna aquello que más anhelábamos: el hacer juntas. Todas participamos en cada etapa: diseño, discusión conceptual, bocetación y pintura.



Fotografía de la Jornada de pintura colectiva del mural de *Carmelia*, acompañada técnicamente por María de los Ángeles y liderada por Valentina Reina, en el primer piso de la Escuela de Comunicación de la Universidad del Valle, durante el día 21 de noviembre del 2025.

A lo largo del proceso enfrentamos nuevas dificultades económicas. Entre todas solucionamos estos inconvenientes mediante vacas y donaciones, reafirmando el carácter autogestionado de la colectiva.

El resultado final fue un mural ubicado en uno de los pasillos más transitados de la Escuela de Comunicación. Más que una imagen en la pared, constituye una declaración política, una intervención territorial y una memoria visual de nuestro proceso. El mural materializa nuestra apuesta por el autocuidado como resistencia feminista y deja inscrita, en el espacio público universitario, la presencia viva de *Carmelia*.



Fotografía tomada por Maria de los Ángeles del mural final, Escuela de Comunicación Social y Periodismo en la Universidad del Valle. 29 de noviembre de 2025.

Cerámica con mi ancestra

El primer taller de cerámica nos dejó las manos manchadas de barro y el corazón encendido. Nos permitió encontrarnos entre compañeras, amigas e integrantes de *Carmelia* y descubrir que crear juntas nos ordenaba por dentro. El recibimiento fue tan amoroso que decidimos repetir la experiencia, pero esta vez ampliando el círculo. Si el primero fortaleció nuestro vínculo entre nosotras, el segundo debía tender un puente hacia nuestras madres y abuelas. Así nació Cerámica con mi ancestra, un espacio de encuentro intergeneracional entre estudiantes, madres y abuelas que, a través de la creación manual de tazas de té en arcilla, buscó recuperar los lazos con nuestras ancestras, reactivar saberes femeninos de gestión de la salud, fortalecer la memoria y reafirmar el autocuidado como práctica colectiva.

La intención era clara: invitar a nuestras abuelas a salir de la casa, de la rutina diaria de cuidados y quehaceres, y ofrecerles una tarde distinta, un espacio más suyo donde pudieran sentarse a conversar, reír y moldear con calma una taza de té. Queríamos que, por unas horas, no estuvieran sosteniendo todo, queríamos que hubiera un encuentro horizontal. Durante cuatro horas compartimos técnicas básicas de modelado mientras circulaban historias, experiencias de vida y conversaciones aparentemente sencillas que, sin embargo, fortalecían los vínculos y tejían memoria.

Al comenzar la jornada realizamos un ejercicio en parejas para propiciar la conexión. Cada dupla —abuela y nieta, madre e hija, o compañeras— eligió una planta y una receta asociada a ella. En una hoja reciclada escribieron la preparación, recordando cantidades, modos de cocción y momentos en que esa infusión había acompañado un dolor o una celebración. Luego dibujaron juntas la receta: la taza, la planta, el fuego, las manos. Ese gesto sencillo abrió la conversación sobre toronjil, manzanilla, poleo, albahaca y canela, sobre cólicos menstruales, insomnios, ansiedades y tristezas que alguna vez fueron aliviadas con una infusión caliente. Durante la tarde seguimos conversando sobre plantas, intercambiando recetas y anécdotas, reconociendo que esos saberes siguen vivos aunque muchas veces hayan sido relegados frente a la centralidad biomédica.

La elaboración de las tazas funcionó como un gesto profundamente simbólico. Crear con nuestras propias manos el objeto que acompañará un momento de autocuidado —una infusión para un cólico menstrual, para la ansiedad o el insomnio— se convirtió en un ejercicio de reivindicación de agencia. Producir aquello que sostiene la vida cotidiana reafirma la posibilidad de decidir cómo cuidarnos, reconocer nuestros ciclos y validar conocimientos que no dependen exclusivamente de instituciones médicas. En este sentido, el taller se constituyó como una práctica de salud colectiva que disputa el Modelo Médico Hegemónico, cuestionando la jerarquización de saberes que históricamente ha deslegitimado prácticas transmitidas entre generaciones.

La experiencia puede leerse desde categorías como salud feminista, colonialidad y género, en diálogo con los planteamientos de Lugones, Federici y Herrero, quienes permiten comprender que la desvalorización histórica de los saberes femeninos no es casual, sino resultado de procesos coloniales, patriarcales y capitalistas que fracturaron vínculos comunitarios y despojaron a las mujeres —especialmente a las racializadas— de prácticas de cuidado y autonomía corporal. Cerámica con mi ancestra se propuso tensionar y revertir esas lógicas. En el espacio compartido, moldear el barro implicó reconectar con un hacer autónomo: la posibilidad de producir con nuestras manos los objetos que acompañan nuestros rituales cotidianos y sostienen nuestra vida.

Mientras modelábamos, recreábamos escenas de cuidado —el fogón, la preparación de una infusión, la siembra de una planta, el fuego que acompaña las conversaciones— retomando en nuestras manos aquello que la modernidad declaró “menor”. La práctica artística se convirtió en un gesto de gestión de salud emocional: al transformarse el barro,

también se transformaba la relación con nuestras memorias corporales y con los saberes que históricamente se intentó borrar. Nos reímos cuando las tazas no quedaron perfectas, nos aconsejamos paciencia y aprendimos a disfrutar el proceso, entendiendo que la imperfección también es parte del cuidado.

Invitar a las abuelas fue, además, un acto de restauración del hilo intergeneracional roto por migraciones y dinámicas urbanas que aíslan. En ciudades como Cali, traerlas al centro de la experiencia permitió que sus saberes fueran nombrados, escuchados y compartidos, desafiando el mandato moderno de la mujer autocontenida y desconectada de su linaje. El cuidado dejó de ser una práctica individualizada para reinscribirse como acción colectiva: las tazas fueron hechas una junto a la otra, entre conversaciones, dibujos, grabaciones y recetas que circularon de mano en mano.



Encuentro intergeneracional entre estudiantes, madres y abuelas para la creación de tazas en arcilla y el intercambio de saberes sobre plantas medicinales y autocuidado colectivo, fotografía tomada por Sofia Burbano, 25 de noviembre del 2026.

Esta vez contamos también con el apoyo de la Secretaría de Cultura, que aportó refrigerios y material didáctico —incluidas las hojas y libretas—, facilitando la logística y fortaleciendo el carácter comunitario del encuentro. Elaborar nuestra propia taza para el té, modelar piezas destinadas al autocuidado o crear utensilios que acompañan sus rituales cotidianos se convirtió en un ejercicio de reivindicación de agencia. En esa práctica manual se reforzó la certeza de que podemos generar aquello que necesitamos para cuidarnos y sostenernos. Además, buscábamos mediante la conversación mientras moldeamos, recrear escenas cotidianas de cuidado —el fogón, la preparación de una infusión, la siembra de una

planta, el fuego que acompaña las conversaciones— y al hacerlo retomamos parte, en nuestras manos, de aquello que la colonialidad y la modernidad declararon ilegítimo o “menor”. La práctica artística se convirtió en un gesto de gestión de salud emocional: mientras el barro se transformaba, también se transformaba la relación con sus propias memorias corporales, con sus ancestras y con los saberes que históricamente se intentó borrar. Nos reímos de que no nos salieran perfectas las tazas, y nos aconsejamos disfrutar del proceso o relajarnos cuando algunas nos frustramos ante los “defectos” de nuestras tazas. El taller funcionó como un espacio de reanclaje, donde se reconstruyeron formas comunitarias de cuidado, resistencia y sostenimiento de la vida. En suma, la experiencia buscó romper con esa historia de despojo simbólico y material, reivindicando que los saberes de las mujeres, además de sostener la vida, siguen siendo fundamentales para materializar futuros más dignos, colectivos y feministas.

Este taller activó dimensiones profundamente feministas sobre la salud:

1. Recupera un saber femenino desplazado por el MMH

Las infusiones —toronjil, manzanilla, poleo, albahaca, canela— han sido históricamente herramientas de autocuidado menstrual, digestivo y emocional. Pero el MMH las ha relegado, promoviendo fármacos como solución estándar. Hacer una taza propia para preparar un té menstrual es cuestionar la centralidad biomédica y reivindicar el conocimiento cotidiano de las mujeres. Es impulsar que cuando nos sentimos mal, recordemos que nos hicimos una taza especialmente para tomarnos un té en esos casos.

2. Reconstruye el hilo intergeneracional roto por migraciones y colonialidad

Invitar a las abuelas fue un acto de restauración. En Cali, donde la migración interrumpió tradiciones, la presencia de las ancestras en el taller permitió que sus saberes fueran nombrados, escuchados y compartidos. Al traer a las abuelas al centro de la experiencia, el taller desafía el mandato moderno de la mujer aislada, autocontenida y desconectada de su linaje, y reabre un espacio donde el conocimiento se transmite en relación, no en instituciones jerárquicas.

3. Reafirma la agencia sobre el cuerpo

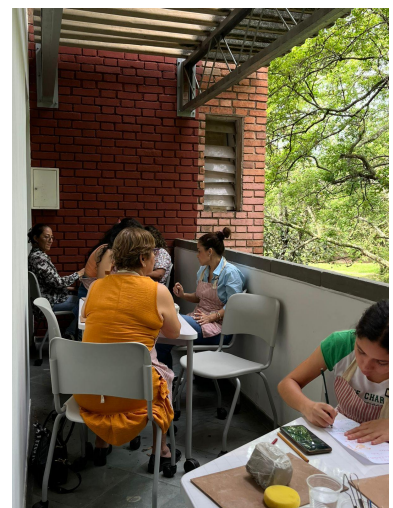
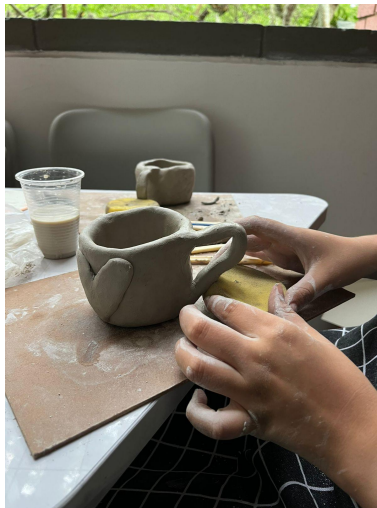
Preparar una infusión para un cólico menstrual, para la ansiedad o para el insomnio es un acto de soberanía sanitaria. Significa decidir cómo cuidarse, reconocer los ciclos propios y validar conocimientos que no dependen de instituciones médicas.

4. Reinscribe el cuidado como práctica colectiva y no individualizada

Las tazas fueron hechas en colectivo: moldeamos la arcilla una junto a la otra, conversamos, compartimos recetas y construimos comunidad.

5. Produce un espacio de sanación simbólica

El taller permitió nombrar dolores, ciclos menstruales, ansiedades, recuerdos de las abuelas, plantas olvidadas. En una ciudad donde el MMH domina el lenguaje sobre la salud, hablar desde la experiencia emocional y corporal en un espacio seguro es un gesto de sanación comunitaria.



Serie fotográfica tomada por Sofia Burbano durante el encuentro intergeneracional para la creación de tazas en arcilla en la escuela de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad del Valle, 25 de noviembre del 2026.



Ana María Giraldo y María Alejandra Lozano con sus tazas de té de cerámica elaboradas por ellas mismas. Fotografía enviada por Ana María vía WhatsApp en febrero de 2026.

Recetario ilustrado: proceso de creación y dimensión comunitaria

El recetario ilustrado fue concebido desde el inicio como uno de los productos comunicativos del proyecto. Dado que la mayoría de las integrantes del colectivo somos estudiantes de comunicación social, la creación de dispositivos narrativos y pedagógicos forma parte de nuestro lenguaje natural. Inicialmente, la propuesta consistía en elaborar una guía ilustrada de las plantas que sembramos en, para ese entonces, la huerta física en la Escuela de Comunicación Social, incorporando códigos QR que enlazaran a información ampliada sobre cada especie. Sin embargo, el proceso investigativo transformó esta idea inicial. El giro se produjo mientras organizamos el taller de cerámica realizado con mi abuela, espacio que reunió a varias de nuestras abuelas. Aprovechando ese encuentro intergeneracional, propuse iniciar la jornada con un ejercicio de conexión: que antes de tocar la arcilla, cada una plasmara, en hojas recicladas, una receta que practicara en su cotidianidad y que la vinculara con su madre o su abuela. El ejercicio funcionó como calentamiento sensible y metodológico. Las hojas comenzaron a llenarse de escrituras diversas, fragmentarias, íntimas.

Desde la perspectiva de la comunicación comunitaria propuesta por Mario Kaplún, este momento puede leerse como una práctica de pre-alimentación (Kaplún, 1985). Antes de producir un mensaje organizado, fue necesario escuchar, recoger y partir de las experiencias reales de las participantes. El recetario es la escucha y recopilación de memorias cotidianas. En este sentido, el producto no “habla por” la comunidad; devuelve de manera organizada aquello que ya circulaba en ella.

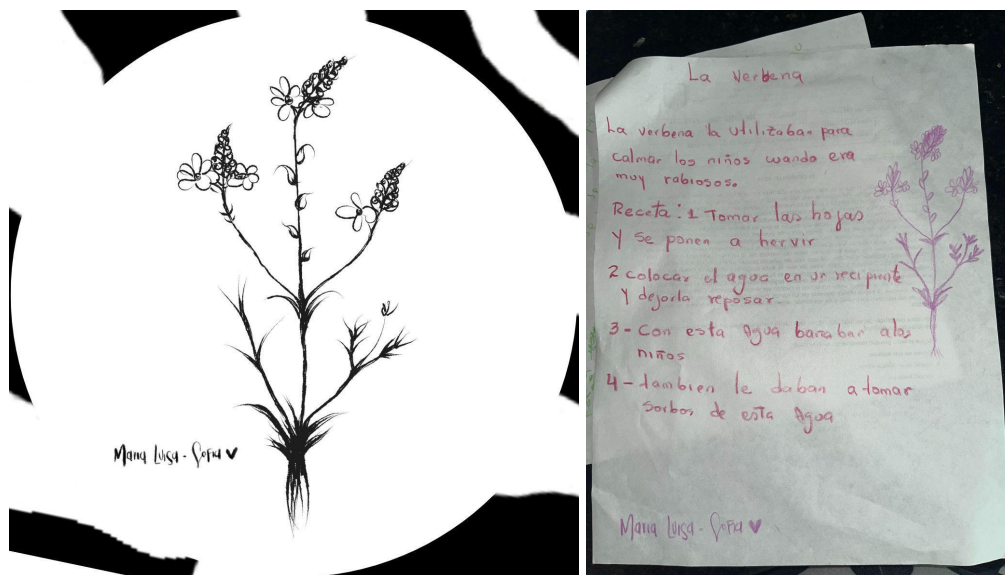
A partir de las hojas escritas a mano y apoyándome en pequeñas entrevistas sonoras grabadas ese mismo día, sistematicé las recetas intentando ser lo más fiel posible a los relatos originales y sus dibujos. No se buscó estandarizar el lenguaje ni medicalizar las prácticas; se respetaron las formas narrativas de cada participante. Esta decisión responde al modelo endógeno de comunicación que plantea Kaplún (1985), donde el comunicador no actúa como emisor vertical; actúa como facilitador del proceso. Bajo esta lógica, el recetario no es un fin en sí mismo; es un instrumento para suscitar reconocimiento y continuidad en la circulación de los saberes.

Asimismo, el proceso permitió que las participantes no fueran únicamente fuentes; participaron también como coautoras del producto. En términos de Kaplún (1985), se activa la figura del EMIREC, donde quienes tradicionalmente ocuparían el lugar de receptoras producen contenido y participan en la construcción del mensaje. El recetario, por tanto, no surge de una autoría individual; surge de un intercambio donde las memorias personales se transforman en patrimonio colectivo.

El resultado es un recetario que no responde a una clasificación botánica estricta; responde a una cartografía afectiva. Las recetas que contiene no fueron seleccionadas por su complejidad técnica; se eligieron por su capacidad de conexión intergeneracional. Más que un manual cerrado, funciona como dispositivo comunitario que organiza fragmentos dispersos y los devuelve en forma de mensaje compartido, permitiendo que las participantes se reconozcan en él. Además, en el proceso emergió una comprensión más amplia de lo que entendemos por “ancestral”. En nuestro imaginario suele asociarse esta palabra principalmente con los saberes de comunidades indígenas o tradicionales, como si la ancestralidad estuviera siempre ubicada en un territorio lejano o en una identidad colectiva claramente delimitada. Al compartir nuestras recetas y memorias, comprendimos que cada mujer porta un linaje, una memoria heredada, una forma particular de preparar un remedio, una bebida o un cuidado aprendido de su madre, su abuela o de otra mujer significativa en su vida. Esa transmisión, aunque ocurra

en un apartamento urbano y no en un territorio rural, está anclada a una línea de continuidad afectiva y corporal. El recetario amplía así la definición de ancestralidad y reconoce que en cada receta escrita a mano habita un hilo genealógico que conecta generaciones. De esta manera, lo ancestral se revela como una experiencia viva que atraviesa nuestras propias historias familiares.

En coherencia con esta comprensión ampliada de la ancestralidad, el recetario conserva deliberadamente elementos propios de la oralidad. Se decidió mantener expresiones como “máticas” para nombrar las hojas de las plantas, así como otras construcciones lingüísticas que, lejos de ser errores, encarnan la voz y la cadencia de las abuelas. En la receta del baño de verbena para curar la rabia en los niños, por ejemplo, se preservó la frase textual de María Luisa, abuela de Sofía Burbano, quien explicó que “se bañan los niños”, refiriéndose a que las abuelas y mamás bañaban a los niños. Esa elección no responde a descuido editorial; corresponde a una decisión política y comunicativa de respetar la forma en que el saber fue transmitido. Del mismo modo, los dibujos incluidos en el recetario tomaron como punto de partida los bocetos realizados por las participantes, apoyándome posteriormente en referencias fotográficas de las plantas reales para afinar proporciones y detalles, pero procurando conservar los gestos y formas con que abuelas, madres y nietas representaban y recortaban las plantas. Así, el producto final intenta resguardar tanto el contenido de las recetas como su textura oral y gráfica (véase Anexo C para el recetario completo).



Imágenes del relato e ilustración de Maria Luisa y Sofía Burbano sobre el uso de la verbena y su receta.

Hasta la fecha, la elaboración del recetario ilustrado ha sido la última acción desarrollada dentro del proceso de *Carmelia*. Sin embargo, el proyecto continúa en movimiento. Actualmente mantenemos una alianza con Angélica Bravo para postularnos a una nueva serie de convocatorias que incluirán formación técnica en trabajo comunitario en articulación con la Secretaría de Cultura. Esta proyección busca fortalecer nuestras capacidades organizativas y seguir llevando a *Carmelia* a escenarios locales que nos permitan crecer, consolidarnos y ampliar esta red de mujeres y saberes que comenzó como una iniciativa universitaria y hoy se proyecta como proceso comunitario en expansión.

V. Reflexiones finales

La transformación que dio origen a *Carmelia* comenzó en una toma de yagé, en La Vega, cuando sentí una profunda rabia y mucha duda. Siempre había pensado el género desde lo teórico, desde lo crítico, pero no desde lo comunitario. Esa noche comencé a entender que mi rabia era una búsqueda. Fui a La Vega creyendo que allí, en la ruralidad, conocería cómo se vive el género fuera de la ciudad. Buscaba manada. Buscaba un grupo de mujeres que me acogiera. Ahora veo en ese viaje un espejo, uno que reflejaba grietas que iban desde los recónditos pueblos campesinos hasta la ciudad: estaban en mí, estaban en nosotras. La fragmentación de los saberes ancestrales, la distancia con las abuelas, la rabia ante las violencias de género fueron siempre heridas colectivas.

Al regresar me lancé al vacío. Me lancé con mis dudas, con mi lejanía frente a mis ancestras, con mi fragmentación, teniendo la esperanza, pero no la certeza, de ser recogida por mis compañeras. *Carmelia* fue ramificación. Fui yo extendiéndome más allá de mi propia raíz. Fueron mis amigas haciendo lo mismo. Fueron mis ancestras conectando con sus ancestras: el lugar donde mi expansión encontró otras expansiones. Fue una red formándose en lo profundo, enlazándonos a todas. Fue el reconocimiento de que la ruptura existe, pero también el deseo de ser liana. Fue comprender que no estábamos desconectadas por falta de interés, sino porque estábamos esperando juntarnos. Así como las plantas no se apresuran a florecer, los saberes tampoco obedecen a la lógica productivista del tiempo moderno. No corren. No se imponen. No se extinguen fácilmente. Permanecen en latencia. Existen en relatos fragmentados, en recuerdos sueltos, en conversaciones aparentemente banales, en prácticas que pasan desapercibidas, en una curiosidad persistente por volver a preguntar.

En este sentido, la experiencia con *Carmelia* permitió el encuentro entre mujeres jóvenes y sus memorias familiares, y evidenció que la ciudad puede ser también territorio de siembra epistémica. En una urbe como Cali, marcada por migraciones internas, despojos y desarraigos, el jardín feminista se configuró como un microterritorio de recomposición simbólica. Allí, la fragmentación y desconexión con el cuerpo, el territorio y los saberes de nuestras ancestras comenzó a comprenderse como efecto estructural de procesos históricos de colonialidad, urbanización y hegemonía del modelo médico moderno.

Desde la perspectiva ecofeminista, esta experiencia dialoga con lo planteado por Yayo Herrero cuando advierte que la lógica capitalista impone ritmos incompatibles con los tiempos de la vida. Así como la tierra no produce fuera de sus ciclos, los saberes tampoco se activan bajo la exigencia productivista. La investigación mostró que el conocimiento medicinal femenino no desaparece por obsolescencia: se repliega cuando no existen condiciones comunitarias que lo sostengan. La juntanza, el diálogo y la práctica compartida permitieron que esas piezas dispersas encontraran continuidad, evidenciando que el conocimiento requiere condiciones colectivas para hacerse visible y operativo.

A su vez, si se comprende la colonialidad del género en los términos propuestos por María Lugones, puede afirmarse que la ruptura en la transmisión intergeneracional es resultado de un sistema moderno/colonial que deslegitimó los conocimientos situados de mujeres indígenas, afrodescendientes y campesinas. En este marco, *Carmelia* operó como un ejercicio de descolonización práctica: recuperó recetas o usos de plantas, pero principalmente disputó la autoridad sobre quién puede producir conocimiento válido sobre el cuerpo, la salud y el cuidado. La experiencia es prueba de que el autocuidado colectivo puede leerse como una forma de soberanía sanitaria y como una resistencia frente a la monopolización biomédica del saber.

Y en esa misma vía, el proceso retomó que la comunicación comunitaria, en el sentido planteado por Mario Kaplún, consiste en problematizar la realidad desde la experiencia compartida. En *Carmelia*, cada testimonio activaba otros; cada recuerdo incompleto encontraba complemento en la memoria de otra. En esa comunicación intergeneracional y comunitaria, el feminismo dejó de percibirse como discurso distante y se encarnó en prácticas concretas de siembra, escucha y cuidado mutuo.

La categoría de “pausa histórica”, que emergió de la experiencia, permite entonces replantear la narrativa de pérdida. Nombrar la fragmentación como pausa desplaza la idea de extinción y abre la posibilidad de comprender estos saberes como latencias activables. No estaban perdidos; estaban suspendidos en contextos que no favorecían su transmisión. Cuando se habilitaron espacios de diálogo intergeneracional y práctica compartida, los fragmentos comenzaron a entrelazarse nuevamente, demostrando que la memoria colectiva no es lineal ni se acumula, es cíclica y relacional.

La experiencia también transformó mi manera de investigar. Dejé de mirar desde afuera y empecé a implicarme. El feminismo dejó de ser solo lectura y concepto, y empezó a sentirse en la siembra, en la *conversa* y en el cuidado compartido. Investigar dejó de ser recopilación de información para comenzar a construir vínculos. Y en este punto, es importante mencionar que este trabajo parte del reconocimiento de que los saberes ancestrales no constituyen un cuerpo homogéneo ni estático, sino un entramado amplio, diverso y atravesado por tensiones históricas, territoriales y culturales. En este sentido, Carmelia busca acercarse a la recuperación de los saberes heredados de nuestras abuelas como un ejercicio situado, consciente de que estas memorias provienen de geografías, experiencias y trayectorias distintas. Por ello, se asume que no es posible —ni deseable— hablar de “lo ancestral” o “lo tradicional” desde una generalización que borre sus diferencias; por el contrario, se reconocen las fracturas, desplazamientos y silencios que han marcado nuestras propias historias. Así, el proyecto no pretende homogenizar los saberes, sino abrir un espacio para su pluralidad, entendiendo que en esa diversidad habita tanto su riqueza como las complejidades de su transmisión en contextos contemporáneos.

El hallazgo central, entonces, es que **nuestros saberes ancestrales nunca estuvieron cerca de perderse; estaban esperando a encontrarse en la comunitariedad.** Esperando el tiempo del encuentro intergeneracional. Esperan un espacio colectivo que los alimente. Esperando la juntanza que permita que fragmentos dispersos se vuelvan a entrelazar. Carmelia hizo posible el encuentro. Y en ese gesto empezó a dibujarse la idea de que la fragmentación podría leerse no como extinción, sino como pausa histórica. Cuando las mujeres jóvenes generamos espacios de diálogo, memoria práctica, los saberes regresan como herramientas vivas de autonomía, cuidado y resistencia.

Referencias

- Balaña, Sabrina, Finielli, Agostina, Giuliano, Carla, Paz, Andrea, y Ramírez, Carlota (Comps.). (2019).** *Salud feminista: Soberanía de los cuerpos, poder y organización* (1.^a ed.). Tinta Limón Ediciones.
- Barbary, O. (2001).** Segmentación socioracial y percepción de discriminaciones en Cali: una encuesta sobre la población afrocolombiana. *Desarrollo y Sociedad*, (47), 89-142.
- Barbary, O., y Urrea, F. (Eds.). (2004).** *Gente negra en Colombia: Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico* (1.^a ed.). Cidse-Ird-Colciencias; Editorial Lealon.
- Barreau Daly, Antonia, e Ibarra Eliessetch, María Ignacia. (2019).** Mujeres mapuche y huertas andinas: espacios de fertilidad, soberanía y transmisión de saberes. *Polis, Revista Latinoamericana*, 18(54).
- Carrasco Rodriguez, Marcela Paz. (2017).** Tejiendo saberes y prácticas en una farmacinha viva del MST. Memoria e historia oral de mujeres del Assentamento 12 de Julio sobre el uso de hierbas medicinales. *História em Revista*, 21/22, 292-309.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística. (2022).** *Cali en cifras: Demografía, economía y mercado laboral*. DANE.
- Ecologistas en Acción. (s.f.).** *Ecofeminismos decoloniales: Abrir miradas*. (Incluye textos de Herrero López, Yayo, Pascual Rodríguez, Marta, y García Nemocón, María Eugenia).
- Espinosa Miñoso, Yuderkys. (2007).** *Escritos de una lesbiana oscura: Reflexiones críticas sobre feminismo y política de identidad en América Latina*. En la Frontera.
- Fals Borda, Orlando. (1994).** *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis*. Tercer Mundo Editores.
- Federici, Silvia. (2010).** *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (1.^a ed. en español). Tinta Limón Ediciones.

García Salamanca, Diana Gunneivia. (2021). *Mis lenguajes: caminos feministas de autocuidado*. Red de Salud de las Mujeres Latinoamericanas y del Caribe (RSMLAC).

González Ramírez, Carlos Alberto. (2019). *Diseño de línea gráfica para la identidad visual / Colectivo Ecologista Madre Selva* [Proyecto de graduación, Universidad de San Carlos de Guatemala].

Hooks, bell. (2017). *El feminismo es para todo el mundo* (1.^a ed. en español). Traficantes de Sueños.

Ibarra, José Tomás, Caviedes, Julián, Barreau Daly, Antonia, y Pessa, Natalia (Eds.). (2019). *Huertas familiares y comunitarias: cultivando soberanía alimentaria*. Ediciones Universidad Católica de Chile.

Kaplún, Mario. (1985). *El comunicador popular* (1.^a ed.). CIESPAL-CESAP-Radio Nederland.

Lugones, María. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, (9), 73-101.

Marchant, Carla, Fuentes, Nicolás, y Castet, Graciela. (2019). Huertas de montaña: prácticas agroecológicas en la agricultura familiar de La Araucanía andina. En José Tomás Ibarra (Ed.), *Huertas familiares y comunitarias: cultivando soberanía alimentaria* (pp. 113-125). Ediciones Universidad Católica de Chile.

Menéndez, Eduardo L. (1988). Modelo médico hegemónico y atención primaria. *Segundas Jornadas de Atención Primaria de la Salud* (pp. 451-464). Buenos Aires.

Menéndez, Eduardo L. (2020). Modelo médico hegemónico: tendencias posibles y tendencias más o menos imaginarias. *Salud Colectiva*, 16, Artículo e2615. <https://doi.org/10.18294/sc.2020.2615>.

Mies, Maria. (2019). La praxis del ecofeminismo: Biotecnología, pobreza y biodiversidad. En José Tomás Ibarra (Ed.), *Huertas familiares y comunitarias: cultivando soberanía alimentaria*. Ediciones Universidad Católica de Chile.

Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes. (2025). *Cultura para el cuidado de la vida, el territorio y la paz: Informe de gestión al Congreso de la República de Colombia 2024-2025*. República de Colombia.

Paredes, Julieta. (2010). *Hilando fino: Desde el feminismo comunitario* (1.^a ed.). Comunidad Mujeres Creando Comunidad.

Paredes García, Dinorah Malinaly, y Hernández Flores, Sergio Daniel. (2025). La importancia de construir jardines para polinizadores en las zonas urbanas. *UNO Sapiens*, 7(14), 8-13.

Parra-Valencia, Liliana. (2023). Siempre vivas: Emancipación, paz e investigación desde el jardín de Heloísa. *Revista Estudios Feministas*, 31(2), Artículo e89880.
<https://doi.org/10.1590/1805-9584-2023v31n289880>.

Ramírez, Camila. (2024). *El llamado del Yagé: Una travesía más allá de lo tangible*. NEXUS Plataforma.
<https://revistanexus.substack.com/p/el-llamado-del-yage-una-travesia>

Ramírez Herrera, Carlota. (2022). *Perfil Migratorio de Colombia 2021*. Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

Segato, Rita Laura. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos* (1.^a ed.). Universidad Nacional de Quilmes; Editorial Prometeo.

Unidad para las Víctimas. (2025). *Informe de desplazamiento forzado: I semestre 2025*. República de Colombia [Nota: basado en los datos proporcionados sobre la gestión actual].

Viveros Vigoya, Mara. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 52, 1-17

Worldstats. (2025). *Global Biodiversity Rankings by Country (2025 Edition)*. World Rainforests

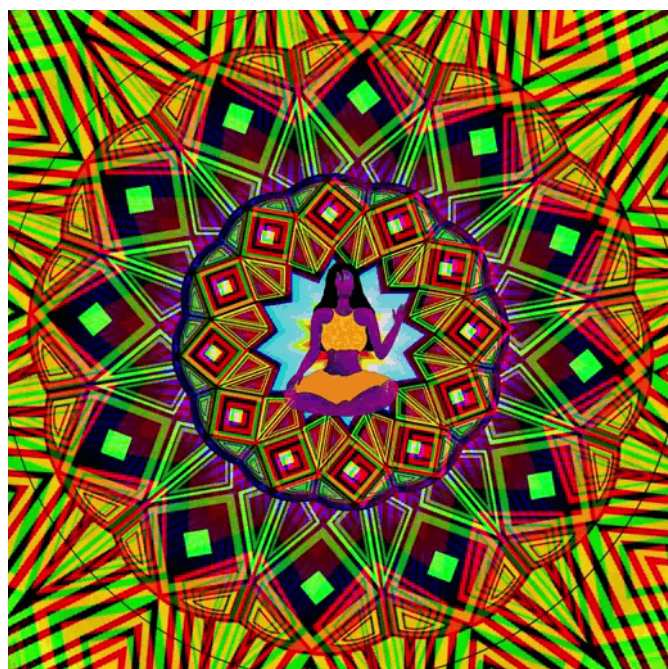
Anexos

Anexo A. El llamado del Yagé. Una travesía más allá de lo tangible

“Camila, este viernes hay toma ¿vamos?”

El viernes te vi en una de mis visiones”.

Nunca acepté ir.



Prólogo

¿Existe una “comunidad del yagé”? Más allá de la efusividad mística de esa impresión personal, parece ratificarse cierta comunión cada vez que se encuentran dos iniciados. Un entendimiento implícito que apenas es declarado por un destello de la pupila, un leve brillo ensimismado que observa, en la memoria, aquello que vislumbró en el trance por primera vez.

Siguiendo la melodía del taita Ariel Michavizoy, las dos autoras se enfrentaron a la medicina del yagé desde distintos roles: como receptora, una de ellas, y como cuidadora y observadora, la otra. Pero la experiencia del yagé es ya parte de ambas, como de todas las personas que compartieron la toma. Porque el remedio no es solo un periplo individual, sino un latido comunitario de energías compartidas. Por eso el producto que aquí se presenta es una síntesis creativa que inicia en una decisión, se describe en la grabación de la experiencia concreta y se reconfigura a partir de la memoria y del diálogo.

Esta crónica es textual, visual y sonora y está pensada para que cada producto sea disfrutado a su tiempo, de manera no simultánea, aceptando los distintos acercamientos que cada uno nos propone: uno más reflexivo, la crónica; otro más intuitivo, con las ilustraciones; y uno de sensaciones hápticas y sinestésicas, desde el paisaje sonoro.

Eva G. Tanco

Docente de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle.

Dicen que la universidad es una época inolvidable; que está llena de aventuras y amistades. Para mí, siempre se ha tratado de una responsabilidad muy poco divertida: mi camino ha sido solitario por elección. Nunca me llamó la atención asistir al Festival de Cine en Cartagena o al Festival Gabo de Periodismo en Bogotá. Por eso fue tan extraño querer participar en el 11° Encuentro de Pueblos y Semillas en La Vega, Cauca. Yo, una joven de 21 años que se rehúsa a dejar de maratonear sus cuatro series favoritas los fines de semana, estaba maravillada con la idea de intercambiar conocimientos con comunidades del suroccidente de Colombia, dormir en carpas durante tres días y probar recetas oriundas de la región, como la famosa mayonesa de papa cidra. Sabía que el Encuentro de Pueblos y

Semillas era un viaje diferente: más que una excursión, sería una paliza de realidad. Durante la planeación de nuestra salida de campo sentí que la vida me estaba dando la oportunidad de perderme algo. El destino me advertía que la travesía me patearía por fuera de mi zona de confort. Justo un par de días antes del viaje aparecieron tantos inconvenientes que consideramos cancelarlo: que si íbamos muy pocos, que si la universidad no nos concedió recursos, que si el encargado del transporte estaba de vacaciones... Sin embargo, era un viaje que debía suceder, pues nos confirmaron a última hora que sólo asistiríamos cinco estudiantes, y la universidad nos dio un bus. El costo para llegar a La Vega, un recóndito pueblo caucano descolgado en el Macizo colombiano, fue de ocho horas de maravillosos paisajes llenos de imponentes montañas y curvas rebeldes que me tentaron a devolver todo el mecate que había tragado durante el viaje. Lo más dulce, sin embargo, no fueron las galletas de chocolate, el arequipe o las Frunas, sino la delicada y aguda voz de Jessica, una de mis compañeras. “*Quisiera tantas cosas más, quisiera...*”. Cantó mientras todos mis sentidos se conectaron con el lugar al que llegaría. Al ritmo de su voz me di cuenta de que dejaba mi añosa soledad para disfrutar de cálidas compañías. Dejaba los estandarizados edificios de la ciudad para detallar el gradiente de verdes en los árboles. Dejaba la apresurada música estruendosa para respirar al ritmo de melodías más pausadas y orgánicas.

El encuentro de Pueblos y Semillas tenía una línea de trabajo llamada “Juventud, género y diversidad”, a la cual, junto con mi amiga y compañera de clase Lilá, planeábamos acercarnos. Desde muy joven me apasiona el enfoque de género y el feminismo, aunque muy pocas veces había podido trabajarlo en la universidad. Aquí imaginaba encontrar mujeres dedicadas a tratar el género en la ruralidad, y pensé que me sentiría feroz como cuando un lobo solitario por fin encuentra una manada. Nos llevamos una sorpresa cuando el género no se abordó como esperábamos. Para mí no tenía sentido imponer nuestra visión citadina del género en una comunidad interesada en rescatar la voz de la juventud, no porque el género no

tenga lugar dentro del tema, sino porque necesita un espacio independiente. Uno donde sea protagonista, no donde tenga que luchar constantemente por no ser olvidado. Decidimos acercarnos a la línea de trabajo de Medicinas Ancestrales, y puedo decir que entonces comenzó verdaderamente el viaje.

El Taita Ariel proviene del resguardo indígena de Mandiyacu, en las montañas de Mocoa, Putumayo. Es un hombre alto, de unos 45 años; porta siempre una expresión afable que produce confianza y de su ser emana serenidad. Tiene el curioso gesto de levantar las cejas casi todo el tiempo, mira directo a los ojos cuando escucha y comparte generosamente su conocimiento con todas las personas que se acercan. Fue una fortuna conocerlo, y maravilloso escucharlo, pues yo no conocía nada sobre medicina ancestral y sentía que absorbía información a gran velocidad. En la cena le mencioné a Eva, profesora a cargo del viaje, que deseaba ir a la toma de yagé anunciada por el Taita Ariel. Durante todo el viaje Eva nos apoyó sin moderaciones; quería que exploráramos y aprendiéramos, y, por supuesto, esa no fue la excepción. Nunca pensé que mi idea escalaría tanto...

A la toma fuimos ocho personas: cinco tomaríamos yagé y tres estarían cuidándonos. Le pedimos permiso al Taita Ariel y realizamos un registro sonoro. Me sorprendió que nos lo permitiera de forma tan espontánea, pero entendí que su transparencia con la medicina se debía, además de la naturaleza dadivosa que lo caracteriza, a su percepción de la ceremonia. El Taita Ariel deja de lado el enigma y el misterio para rescatar la belleza de la bebida sagrada: “¿Hermoso, no? ¿Cómo está quedando?”, le preguntó a Lilá horas más tarde, justo en medio de la toma e interesado en la grabación.

Antes de ir cené bastante bien, aún sabiendo que todo lo que ingería se regresaría en unas horas. “Es mejor comer para tener fuerzas y tener algo que...” nos aconsejó el yerno del Taita (quien es también su aprendiz y colaborador) mientras recreaba la expulsión del vómito

con la mano. Entonces la profesora Eva me reveló algo muy importante que nunca había considerado o escuchado antes. Sabía por fuentes diversas que tomar yagé era algo muy serio, que debía hacerse con un propósito espiritual. Sin embargo, mi profesora me advirtió que se trataba también de una *experiencia colectiva*, cosa que jamás imaginé porque pensaba que era una travesía puramente personal e individual. Esto marcaría mi trance en muchos sentidos.

La toma comenzó a eso de las once de la noche en el salón de la Junta de Acción Comunal de La Vega. Los hombres hicieron una fila por un lado y las mujeres por otro. A ellos les dieron la medicina primero y recordé aquella nefasta costumbre de servir la comida primero a los hombres. Yo era una de las últimas en la fila de mujeres, y aunque en ningún momento sentí nervios o miedo, mientras daba pasos hacia el Taita, temblaba un poco. Meses después, mi cuerpo aún se sacude cuando algún sonido o algún olor me devuelve a esa noche. Tomamos Yagé del Tigre, crudo. Era un líquido oscuro y aguado de sabor amargo, como una combinación entre café, aguardiente y algo más que no pude descifrar. Después de tomarlo me senté en la esquina que escogimos con mis compañeros para acostarnos cuando fuese necesario. Apagaron las luces, encendieron velas y ya no me moví de ese sitio en toda la noche.

El primer vómito ajeno no tardó más que un par de minutos. En nuestro grupo, Jessica, la maravillosa voz del trayecto en bus, fue la primera en sentir los efectos del yagé. “Siento que el alma se me sale del cuerpo” me dijo con sus grandes y expresivos ojos llenos de lágrimas brillantes. Jessica temblaba, se limpiaba el sudor de las palmas con los jeans y agarraba mi mano, apretando los labios como para no soltar un berrido. La toma no me hacía efecto aún, pero comencé a preocuparme demasiado por ella; sentía su angustia y me desesperaba no poder darle tranquilidad. Esos minutos fueron eternos y tortuosos porque todos comenzaban a sentir el trance, excepto yo. Por haber estado tan atrás en la fila, fui una

de las últimas. Eva, como en muchas ocasiones, vino a mi rescate para ayudar a Jessica porque el yagé no tardaría en hacerme efecto. “¿Esto va a ser así?”, le preguntó Jessica, y antes de que Eva hablara, en mi mente rogué para que la respuesta fuese que no. Se la llevó a buscar al Taita con la esperanza de que le diera tranquilidad, y yo comencé a llorar por ella. Me dolía verla sufrir, me punzaba el pecho como si fuese mi propia carne la angustiada. Creo que esa sensibilidad fue el inicio. Fracase con Jessica porque no pude transmitirle mi paz, pero sí me quedé con su miedo. Tuve que naufragar hasta encontrar de nuevo algo de serenidad, y en un intento por dejar de pensar en ella, me quedé cerca de Lilá, dibujando. Apenas había repartido un par de trazos cuando vi la figura de un sol detrás del papel. No era un dibujo, sino una imagen flotando justo atrás de la hoja. Los rayos del sol eran ondas amarillas, líneas curvadas en mi dirección. Pasé la página pensando que detrás había una imagen impresa, pero la libreta estaba vacía.



Ilustración digital realizada por Camila Ramírez.

Todavía miraba desconcertada aquella imagen cuando las ganas más avasallantes de vomitar que he sentido en toda mi vida me atacaron. Fue de repente, sin náuseas o arcadas falsas de aviso. Me levanté y corrí hacia uno de los baldes dispuestos para la despiadada y colectiva devolución de tripas. Sentí que había recorrido unos cincuenta metros, pero sólo fueron diez. En el camino vomité dentro de mi boca, y tuve que tapármela y tragar mi propio vómito. No quería ensuciar el suelo, porque sabía que otras personas podían pisarlo y entonces la sala sería un desastre. Logré llegar al balde y solté todo. Aún estaba consciente. Sé que en apenas un par de segundos vacié mi estómago por completo.

*Audio: Lilá López**

Cuando me erguí, las paredes del salón ya no eran blancas, y sentí que en medio del salón había una enorme fogata. Podía percibir su calor y cómo reflejaba una luz rosada. La sentía, mas no la veía. En todos mis recuerdos aparece esa fogata, aunque sé perfectamente que nunca estuvo ahí. “Está rosado. Todo está rosado”, comenté en voz alta, con los ojos tan abiertos que sospeché que mis pestañas tocaban mis cejas. Cuando Eva y Lilá se miraron entre ellas, supe que estaba alucinando. Admito que ese fue uno de mis últimos recuerdos en esa mediana consciencia. Cuando me volví a sentar, sin decidirlo, cerré mis ojos como si me pesaran. Entonces la vi. No sabía que era. Parecía una mujer sentada en medio de mi mente. Todo era negro menos ella y las luces de colores que salían de su silueta. Al abrir los ojos, desapareció. Las arcadas volvieron, intenté correr de nuevo al balde pero no llegué. Una pareja que estaba a nuestro lado, pero que no conocíamos, me ofreció una bolsa a la que me aferré durante horas. O al menos para mí fueron horas.

El primer vómito fue sólo eso: vómito. Luego, sólo un momento después, comencé a sentir que mis pulmones y vísceras querían abandonar mi diafragma. Ya no se trataba de la acción fisiológica de regresar alimentos. Parecía que una fuerza externa jalara todo lo que

tuviera dentro: mi pecho y mi estómago empujaban mis costillas, mi garganta transportaba lava y mi mandíbula parecía a punto de dislocarse por abrirse tanto para dejar salir *nada*. Ya no había ningún alimento que sacar, ni siquiera jugos gástricos. Mi cuerpo adoptó una posición incómoda: estaba de pie doblada a la mitad, con el rostro refugiado en la bolsa. No sentía mi cuerpo, y tampoco era consciente de haber tomado esa posición; había llegado allí de forma involuntaria. En mi mente todo era un caos. Los pensamientos llegaban a mí como flashes de muchas cámaras. No alcanzaba a distinguir frases, se esfumaban en segundos, una sobre otra, todas al mismo tiempo. La mujer en mi cabeza me exigía seguir vomitando, y me repetía con insistencia que tenía que sacarlo todo. Una armónica había comenzado a sonar desde hacía rato: el Taita estaba guiando la toma con música. El ritmo de la armónica se aceleró en mi mente, y la mujer me animaba a vomitar más y más, aunque ya no saliera nada de mí. Insistía en que aún había algo, y comencé a pensar que era ella quien me estaba causando esas arcadas punzantes. Le rogué para que se detuviera, le dije que ya no había nada más. Me dolía todo el cuerpo por la fuerza que hacía para vomitar y ya estaba muy cansada. Era incapaz de siquiera abrir los ojos, pero cuando lo conseguía veía la bolsa negra como un túnel infinito en el cual triángulos caleidoscópicos, fucsias y verdes, brincaban al ritmo de la armónica, agitándose desde el origen sin fin del túnel hasta mí. Las figuras desprendían una luz fluorescente, y estaban también dentro de mi mente cuando cerraba los ojos. Sabía que la entidad femenina que habitaba en mi mente no quería que vomitara algo del mundo material, palpable, físico. Ella quería sacar los prejuicios de mi alma.

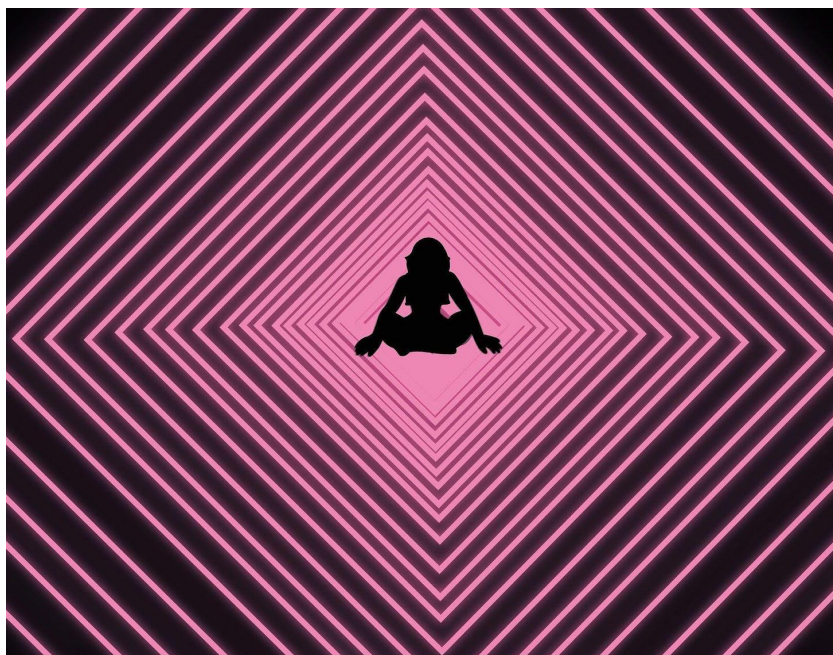


Ilustración digital realizada por Camila Ramírez.

El tiempo se siente distinto durante las tomas. Lento. Una siente que transcurrió un lapso prolongado, porque la mente va a 200km/h. Pero afuera todo ocurre con normalidad. Es como si la realidad se detuviera mientras en tu interior hay una carrera. Quizás sólo pasé unos diez minutos vomitando de pie, y se sintió como una hora. Esa había sido la limpieza, y fue para mí el peor momento de la noche. Cuando pude sentarme no me despegué de mi bolsa. El martirio continuó durante un momento largo. Me tapaba con fuerza los oídos, no por el ruido externo de la armónica y las guitarras, sino para detener el escándalo de mi mente. Así pasé otro rato. Aún tenía ganas de vomitar, y la entidad, a la que comencé a llamar Dios asociándola con la madre naturaleza o con la energía que mueve al universo, parecía estar examinándome. Hablaba conmigo, me guiaba hacia ciertos pensamientos y cuando yo me desviaba de ese camino, me causaba dolor físico y más arcadas. Sin embargo, al meditar sobre lo que quería decirme, mi mente se iluminaba y el malestar cesaba. En algún punto lo único que quería era complacerla, pensar únicamente lo que ella quería que pensara, como si estuviese usando algún método de adiestramiento sobre mí. Comencé a respirar muy profundo, como ella me indicó, y me agarré la cabeza para pensar. Fue un proceso largo, tuve

que desenredar poco a poco mi mente y suspiraba de impaciencia. En esos momentos era yo en todo mi fatídico esplendor, siempre impaciente, siempre acelerada, queriendo abarcarlo todo, desesperándome por no terminar rápido. Siento que duré horas rumiando. Mi cabeza maquinaba a una velocidad impresionante, y era demasiado abrumador. Rogaba internamente para que los efectos del yagé abandonaran mi cuerpo y, siendo honesta, estaba sufriendo.

El afán de mis pensamientos al fin disminuyó lo suficiente para que pudiera acostarme. Me abracé y seguí dialogando internamente. La entidad ahora conversaba conmigo, nos reíamos, me mostraba las más preciosas imágenes llenas de tonos deslumbrantes y me ayudaba a encontrar respuestas. Ya no había dolor, ni prisa, no existía angustia o desesperación. Dios se marchó sin despedirse. Me dejó una versión de mí diferente, una que no temía acurrucarse a desenmarañar su mente caótica. Momentos después, Andrea, una de mis compañeras, me cuidó cuando por fin estuve a solas con mis pensamientos. Jamás me sentí tan vulnerable como en esos momentos, y en ella encontré refugio. Me ayudó a limpiarme con pañitos húmedos porque tenía cierta psicosis de estar sucia por el vómito. Me acurruqué en su regazo y ella habló conmigo aun cuando no podía formar frases coherentes. A partir de ese momento estuvimos juntos cuatro de los cinco compañeros que tomamos la medicina, acostándonos muy cerca por el frío, tapándonos con las mismas cobijas. Hablábamos y nos entendíamos aunque no terminábamos las frases. Todos nos sentíamos mejor cuando exteriorizábamos nuestros pensamientos sin pretender darles una forma comprensible.

La calma finalmente llegó. Pero sólo habían pasado dos horas. Nos quedaban cuatro más antes del amanecer. Durante ese rato intentamos dormir. Sin embargo, yo no pude. En una ocasión se acercó el Taita: “¿Cómo está?”, me preguntó, y las palabras saltaron fuera de mi boca: “¿Por qué le dan la medicina a los hombres primero?” Casi fue un reclamo. Él me

explicó algo sobre las diferencias entre la energía de hombres y mujeres, pero yo ya estaba perdida en mi mente de nuevo. Divagué hasta la armonización; en este punto nos pidieron descubrirnos el pecho y nos limpiaron espiritualmente. Después de esa “limpia” sentía que respiraba diferente, que el aire entraba mejor a mi diafragma. Una hora después nos marchamos.

Al viajar hacia el encuentro tenía un propósito: quería que la medicina me arrancara toda la angustia alojada en mi pecho. Quería sacarme el peso de tener que convivir diariamente con una mente dañada y podrida, que me entregara la fuerza para dejar de ser mi propia enemiga. Quería respuestas, una palabra, una frase. Algo que me sirviera para de nuevo unir cada trozo de mi quebrantado espíritu. Lo que obtuve no fue precisamente eso. Durante mi trance, en voz alta, me quejé cientos de veces: “No lo encuentro, no lo encuentro”. Nadie, incluyéndome, entendía qué era lo que buscaba. Cuando el Taita se acercaba a hablarme se lo decía, le repetía que no lo encontraba. Él seguramente me respondió algo muy coherente, pero no escuché ni entendí nada. Mi trabajo parecía ser totalmente interno, me era muy difícil salir de la introspección. En ocasiones, el Taita me pasaba un ramo de hojas por el rostro, me aplicaba *Siete Esencias de los Andes*, un frasco amarillo que contiene hierbas con un líquido en su interior y sale en spray, muy usado en ceremonias para atraer la buena energía. Entonces, sucedía la magia: mi cuerpo se erguía y se elevaba hacía él. Me sentía mejor con su guía, pero cuando volvía a mi cabeza todo era caos y sufrimiento. Una búsqueda insaciable.

La medicina no me dio respuestas. Esa noche, la medicina me dio un inicio, un proceso. Entendí entonces que si seguía considerando que soy alguien a quien le falta un tornillo para funcionar correctamente, esperaría aquella respuesta eterna y desesperadamente, como la busqué en mi trance. Porque no existe.

Eso quiso decirme la diosa que vi y las plantas sagradas que entraron a mi cuerpo. Lo que yo debía sacar mediante el vómito, era aquella pretensión de poseer una verdad universal sobre el bienestar mental humano. Debía abandonar los prejuicios sobre mí, dejar de odiar y rechazar esa parte siniestra de mi ser. El yagé entró en mi cuerpo como una pantera, salvaje y poderosa, atacando la contaminación en mis razonamientos. Luego, con la paciencia y el amor de una madre, me mostró el camino que podría seguir. Así, como madre, se despidió, confiando en que yo podría cuidar aquello que me había enseñado, en que puedo continuar con mi proceso.

Anexo B. Presentación empleada en la mesa 448 del Congreso CLACSO 2025



En concreto

Una huerta.
Una huerta con o sin tierra.
Una huerta con o sin espacio.
Una huerta fija o itinerante, o múltiple.

Una dinámica y una convicción para crear y cuidar un colectivo
feminista.



Origen de la propuesta

Cauca. Encuentro campesino que interroga sobre las miradas feministas situadas en lo territorial y en lo étnico.

Genealogía y marco teórico.
Surge como hija de otras prácticas de valorización de los conocimientos ancestrales y de las mujeres, preservación ecológica, autonomía por medio del autocuidado (individual y colectivo), diálogo intergeneracional y decolonialidad.

EL CAUCA



Siempre vivas: Emancipación, paz e investigación desde el jardín de Heloísa

En Montes de María, esta investigación conecta el hacer cotidiano de las mujeres en cultivo y cuidados con la colonialidad del género y las prácticas, emancipadoras, de grupalidad curadora



Yerbatiando

Una investigación de la Escuela de Comunicación Social que nos abre las puertas en varias dimensiones: su traslación del conocimiento rural al urbano, el uso del arte como dispositivo mediador, el diálogo intergeneracional



Tejiendo saberes y prácticas en una farmacinha viva del MST

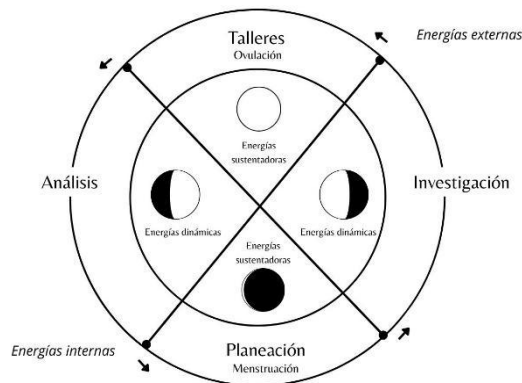
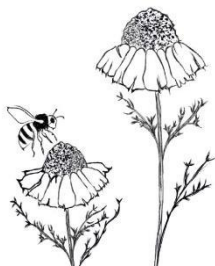
En el sur de Brasil, las mujeres campesinas del movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra replican conocimientos sobre plantas y cuidados entre generaciones, como parte de la resistencia cultural

ASOMI: Asociación de Mujeres Indígenas

En Putumayo y Caquetá, en las selvas colombianas, esta investigación nos recuerda la promoción de liderazgos femeninos allá donde la autoridad es predominantemente masculina

Metodología

Recrea las fases lunares



Hallazgos

Mapeo y conversaciones



Comunidad e iniciativas





Sembrar es lo único que nos queda

Anexo C. Recetario ilustrado



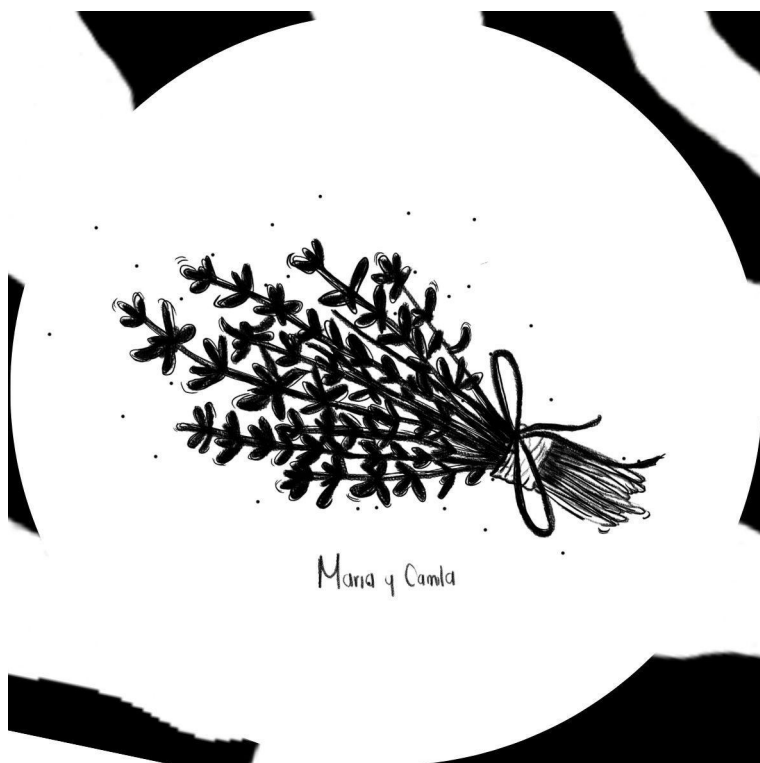
Poleo

Infusión para curar la tos

Se arranca un manojo y se lava para quitar la tierra. En la preparación de la bebida se calienta leche, al hervir se le echa un manojo de poleo y se apaga. Dejar reposar para tomar.



Se toma en la noche durante una semana.
Se le puede agregar miel.



Yerbabuena

Bebida fría para refrescar

Se machacan las maticas de Yerbabuena con la soda, se agrega la mezcla a una jarra con más soda y hielo junto con maticas de menta enteras y zumo de limón.



Romero

Infusión que ayuda al sueño

Se agregan 3 ramitas de romero a una taza con agua caliente. Se bebe después de dejar reposar y sirve para activar la memoria y dormir mejor.



Jengibre y Menta

Infusión para aliviar la tos

Se calienta agua, y al hervir se le agrega jengibre rallado, menta y limón. Debe taparse y dejar reposar de 5 a 10 minutos. Si gusta, puede agregar miel.

1



2



3





Canela

Agüero

El primer día del mes, soplar canela en polvo, de afuera hacia adentro, en la puerta principal de la casa atrae la prosperidad y la abundancia.



Caléndula

Tisana para desinflamar

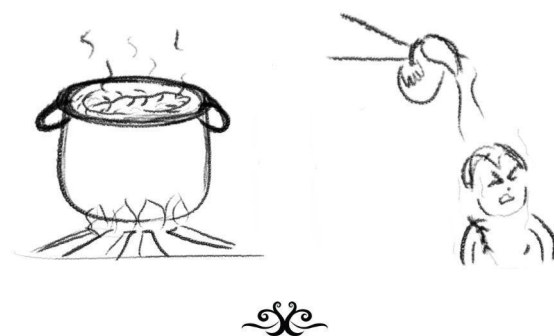
Se calienta el agua, sin hervir, se agregan unas pocas flores de caléndula y se cuela con un paño después de dejar reposar unos minutos. Sirve para las inflamaciones estomacales y los cólicos menstruales.



Verbena

Baño para quitar la rabia

Se toman hojas de la mata, se ponen a hervir y después de dejar reposar, con esa agua se bañan los niños rabiosos. También se les da a tomar.





Este recetario nace de los dibujos y escritos de la colectiva Carmelia, creados durante el taller Cerámica con mi Ancestra en 2025. Allí moldeamos nuestras propias tazas de té junto a nuestras abuelas y mamás, compartiendo recetas, anotando tips y conversando.



Carmelia
Jardín Feminista